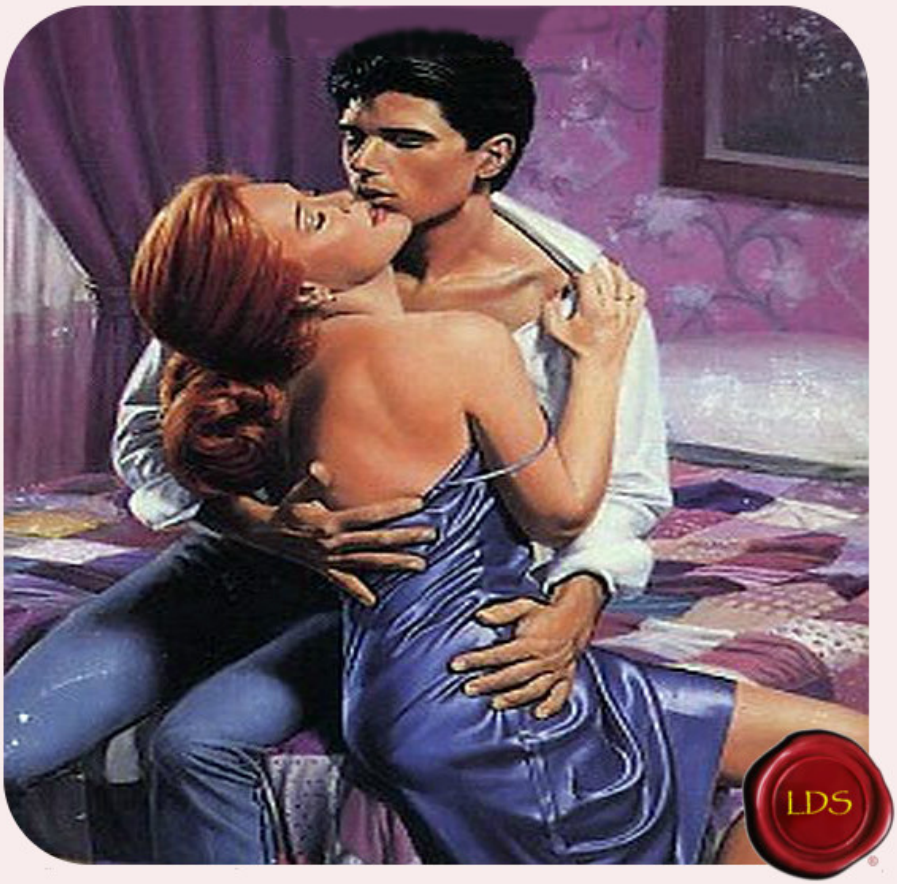
Otro arrebato pasional

Barbara Boswell



Editada también con el título: Otro arrebato pasional.

Después de dejar plantado al hijo del Presidente, Chelsea se vio acosada por la prensa y la familia de su prometido. Su única esperanza era su ex novio, Cole Tremaine, que podía esconderla en su casa de las montañas.

Cole no entendió nunca por qué lo abandonó y estaba dispuesto a vengarse. Esta vez sería él quien la enamoraría para abandonarla después. Sin embargo, ninguno de los dos pensó en las extrañas jugarretas del amor…

Barbara Boswell

Otro arrebato pasional o Una vez más

Colección: Tentación - 359

Serie: Tremaine-Shaw - 1

ePub r1.0
jala 05.07.16

Título original: *Another Whirlwind Courtship*
Barbara Boswell, 1990
Traducción: Eva Canales
Publicado original: Mills and Desire (MD) - 583, en: Silhouette Desire (SD) - 583

Editor digital: jala
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

Chelsea Kincaid acababa de cambiar de carril cuando se dio cuenta de que algo no andaba bien. El coche se iba a la derecha. Sus conocimientos de mecánica y cuidados del automóvil eran escasos, pero se negaba a aceptar que algo fuera mal.

Simplemente no podía surgirle ningún problema. No mientras huía de Washington, D. C., donde ese mismo día estaba previsto qué contrajese matrimonio con el hijo del presidente de Estados Unidos en una fastuosa ceremonia. Una ceremonia que tendría lugar sobre la hierba de la Casa Blanca, en presencia de la prensa mundial.

Chelsea pensó en los regimientos de periodistas que unieron sus fuerzas para convertir esa boda en la Casa Blanca en una auténtica comedia. Todos estarían dispuestos a transformar la súbita cancelación en un escándalo.

La parte delantera derecha del coche bajó alarmantemente y se hizo más difícil mantener la trayectoria recta. No, se dijo Chelsea. No llegaría a quedarse varada en mitad de la autopista con una rueda desinflada en el preciso instante en que se le suponía intercambiando votos con Seth Strickland entre ramos de flores y cámaras de video.

Durante sólo un momento se permitió pensar en el circo que los medios de comunicación harían de su boda. En esa farsa ella tendría que desempeñar el papel de novia.

Pero no había sido la novia rutilante que la prensa y los inquilinos de la Casa Blanca se empeñaban en mostrar, sino una mujer desdichada. Lo cierto era que en el último momento

solucionó el error. Ese error que fue su relación con Seth desde el principio.

Calificada de «Primera Boda», la suya tenía que haber rivalizado con las fiestas nupciales de la familia real británica. La prensa y la opinión pública parecían hambrientas de detalles, por triviales que fueran. Y luego estaban Seth y su madre, cuyas conversaciones giraban siempre en torno de los preparativos; de vez en cuando el presidente en persona se unía a ellos. A nadie parecía importarle que la futura novia no participase en esas discusiones ni que durante sus escasas apariciones públicas mostrara un mutismo casi absoluto. Cuando el novio describió a su futura esposa como «tímida», todo el país lo creyó.

Y ahora… Chelsea se estremeció. Sólo el cielo sabía lo que dirían de ella ahora. Cuando esa misma mañana llamó a Seth para informarle de su decisión de cancelar la boda, dejó en sus manos y en las del personal un comunicado sobre el súbito cambio de planes. No había puesto la radio del coche para descubrir qué se les ocurrió. Dijeran lo que dijesen, ella lo corroboraría, se juró. Era lo menos que podía hacer para desagraviar a los Strickland.

La parte derecha del coche iba tan baja que parecía rozar el suelo. Asiendo el volante con fuerza, Chelsea utilizó toda su energía para sacar el coche al acotamiento, tan lejos del tránsito como le fue posible. Sus peores sospechas se vieron confirmadas cuando examinó la rueda problemática. Perdía aire tan rápido que en cuestión de segundos estaría completamente desinflada.

Chelsea gimió.

—¿Y ahora qué? —preguntó en voz alta.

Sabía que tenía una rueda de repuesto en el maletero, pero no había cambiado un neumático en su vida.

Sintió unas molestas punzadas en la cabeza. Hizo una mueca de disgusto. Aunque hacía calor, Chelsea sabía que el clima de junio no era el responsable de su malestar. Tenía un largo historial de jaquecas, y aunque su frecuencia había disminuido con los años a últimas fechas, en concreto durante los tres últimos meses, desde que inició su relación con Seth Strickland, los dolores se reanudaron.

Pero en ese momento no se podía permitir una jaqueca. Tenía que hacer un esfuerzo y apartar los motivos de tensión de su mente.

Después de todo, se dijo, había cosas peores que quedarse tirada en la autopista.

En ese momento podía estar casándose con Seth Strickland bajo un bonito palio sobre el césped de la Casa Blanca.

La voz furiosa de Seth volvió a atronar en sus oídos.

—¡No puedes hacerme esto a mí! —vociferó cuando ella le informó que la boda se suspendía.

Le dedicó una jugosa variedad de apelativos, pero era lo que Seth no dijo lo que justificaba su decisión ante sí misma. Aunque habló de vergüenza pública e inconveniencia, ni una sola vez mencionó que la amaba y que ella le estaba rompiendo el corazón. Porque nunca se amaron el uno al otro fuera de los focos de los reporteros, ni siquiera se molestó en fingirlo.

Seth Strickland no la amaba, pero eso no le impediría buscar la venganza por lo que le hizo. Una vez más, su amenaza resonó en el cerebro de Chelsea:

—No te saldrás con la tuya. Los Strickland no hemos llegado tan lejos dejando que la gente se ría de nosotros. Te casarás conmigo te guste o no. Te obligaré si es necesario, haré cualquier cosa para obligarte a pasar por esta maldita boda.

Su tono obligó a Chelsea a huir. Hasta entonces, se había preparado para afrontar la tormenta de publicidad negativa, para soportar los ataques de la prensa, para a pesar de todo, continuar con su vida y su carrera como redactora de la revistas Capítol Scene. Pero la temible amenaza de una boda forzada la espantó. El matrimonio ya era bastante aterrador como acto voluntario; el matrimonio a la fuerza, sería una verdadera pesadilla.

El amargo divorcio de sus padres, en gran medida responsable de sus propias inseguridades y temores respecto al matrimonio, era la prueba evidente de cómo el amor se podía convertir en odio. Ella y su hermana menor, Stefanie, fueron utilizadas como arma arrojadiza por sus padres durante los últimos veinte años, mucho después de que ambos hubieran vuelto a casarse.

Chelsea pensó en la promesa que su hermana y ella se hicieron años atrás: no repetir la historia familiar. Una vez más recordó la amenaza de Seth. «Haré cualquier cosa para obligarte a pagar por esta maldita boda». Presa del pánico, Chelsea echó algunas cosas en su maleta y salió corriendo.

Los Strickland podrán utilizar su poder contra ella. La perspectiva era aterradora. Su dolor de cabeza se agravó.

Fue entonces cuando un auto negro con cristales ahumados salió de la autopista, deteniéndose a unos metros detrás de ella. Chelsea sintió miedo. La puerta lateral del conductor se abrió y ella esperó inmóvil a ver quién salía.

¿Un iracundo Seth Strickland? ¿Un periodista? En ese momento, hasta la aparición de un asesino pagado por los Strickland parecía posible.

Pero el hombre alto, musculoso y de anchos hombros que caminó hacia ella, no pertenecía a ninguna de esas categorías. Chelsea lo reconoció al instante, aunque su rostro estaba parcialmente oculto por unas gafas de sol. Habría reconocido esa fuerte constitución, su pelo negro y brillante y su caminar decidido en cualquier parte.

Era Cole Garrett Tremaine.

Chelsea creyó que se desmayaría. Cole, su primer amor, su primer amante, y su primer novio. Allí, ahora. Era demasiado extraño para ser una coincidencia, y no obstante no podía ser otra cosa.

Lo vio por última vez hacía cuatro años, aquel día fatal en que ella rompió su compromiso, sólo horas antes de la fiesta en que se haría el anuncio oficial.

—¡No puedo creer que seas tú! —exclamó Chelsea casi sin aliento.

Aspiró profundo e intentó recuperar alguna apariencia de control.

—Yo… iba en el coche y la rueda empezó a perder aire y tuve que…

Se interrumpió al notar que se ruborizaba. Hasta ella se daba cuenta de que balbuceaba.

Cole se había parado con los brazos cruzados sobre el pecho, observándola. Con su elegante traje azul marino estaba imponente. Seguía conservando su porte de enérgico ejecutivo, digno hijo de una familia rica y poderosa. A los treinta y cinco años recién cumplidos, ya era consejero general y vicepresidente de Tremaine Inc., la cadena familiar de farmacias y librerías. No era ningún secreto en el mundo de los negocios que heredaría de su padre,

Richard Tremaine, el mando de la compañía cuando el hombre se retirara.

—¿Sorprendida de verme? —preguntó Cole despacio.

Su voz se derramó sobre Chelsea como la miel caliente. Era la primera vez que la oía en cuatro años y aquel sonido ronco y familiar despertó los recuerdos en su mente.

Chelsea sintió una súbita debilidad en las rodillas. Cuatro años antes amaba a Cole Tremaine más de lo que nunca soñó poder amar a una persona. Pero pasar al matrimonio cuando apenas habían tenido tiempo de conocerse pareció demasiado temerario. Sufrió en carne propia los efectos de ese mismo error y no quería repetirlo. Pero Cole no compartía sus inquietudes. Para Cole, amor y matrimonio estaban indisolublemente unidos, y el tiempo no era un factor a tener en cuenta.

Ella intentó hacerle ver que no se conocían lo suficiente, que aún quedaban demasiados asuntos sin resolver entre ellos. Necesitaba tiempo, y así se lo dijo. Los dos lo necesitaban.

Cole permaneció inflexible. Chelsea estaba muy enamorada de él, pero no quiso fijar una fecha para una boda como Cole le pedía. Así que él dio por terminada su relación. Definitivamente.

Chelsea perdió el amor de Cole y sus sueños de un futuro juntos. Aunque creía que había tomado la decisión adecuada al negarse a ese matrimonio apresurado, eso no la consolaba. Y mientras una parte de ella lo echaba de menos y se moría por él, otra lo odiaba por haberla dejado con tal facilidad.

—Sé que tienes problemas con el coche desde hace siete kilómetros —continuó Cole con frialdad—. ¿Por qué no saliste de la carretera antes?

Chelsea lo miró sin habla. Cole siempre tuvo facilidad para desconcertarla. ¿Sería cierto que llevaba siete kilómetros detrás de ella?

—¿No tienes nada que decir? —continuó Cole—. Has pasado tu exuberante noviazgo con Seth Strickland en un estado semicatatónico. Las únicas palabras que el país te ha oído pronunciar han sido tu nombre, en esa entrevista exclusiva en televisión con Bárbara Walters. Por fortuna Seth y su locuaz mamá estaban allí para salvar la situación Tú parecías una prisionera de guerra.

Una media sonrisa sardónica curvó los labios de Cole. Chelsea sabía que tras sus gafas de sol, sus ojos azul oscuro, penetrantes e intensos, también brillaban burlones.

—No quiero hablar de eso —murmuró ella.

—¿De qué no quieres hablar, Chelsea? ¿De esa vergonzosa entrevista? ¿O del hecho de haber dejado a Seth Strickland plantado ante el altar?

—¡No es cierto! —exclamó Chelsea clavando los ojos en el suelo y mordiéndose el labio inferior_. No lo he dejado plantado en el altar— añadió bajando el tono de voz. —Lo llamé esta mañana para decirle que… que la boda se suspendía.

—¡Qué delicado de tu parte darle la noticia con unas horas de antelación! —dijo Cole moviendo la cabeza antes de soltar una risa despectiva—. Supongo que puedo considerarme afortunado. Recibir el pasaporte poco antes de una fiesta de compromiso para amigos y familiares es mucho mejor que quedar plantado pocas horas antes de una boda de interés mundial. ¿No adivinas qué noticia abrirá los boletines de noticias esta noche?

—Dije que no quería hablar de ello, Cole —dijo Chelsea seca.

—¿Qué? ¿No quieres deleitarte en toda tu gloria? Si tienes paciencia suficiente para recortar todas las noticias que aparecerán sobre la ruptura en revistas y periódicos, tendrás un álbum de recuerdos perfecto.

Chelsea estaba sofocada y tensa, y por la sonrisa de Cole era obvio que él disfrutaba su intranquilidad.

—Tus bromas no me parecen divertidas. Hablas como un cínico insensible y sin corazón que…

—¡Oh, no! —La interrumpió Cole fingiendo consternación—. ¡Llámame cualquier cosa, pero no cínico insensible y sin corazón!

—¡Vete al infierno, Cole Tremaine!

Cole arqueó sus oscuras cejas.

—No, gracias, ya estuve allí hace cuatro años, cuando me diste una patada en el trasero. No me apetece volver, ahora es el turno de Strickland. En cuando a lo de cínico sin sentimientos… bueno, no siempre lo he sido, como ambos sabemos bien.

—Has sido tú quien eligió convertirse en un frívolo conquistador, Cole Tremaine. No te atrevas a culparme a mí.

Chelsea quería insultarlo, pero él se echó a reír encantado.

—¿Frívolo conquistador? ¿Yo?

—No es un cumplido —dijo Chelsea—. Es repugnante ver cómo tu nombre aparece constantemente en las columnas de cotilleo.

—He aprendido mucho sobre las mujeres desde mis días de buen chico contigo, Chelsea. La primera lección fue que los chicos buenos no tienen nada que hacer. Los rompecorazones, con un aura de riesgo y peligro, son los hombres que las mujeres prefieren.

—¡No creerás en serio esa basura machista! —saltó Chelsea atónita.

—Se ha convertido en el credo según el cual vivo, querida. Las mujeres manifiestan una cosa y quieren decir otra. No respetan a los hombres honestos y sinceros. El nombre debe mantener a la mujer en ascuas y jamás saber lo que siente en realidad.

Chelsea no supo qué contestarle. Estaba demasiado sorprendida por el cambio operado en él. El Cole Tremaine que ella conocía y amaba era un hombre tranquilo, serio y dedicado a su carrera dentro de Tremaine Inc., apartado siempre de la vida social de Washington. Pero desde su ruptura, se convirtió en un habitual de las fiestas de sociedad. Sus conquistas iban desde frívolas y alocadas estrellas de cine, hasta jueces del Tribunal Supremo del Estado.

Chelsea siguió recerca sus aventuras, experimentando una extraña sensación de alivio al ver que ninguna de ellas se convertía en algo serio y duradero. Eso hasta la última aventura de Cole: su rumoreado compromiso con Carling, la bella hija del senador Clayton Templeton. Chelsea se enteró pocos días antes de conocer a Seth Strickland en una fiesta de la embajada búlgara que ella cubría para la revista Capítol Scene. Eso fue tres meses antes.

—De todas formas, cuando se trata de airear el nombre a los cuatro vientos, desde luego tú me superas, nena —soltó Cole quitándole la oportunidad de replicar—. El tuyo ha corrido por todo el país. Casi no pude creerlo cuando oí que salías con Seth Strickland. Y toda esa tontería de la «Boda del Año…».

Cole se interrumpió y frunció el ceño. Esa maldita coletilla de los medios de comunicación lo sacaba de quicio. En realidad, cuando oyó por vez primera el anuncio de la próxima boda de Chelsea y Seth Strickland, tuvo que sentarse y respirar hondo. Sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

En ese momento se sentía justo así. La visión de Chelsea le daba

vértigo, incluso después de cuatro años de separación. Cuatro años-Cuatro años atrás Chelsea lo obsesionaba. Con sólo veintitrés años, entonces, siete años y medio más joven que él, Chelsea Kincaid era una mezcla irresistible y fascinante de contrastes femeninos. Una dulce y seria jovencita que estudiaba para graduarse, con una rápida inteligencia además de un par de ojos oscuros y soñadores, una sensual mata de pelo rojo y el cuerpo seductor de una modelo. Igualmente irresistible era su temperamento apasionado que ella dominaba con dificultad. Cole siempre fue capaz de atravesar sus defensas y liberar su pasión, tanto dentro como fuera de la cama.

Por un breve instante, Cole se permitió recordar aquellos días.

El verano que conoció a Chelsea, él empezaba a abrirse camino en la compañía familiar. Ella era una de las compañeras de clase de su hermano pequeño Nathaniel, que había sido invitada a casa de los Tremaine a la fiesta de celebración de fin de curso.

Cuando Cole la vio por vez primera, Chelsea estaba de pie al borde del trampolín, impresionante con un bañador verde y el pelo recogido en una larga y gruesa trenza. La imagen quedó grabada en su mente para siempre. Y entonces ella ejecutó el peor salto que Cole hubiese visto nunca, dándose un golpe innoble. Riendo, él se presentó y le ofreció algunos consejos útiles.

Su atracción fue mutua y creció rápidamente convirtiéndose en algo más profundo e intenso. Antes de conocer a Chelsea, Cole invertía la mayor parte de sus energías, pasión e interés en su carrera. Pero con «ella, todo era distinto». Por vez primera su vida privada adquirió preferencia sobre su trabajo. En pocas semanas él deseó y exigió la esclavitud y el compromiso que sólo el matrimonio podía proporcionar. Quiso poseerla de todas las formas posibles. Quería que ella fuera la madre de sus hijos. La amaba.

Y como un estúpido, creía que ella sentía lo mismo por él. Hasta el día en que Chelsea rompió su compromiso. Ese desagradable recuerdo lo hizo volver a la realidad. Cole frunció el ceño todavía más. Allí estaban, cuatro años más tarde, en el mismísimo día en que Chelsea acababa de romper su compromiso de matrimonio con otro hombre.

Capítulo 2

Un tenso silencio se formó entre ambos. Chelsea fue la primera en romperlo. —No he oído la explicación oficial de los Strickland— comentó nerviosa, decidiendo intentar otra vía, ya que el intercambio de insultos con Cole no resultaba. —¿Cuándo anunciaron que la boda se cancelaba? ¿Cómo… cómo lo explicaron?

Cole se encogió de hombros.

—Yo no he oído ningún anuncio oficial. No creo que lo hayan emitido todavía.

Chelsea lo miró boquiabierta.

—Entonces, ¿cómo supiste qué…?

—Te vi salir de tu apartamento —la interrumpió Cole frío.

Entonces hizo una pausa y la observó sin disimuló: sus pantalones cortos blancos, la amplia blusa a rayas rojas y blancas, los calcetines y las zapatillas de lona. Chelsea llevaba su espesa mata de pelo cobrizo recogido en una cola de caballo de la que escapaban algunos mechones.

—Está claro que no ibas vestida para una boda y pusiste rumbo hacia las afueras de la ciudad. Saqué la conclusión lógica.

—¿Me has estado siguiendo desde que dejé Washington?

No era posible, se dijo. Su aparición tenía que ser una coincidencia. Con seguridad sólo trataba de ponerla nerviosa, y desde luego lo conseguiría, admitió en silencio.

Cole volvió a encogerse de hombros.

—Esta mañana pasaba frente a tu casa y te vi subiendo al coche

con una maleta. Pobre Strickland —dijo riendo sin alegría—, casi siento lástima de él. Aunque sea un desgraciado consentido y engreído.

—Lo es —dijo Chelsea en voz baja.

—¿Por eso lo hiciste, Chelsea? ¿Para bajarle un poco los humos?

—¡Claro que no! —replicó ella—. ¿Qué clase de persona crees que soy?

Cole esbozó una débil sonrisa que mostró sus blancos dientes.

—¿De veras quieres que te responda, Chelsea?

Ella se sonrojó con violencia.

—No, en realidad no —replicó tratando de controlarse lo suficiente para contraatacar—. Quiero que me expliques porqué estás aquí, vestido de gala y conduciendo un auto más grande que un coche fúnebre.

—Estoy vestido para una boda. La tuya. Mi invitación oficial con el sello presidencial está en el coche. Muy considerado de tu parte el invitarme.

—¡Yo no te invité! —exclamó Chelsea, atónita—. No tenía ni idea… —La invitación salió de la lista de invitados de los Strickland. Aunque mi padre no es uno de los elegidos, conoce a Walt Strickland desde hace años. Toda nuestra familia estaba invitada, pero yo era el único que pensaba asistir. Carling quería ir, así que usé el auto de la compañía para la ocasión.

Carling. Oír el nombre en sus labios provocó una primitiva respuesta dentro de Chelsea. La joven trató de fingir desinterés.

—¿Carling Templeton? —preguntó esperando que su tono reflejara una indiferencia que no sentía.

—¿Cuántas Carling más conoces?

—Ninguna. Y ni siquiera la conozco a ella. Sólo la he visto una vez en una fiesta a la que fui con Seth. He oído… he oído que van en serio.

Por fin lo había dicho. Chelsea se preparó para su respuesta.

—¿Eso has oído?

Cole volvió a sonreír, con esa mueca tan alejada de una verdadera sonrisa como la risa del llanto.

Chelsea apretó los dientes. «Déjalo», se dijo, pero cometió el error de no seguir su propio consejo.

—Bueno, ¿es cierto? —soltó.

—¿Si Carling y yo vamos en serio?

Cole hizo una pausa, como si considerara la cuestión. Luego respondió con sequedad.

—Puedes llamarme maleducado, pero no me apetece andar intercambiando confidencias amorosas con mi antigua novia. Además, ya hemos perdido bastante tiempo hablando.

Pasó delante de ella para abrir la puerta izquierda del coche averiado y sacó su maleta del asiento trasero.

Chelsea se moría de vergüenza. ¡Con qué frialdad lograba eludir su provocación! Pero al ver su maleta en la mano de Cole, se dio cuenta de otra cosa. Para saber dónde se hallaba la maleta exactamente él tenía que haberla visto dejándola allí. Su teoría de la coincidencia, a la que seguía aferrándose, terminó de saltar en mil pedazos.

—¡De veras me viste salir de mi apartamento! —exclamó—. Realmente me has estado siguiendo.

—Tienes una habilidad pasmosa para adivinar lo evidente, Chelsea.

Su tono condescendiente inflamó a Chelsea.

—¿Por qué pasaste frente de mi casa esta mañana? —preguntó.

—Para comprobar si habría boda o no —respondió él encogiéndose de hombros—. Verás, quería ahorrarle a Carling la molestia de prepararse si en realidad iba a ser para nada.

Chelsea estaba tan asombrada, que habló con dificultad.

—¿Qué te hizo pensar que yo podría suspender la boda? —Preguntó por fin—. Yo no supe si lo haría, si me atrevería a hacerlo, hasta esta mañana.

—Llámalo intuición si quieres. Recuerda que hace tiempo tuve el dudoso privilegio de estar comprometido contigo. Estoy familiarizado con las circunvoluciones de tu atormentada psique. ¿Por qué lo hiciste, Chelsea? ¿Por qué sigues comprometiéndote con hombres con los que no quieres casarte?

La despreocupación de su tono y el sarcasmo casual, sacaron a Chelsea de sus casillas.

—¡Quizá la pregunta debería ser porqué los hombres siguen insistiendo en arrastrarme al altar! Seth jamás me pidió que me casara con él, simplemente me dijo que iba a casarse conmigo, después de haber ordenado a la secretaria de prensa de su padre

que publicara la noticia. Intenté no ponerme nerviosa, le dije a Seth que no tenía intención de celebrar una boda rápida, bajo presiones. ¡Hasta le dije que no lo amaba!

—Déjame adivinar —pidió Cole con frialdad—. Seth el Magnífico sugirió que en realidad lo amabas aunque todavía no te hubieras dado cuenta de ello.

—Seth sugirió que con el tiempo podríamos llegar a amarnos —lo corrigió Chelsea—. El continuó con los planes a toda marcha. Incluyó a su madre en los preparativos y luego todo ocurrió tan de prisa, que me vi impotente ante la marea de los acontecimientos. Intenté hablar con los Strickland pero ellos seguían malinterpretando todo lo que yo decía. ¡Fue enloquecedor! Sobre lo único que sabían hablar era del valor publicitario y el significado histórico de una boda en la Casa Blanca. Me sentía como una marioneta. Sabía que tenía que salir de allí como fuera.

—Y eso hiciste, con tu habitual don de la oportunidad.

—¡Yo no planeé todo esto deliberadamente! —exclamó Chelsea indignada—. ¡Pero por qué demonios trato de explicarte esto a ti! Cuando estuvimos comprometidos, tú me asignaste un papel en tu historia particular igual que ha hecho Seth. Y cuando yo no quise desempeñar el papel que me asignaste, te faltó tiempo para deshacerte de mí.

—¿Que yo me deshice de ti? —preguntó Cole incrédulo—. No trates de reescribir la historia, preciosa. Yo no deshice nuestro compromiso. Tampoco fui yo el que se negó a fijar una fecha para la boda, sino tú.

—Tú esperabas que yo hiciera tu voluntad en el momento que tú querías, sin discusión, preguntas o sugerencias de mi parte —replicó Chelsea con calor—. ¡Eso no es un matrimonio, sino esclavitud! El matrimonio es un trabajo de equipo con dos partes iguales tomando decisiones de común acuerdo, no un señor que manipula y domina a su sierva.

—Veo que sigues viéndome como un tirano sólo porque yo quería una esposa e hijos —dijo Cole sonriendo sarcástico. —Si eso es reprensible por completo, ¿verdad? Querer un compromiso, una familia. ¡Qué ruines pueden llegar a ser los hombres!

—¡Ésta es la misma discusión que tuvimos hace cuatro años! Exclamó Chelsea fuera de sí. —Y sigues negándote a comprender

que yo te amaba y quería casarme y tener familia algún día pero…

—Si me hubieras amado de verdad, no habría sido «pero», sino «por lo tanto», Chelsea. Lo cierto es que todo y todos jugaron un papel secundario en ese momento al lado de tus egoístas y grandiosas ambiciones profesionales.

Los ojos de Chelsea llamearon.

—Estaba trabajando como ayudante en el departamento de inglés y escribiendo la tesis doctoral. Me quedaba menos de un año para terminar y quería hacerlo antes de casarme. Todavía no he logrado adivinar qué hay de egoísta o grandioso en eso.

—¿Qué importaba que hubieras dejado la universidad? El doctorado era irrelevante para tu futuro, igual que el trabajo —replicó Cole levantando la voz exasperado—. Te enseñé todas mis cuentas, Chelsea. Sabías que te casarías con un hombre rico. Siendo mi esposa, jamás hubieras tenido que preocuparte de buscar un empleo, así que, ¿por qué tenías que molestarte en terminar tu doctorado?

—¿Por qué tenía que molestarme en terminar el doctorado? —repitió Chelsea con una risa amarga—. ¿Y si alguien te hubiera dicho eso a ti? ¡Por qué molestarte en hacer la carrera de derecho, por qué molestarte en instruirte ya que tu padre es rico y nunca tendrías que preocuparte en buscar un trabajo para mantenerte!

Cole se movió inquieto.

—Eso es distinto —murmuró frunciendo el ceño.

—¿Distinto? ¿Cómo? ¿Porque tú eres hombre? Con esa actitud espero que jamás tengas hijas. Harías de ellas unos seres inútiles, parásitos sin cerebro que…

—¡No lo haría!

—Es una lástima que no tuvieras hermanas. ¡Quizá así no encontrarías tan extraña la idea de una mujer deseosa de usar su cerebro!

—Mi madre fue una esposa y una madre que dedicó su vida a su familia. No quería ni necesitaba más.

Como siempre. Cole la dejó sin palabras invocando a su santa madre. La difunta y bella Marnie Tremaine fue canonizada por su marido viudo, que nunca volvió a casarse y que crió a sus tres hijos para que la adoraran como el ideal de la mujer.

Una vez Chelsea dijo a Cole que seguramente la trágica muerte

de su madre en un accidente a los veintinueve años, segó la vida y las ambiciones de la mujer. Si Marnie Tremaine hubiera sobrevivido, tal vez habría deseado continuar con su educación o desarrollarse en algún campo profesional. Pero Cole negó esa herejía con el fervor de alguien que defiende una doctrina sagrada. Entonces Chelsea se dio cuenta de que ningún simple mortal podría cambiar una leyenda.

—Quiero un matrimonio feliz y pasado de moda como el que tu vieron mis padres —continuó Cole con arrogancia—. Mi esposa jamás tendrá que trabajar, y yo le daré todo lo que pueda desear. Igual que quise darte todo a ti.

—Todo salvo lo único que yo deseaba realmente —le cortó Chelsea tranquila—. Tiempo para estar segura de nosotros y de nuestra relación. Llevábamos saliendo menos de seis meses, Cole. Y no estaba matando el tiempo en la universidad, esperando que me surgiera algo mejor. Trabajé en dos o tres sitios para pagarme los estudios y la manutención. Terminar con éxito era muy importante para mí.

Como antes, parte de Cole admiraba su tesón y determinación, mientras otra se irritaba por ello. El estaba acostumbrado a asumir el mando, a que la gente delegara en él. Y a tener éxito. Su fracaso con Chelsea era la única vez en su vida que no consiguió algo. Una oleada de furia lo invadió.

—Así que ahora tienes tu título, con el que has podido conseguir un trabajo mal pagado en una revista de mala muerte. Escribes una reseña de dos líneas sobre programas televisivos en Capítol Scene. ¿Es esa tu gloriosa carrera, Chelsea?

Chelsea lo miró con odio. Cole tenía una habilidad especial para golpear en el sitio más vulnerable.

—Si el sueldo es bajo, es porque hay montones de gente con talento tratando de abrirse camino en la profesión. Las oportunidades y la experiencia que gano en mi puesto, son difíciles de valorar. Capítol Scene es una revista excelente y respetada, con un brillante futuro. Y escribo más que reseñas de programas de televisión. También…

—También haces críticas de cine. Te han asignado las comedias estúpidas y las películas para adolescentes porque el pretencioso crítico dramático de la revista siempre se ocupa de las mejores.

—Pareces conocer muy bien la revista —dijo Chelsea despacio —. Y ya que eres un lector tan fiel, también sabrás que he realizado varios perfiles de personajes y artículos de investigación. Mis trabajos sobre embarazos de adolescentes en Washington fueron mencionados en un artículo de USA Today.

—Me impresionas. ¿Y cuál es tu posición actual en la revista, Chelsea? ¿Pretendías seguir escribiendo como esposa de Seth Strickland?

Ella asintió. —En la actualidad no estoy trabajando en nada. Además de mis vacaciones pagadas de dos semanas, pedí otras dos sin sueldo.

—No puedo creer que te engañes de esa manera. Seguramente sabes muy bien que casada no podrías volver jamás a la revista. En tu nuevo papel no podrías escribir nada informativo o crítico. Los Strickland insistirían en revisar cualquier artículo antes de su publicación.

—Lo sé —aceptó Chelsea tranquila—. Ésa es sólo una de las muchas razones por las que supe que lo de Seth y lo mío nunca funcionaría.

—¿Vas a explotar tu historia, Chelsea? —preguntó Cole dispuesto a seguir atacándola—. Eso aumentaría la tirada de la revista sin duda. Todos los periódicos del país querrán publicar artículos de la increíble huida. Pero basta, ya hemos perdido bastante tiempo hablando.

Todavía con la maleta en la mano, Cole se dio la vuelta y caminó decidido hacia el auto negro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Chelsea siguiéndolo.

El echó la maleta dentro del coche y se volvió, bloqueándole el acceso a la puerta abierta, impidiéndole así recuperar su maleta.

—Sube al coche, Chelsea —le ordenó.

—¿Qué?

—Vas a venir conmigo.

—No entiendo —dijo Chelsea retrocediendo con desconfianza.

—Entonces déjame explicarte. Te estoy secuestrando.

Chelsea trató de dominar la intranquilidad que la invadió.

—No seas ridículo, Cole.

Cole rió, pero no fue un sonido agradable.

—Hablo en serio, querida. Ahora entra en él coche, ¿o quieres

que te obligue? —preguntó con una cortesía fingida.

—No voy a hacer nada hasta que me digas qué es lo que te propones.

Chelsea lo fulminó con la mirada, cruzando los brazos al pecho en la clásica posición defensiva. Trataba de ganar tiempo, sabiendo que se encontraba en una situación delicada. Pero sus dudas le costaron caras. Antes que pudiera dar con un plan coherente de actuación, Cole la levantó en el aire y la introdujo en el coche. Luego cerró la puerta y ocupó su sitio al volante.

Muda de sorpresa, Chelsea forcejeó con el pestillo, pero la puerta no se abrió.

—Está cerrada eléctricamente —dijo Cole con calma—. El control está aquí, a mi lado.

—¡Déjame salir! ¡No puedes hacerme esto!

—Lo estoy haciendo.

La voz de Cole era suave y tranquila, sin un atisbo de agitación. Arrancó y con habilidad se incorporó al tránsito de la autopista.

Chelsea se volvió de rodillas en el asiento y vio su coche perderse de vista mientras el auto ganaba velocidad.

—Siéntate y abróchate el cinturón de seguridad, Chelsea —ordenó Cole.

Ella no se movió. No podía. Los pensamientos giraban dentro de su cabeza, y todos ellos conducían a la misma horrible conclusión. Cole la había seguido desde la ciudad y ahora…

—¿Tienes algo que ver con el neumático desinflado? —preguntó casi sin voz.

—Claro que no. Eso fue una coincidencia inesperada.

—Si no hubiera ocurrido ¿cómo me habrías…? —Chelsea hizo una pausa para tragar saliva—… ¿cómo me habrías raptado? ¿Cuando me parase por comida o gasolina?

El se encogió de hombros.

—Puede que sí.

—¿Te enviaron los Strickland?

El miedo le atenazaba la garganta, haciéndole difícil hablar.

—¿Tengo pinta de ser un lacayo de los Strickland? —preguntó Cole tajante.

Chelsea no sabía si era una pregunta retórica, pero de todas formas respondió.

—No, pero he oído que Tremaine Inc. contribuyó a la campaña presidencial de Walter Strickland el otoño pasado. También podrías querer hacerle un… un favor personal.

—¿Un favor personal como secuestrar a la novia del hijo? ¿Es así como crees que funciona la política, Chelsea? —preguntó Cole despectivo—. Me gustaría oír qué crees que debería exigir como pago por llevar a la novia fugitiva a la iglesia. ¿Un puesto en el gabinete? ¿Una embajada? ¿Qué tal un puesto en el Tribunal Supremo?

—Cole, ¿por qué haces esto? —gritó Chelsea desesperada.

Buena pregunta, respondió una vocecilla burlona en la cabeza de Cole. Le resultaba difícil de admitir que no lo sabía, que la siguió obedeciendo un impulso, también que secuestrarla fue otro impulso espontáneo e irresistible.

¡Era impensable! Cualquiera que conociese a Cole Tremaine sabía que nunca actuaba impulsivo, que jamás se movía sin un plan de acción bien pensado y analizado. Era calculador, astuto y hábil, y estaba orgulloso de ello.

Entonces, ¿por qué hacía eso?, se preguntó en su interior. Y si conseguía responder a esa pregunta, tenía otra, ¿por qué se paró delante de la casa de su ex novia en la mañana de su boda con otro hombre?

Sólo sabía que cuando la vio salir furtivamente de su apartamento, la siguió sin vacilar, sin un solo motivo, plan o razón consciente en su mente.

Ahora allí estaban, solos, juntos, y ella le preguntaba por qué, y él no sabía muy bien qué responder.

El silencio se hizo entre ellos. Chelsea trató de ignorar el dolor de cabeza. Tenía que concentrarse en cualquier otra cosa, como por ejemplo por qué estaban allí. En vista de que Cole se negaba a contestar, Chelsea intentó responder su propia pregunta.

—¿Por… por venganza? —Preguntó horrorizada ante la idea—. ¿Es por eso?

«Oh Dios, no podía ser», pensó Chelsea sintiendo el pánico crecer dentro de ella. Su madre siempre decía que Cole tomó la ruptura demasiado bien, que su comportamiento fue increíble, sospechosamente libre de rencor. Su padre estuvo de acuerdo; era una de las pocas cosas en las que Chelsea podía recordar a sus

padres coincidiendo. Atrapados en el círculo de la venganza mutua, no podían comprender que otras personas actuasen de forma diferente. Quizá sus padres tenían razón. Tal vez Cole estuvo esperando la ocasión ideal para vengarse.

Una fría sonrisa curvó los labios de Cole. Chelsea le acababa de dar el motivo que encajaba a la perfección en la imagen calculadora y astuta que le gustaba proyectar. Sí, la estaba secuestrando por venganza.

—Siempre aprendiste rápido, Chelsea. Una vez más, has dado en el clavo.

—Cole, ¡no!

Todavía de rodillas, Chelsea se acercó a él y le colocó una mano suplicante sobre el brazo.

—Llévame de vuelta a mi coche. ¡Por favor! —le imploró.

—No funcionará, querida —dijo a con ese tono cáustico que Chelsea empezaba a odiar—. Los días en que podías hipnotizarme con tus encantos han pasado. Ahora yo llevo las riendas.

—Siempre fue así —replicó Chelsea—. Ése fue uno de nuestros mayores problemas.

—Ahora, querida, siéntate y abróchate el cinturón.

—¡Deja de llamarme querida!

—Antes te encantaba que te llamase querida. ¿O era sólo otra de tus mentiras, como fingir que me amabas?

—¡Nunca fingí! ¡Te amaba de veras! ¿Por qué te niegas a creerlo?

—Quizá tiene algo que ver con tu negativa a casarte conmigo —sugirió Cole irónico—. Oh, no te importaba tener una relación informal conmigo. Yo era un hombre mayor con mucho dinero que gastar contigo, una relación de prestigio para una estudiante a punto de terminar. Te convenía tener la cita garantizada, te gustaban los regalos con los que te rodeaba y los sitios a los que yo podía llevarte. Era divertido tener un novio rico, ¿verdad, Chelsea? Hasta que empecé a hacer esas molestas exigencias de compromiso.

Chelsea se sonrojó.

—¡No trates de pintarme como una cazafortunas, Cole Tremaine! Si lo fuera, me habría casado contigo por tu dinero. Pero no lo hice y…

—También me utilizaste en el terreno sexual —le interrumpió

Cole con calma.

Chelsea ni siquiera intentó suprimir la exclamación de indignación. Sintió un irrefrenable deseo de abofetear a Cole. Pero sabía que debía controlarse; estaba en desventaja y completamente a su merced. Cole la estaba haciendo sufrir por diversión, para arrancarle una respuesta furibunda. Debía negarle ese placer. Sin embargo, no pudo callarse. Además, era difícil que Cole tuviera piedad de ella.

—¡Nunca te utilicé en el terreno sexual! —exclamó—. ¿Cómo te atreves a hacerme una acusación tan insultante?

—Me atrevo, porque es verdad —dijo él lacónico—. Parece que he tocado la fibra, ¿verdad, Chelsea? Los dos sabemos que yo fui el catalizador en tu transformación de jovencita virgen e inhibida en amante apasionada. Adorabas todo lo que hacíamos en la cama. Nunca tenías suficiente. No te interesaban el amor y el compromiso, pero no querías renunciar al sexo.

—¡No tengo por qué quedarme aquí sentada oyendo todo esto! —Gritó Chelsea—. ¡Y no lo haré!

Chelsea se lanzó hacia el volante. Tomando a Cole por sorpresa, consiguió sujetarlo con ambas manos y girar con violencia hacia la derecha.

—¡Quita las manos del volante! —gritó Cole alarmado mientras el coche se desplazaba hacia un lado.

—¡No! —gritó Chelsea manteniendo el rumbo del coche hacia el acotamiento.

Cole soltó el volante dejando a Chelsea el control del coche. ¿Qué otra cosa podía hacer? Conducir no es tarea para dos personas. Maldiciendo, frenó poco a poco, y el coche se detuvo.

Las manos de Cole temblaban cuando apagó el motor.

—¡Te has vuelto loca! —gritó. El corazón le latía a toda la velocidad y en sus venas corría la adrenalina recién liberada—. ¡Ha sido la cosa más estúpida que he visto hacer nunca! ¡Podías habernos matado a los dos!

—¡Pero no lo he hecho! —replicó Chelsea.

Cole estaba furioso y totalmente distraído. Aprovechándose de su estado, Chelsea, sacó la llave del motor de arranque.

Cole abrió la boca asombrado. ¡Todavía no se recuperaba de sus trampas en la autopista, y ahora eso!

—¡Dame esa llave! —ordenó ronco.

—¡No! Ahora abre la puerta y déjame salir. Si no lo haces, yo… me tragaré la llave. Te juro que lo haré.

En ese momento Cole no se atrevió a dudar de sus palabras. Sacó un pañuelo blanco de uno de sus bolsillos y se secó la frente.

—¡Te estás portando como una loca de atar!

—Prefiero ser una loca de atar que una estúpida sin iniciativa que soporta tus insultos mientras espera a ser devuelta a Seth Strickland.

Chelsea se desplazó por el asiento, tan lejos de Cole como pudo, apretando la llave en su puño.

—Chelsea, no te voy a llevar con Seth Strickland.

—¡Desde luego que no! Soy dueña de mi propia vida. Pasé mi infancia y adolescencia de un lado para otro como una pelota de *ping* pong entre mis padres y me he cansado de que la gente me utilice para sus propósitos. No voy a pasar el resto de mi vida haciendo ese desgraciado papel.

Chelsea se detuvo a tomar aliento. Cuando habló su voz temblaba.

—He pasado la noche en vela afrontando algunas verdades dolorosas sobre mí. Cosas como por qué he tenido relaciones contigo y con Seth, dos hombres dominantes que querían dirigir mi vida. Por qué de adulta he recreado en el subconsciente situaciones parecidas a las de mi niñez. Quizá tenía que volver a experimentar esos viejos sentimientos de impotencia para por fin superarlos. ¡Y lo he hecho! ¡Hoy lo he probado!

Cole emitió un gruñido exasperado.

—Te suplico me ahorres toda esa psicología barata. Tal vez los lectores de tu bonita revista se emocionen con la introspecciones y el psicoanálisis, pero no es mi caso.

—Claro que no. El todopoderoso Cole Tremaine es demasiado controlado y reprimido para correr el riesgo de reconocer cualquier debilidad.

—¿Por qué estos análisis de sillón siempre terminan igual? —murmuró Cole irritado.

De repente pareció un poco menos el todopoderoso y controlado Cole Tremaine y más un tipo con malas pulgas. Los labios de Chelsea se curvaron con inesperada diversión.

—No siempre tiene que ser negativo, Cole. El análisis también descubre cualidades positivas.

—Pero hacer una lista de las cualidades de una persona no es divertido —se burló él—. Además, tú crees que yo no tengo ninguna.

Chelsea lo miró asombrada. ¿De veras pensaba eso?

—Eso no es cierto —soltó Chelsea—. Sé que tienes muy buenas cualidades.

—Dime dos —la retó Cole.

—Puedo decir muchas más de dos.

Chelsea no sabía por qué le resultaba tan importante asegurarle que lo tenía en gran estima.

—Tienes un magnífico sentido del humor —continuó—. Eres fuerte y digno de confianza, leal y trabajador. Eres generoso y atento y… y considerado —concluyó después de una breve vacilación.

«Dentro y fuera de la cama». Ese pensamiento traidor surgió en su mente evocando todo tipo de imágenes y recuerdos de los dos juntos. Chelsea tragó saliva.

—¿Es suficiente o sigo? —preguntó animada, sintiendo que un rubor cubría sus mejillas. Gracias al cielo él no podía sospechar lo que estaba pensando.

—No tienes que exagerar —repuso él seco—. Me conformo con que no me compares con ese niño engreído de Strickland. No nos parecemos en nada.

—Excepto en que los dos me hicieran sentir pasiva e impotente, como si no tuviera el control de mi vida —respondió Chelsea más seria—. Igual que me sentía cuando era niña y mis padres se peleaban por Stefanie y por mí. Llegamos a perder la cuenta de las veces que nos secuestraron cuando el otro tenía la custodia.

Cole la miró sorprendido.

—¿Tus padres las raptaban cuando el otro tenía la custodia?

—Varias veces lo hicieron. El método era siempre el mismo. ¿Sabes lo horrible que es ir caminando de casa al colegio y que de repente te metan en un coche que sale corriendo a toda velocidad? Claro que no lo sabes, pero yo sí, y demasiado bien.

—Nunca me contaste nada de eso —dijo Cole despacio—. Cuando estábamos juntos, rara vez mencionaste a tus padres.

Un sentimiento de culpa nació dentro de él. Acababa de meterla a la fuerza en un coche despertando todos los fantasmas de su niñez.

Chelsea bajó los ojos.

—Entonces no quería malgastar el tiempo que estaba contigo hablando sobre divorcios y desgracias y sacando a relucir tristes recuerdos. Cuando estaba contigo, quería ser encantadora y entretenida y…

—Chelsea, yo nunca te vi como un entretenimiento. ¡Por el amor de Dios, quería casarme contigo! Debiste decirme algo que hubiera ayudado a comprenderte.

Ella se encogió de hombros.

—Siempre me ha resultado difícil hablar de mi infancia. Además, cuando estábamos juntos, nunca ahondamos en nuestras mentes o nuestros pasados. Estábamos demasiado absortos en el presente.

—Haciendo cosas, yendo a sitios, divirtiéndonos, haciendo el amor —dijo Cole mirándola fijamente—. Todo lo que hacen las parejas que estrenan relación. Si hubiéramos tenido más tiempo…

—¿Para conocernos mejor uno al otro? —lo interrumpió Chelsea suave—. Recuerdo muy bien que tú dijiste que no necesitábamos más tiempo, ¿o ya lo has olvidado? Querías que nos casáramos de inmediato y cuando yo me negué, tú rompiste lo nuestro de una forma definitiva.

Cole hizo una mueca. Chelsea se salía con la suya y ganaba la discusión con las manos en los bolsillos. Fue uno de los raros momentos en la vida de Cole en que quedó sin palabras.

Chelsea se permitió una sonrisa. Nadie sabía mejor que ella lo mucho que odiaba ser vencido. Entonces se sintió magnánima.

—Cole, quiero pedirte disculpas por haber tomado el volante. Fue una locura, pero al verme de nuevo víctima de un secuestro, perdí el control.

—Ya me di cuenta. Pero no fue el secuestro lo que te sacó de tus casillas, Chelsea. Eso lo estabas asumiendo mal que bien. No te convertiste en una loca peligrosa hasta que mencioné el sexo —dijo Cole riendo perverso—. Ahora tenemos un tema que merece la pena analizar. ¿Por qué la sola mención del sexo convierte a la novia fugitiva en una loca peligrosa?

Capítulo 3

Los sentimientos benevolentes de Chelsea hacia él, se desvanecieron de golpe. Cole volvió a convertirse en su adversario.
—Déjalo, Cole— le previno.

—¿Por qué no quieres oír que te encantaba que te hiciera el amor? Los dos sabemos que es verdad.

—¡Cállate, Cole!

—¿Te niegas a afrontar la realidad? ¿Puede ser que te gustaba que yo te hiciera el amor, pero no Strickland?

Cole se echó a reír al ver a Chelsea aspirar bruscamente.

—¡Ajá! ¿Acaso el psicoanalista ha dado en el quid de la cuestión?

Chelsea no pudo aguantarlo más. Nunca había experimentado con tal fuerza esa mezcla de indignación, furia y otra emoción que no podía identificar y que la hizo ponerse en acción.

Echó el brazo hacia atrás, dispuesta a borrar de una cachetada esa insoportable sonrisa del rostro de Cole. Abrió el puño y la llave cayó al suelo del coche. Ninguno de los dos se dio cuenta.

Una décima de segundo antes que su mano chocara con la mejilla de Cole, él le sujetó la muñeca en el aire y la atrajo hacia sí. Sorprendida, Chelsea cayó sobre él. En el acto comprendió que su fiero temperamento la volvía a meter en un buen lío.

—Bien, bien —declaró Cole con voz ronca—. Como en los viejos tiempos.

Chelsea detectó la burla en su voz y reaccionó en el acto. Luchando contra la insidiosa sensación de debilidad que la

amenazaba trató de zafarse de él. Pero cuanto más se esforzaba más la sujetaba él. Chelsea levantó la barbilla para mirarlo y sólo se vio a sí misma reflejada en sus gafas de sol.

Levantó una mano y se las quitó. Sus ojos se encontraron durante un largo momento. La oscura mirada de Cole era ardiente y claramente sexual, y Chelsea sintió el deseo crecer dentro de ella, como en los viejos tiempos.

Cole la atrajo hacia sí un poco más.

Se miraron en silencio y Chelsea observó cómo la cabeza de él descendía hacia ella. Cuando sólo unos centímetros separaban sus bocas, los párpados de la chica se cerraron con voluntad propia. Chelsea los abrió y se esforzó por mantenerlos abiertos mientras la besaba.

—No.

Chelsea apenas reconoció el susurro agitado como propio.

—Sabes que sí quieres.

Cole deslizó la punta de la lengua sobre sus labios, separándolos. Soltó su muñeca y recorrió con la palma la longitud de su espina dorsal, deteniéndose a acariciar el punto sensible al final de la espalda. Aunque luchó con todas sus fuerzas, Chelsea no fue capaz de suprimir un gemido.

—Estás hambrienta ¿verdad, preciosa? —La boca de Cole se movía urgente sobre la curva de su cuello—. Parece que después de todo este tiempo aún puedo hacer que me desees —murmuró.

Cuando la mano de Cole se deslizó hasta sus glúteos y la apretó contra su cuerpo, Chelsea sintió la prueba inconfundible de su deseo. Su mente era un campo de batalla donde el sentido común que la urgía a detener aquello, luchaba contra los años que había ansiado ese momento.

—Cole, por favor, no…

Su voz se desvaneció cuando él la besó con autoridad. Chelsea sintió la lengua entrar en su boca, probando la húmeda suavidad de su interior.

Chelsea nunca había podido resistirse a sus besos, y sin saber bien lo que hacía le rodeó el cuello con los brazos.

Dentro del lujoso auto con los cristales oscuros y la mullida tapicería, era como si, estuvieran ocultos en su propia zona privada, lejos de todo y de todos. Los coches y los camiones pasaban a su

lado por la autopista, pero Chelsea no se daba cuenta; su mente estaba en blanco. El mundo se redujo a Cole y las sensaciones que él evocaba dentro de ella.

Chelsea gimió cuando la mano de Cole se deslizó bajo su blusa para acariciar su espalda desnuda. Había pasado tantas noches de insomnio, presa de un deseo que sólo Cole podía saciar. Y allí estaban, juntos de nuevo. Por el momento, parecía suficiente. Chelsea se aferró a él, besándolo con toda su pasión.

—Parece que me hubieras echado de menos, Chelsea —murmuró él sin apartar sus labios de la boca de la joven.

Chelsea emitió un sonido ininteligible que no le satisfizo.

—¿Me has extrañado? —insistió besándola una y otra vez—. Dímelo.

—Sí —admitió ella por fin.

No pudo evitarlo. Debajo de la blusa, la mano de Cole avanzaba lenta y provocativa hacia sus senos.

—¿Y Strickland? —preguntó él con voz áspera.

El pensamiento de Seth Strickland tocando a Chelsea de ese modo, besándola, haciéndole el amor, lo llenaba de celos.

—¿Echarás de menos el modo en que él te hacía sentir? —añadió.

—No. ¡No! —Respondió Chelsea sin aliento—. Nunca hicimos el amor. Yo no quería y él nunca me presionó. Tú eres mi primer y único amante —añadió sorprendida.

Una posesiva sensualidad ardió en las oscuras profundidades azules de los ojos de Cole.

—Bien —dijo con fiereza.

Y entonces uno de sus pulgares encontró el pezón excitado, firme y duro bajo el suave y sedoso tejido del sostén, y ella ya no pudo pensar en absoluto.

Cole acarició el pezón con suavidad. Chelsea se retorcía desesperada.

—Siempre fuiste increíblemente sensible allí —murmuró él.

El tono grave de su voz la hizo estremecerse.

Cole rodeó el pezón a través de la tela muy despacio. Chelsea gritó su nombre, aferrándose a sus hombros en busca de apoyo, mientras unos deliciosos temblores la recorrían.

La desinhibida respuesta de Chelsea liberó una pasión

arrolladora dentro de Cole. Después de cuatro años, la chica seguía excitándolo más rápido y con más intensidad que cualquier mujer. El descubrimiento activó una alarma dentro de su cerebro enfebrecido. En el pasado perdió la cabeza por ella. Chelsea fue su obsesión, y nunca, antes ni después, nadie tuvo tanto poder sobre él.

Sólo pensar en aquellos días sombríos sin ella después de su ruptura lo deprimía. La amaba y ella le rompió el corazón. Necesitó mucho tiempo para superarlo y se había jurado que ninguna mujer volvería a ponerlo en esa situación.

Y durante los pasados cuatro años, ninguna mujer consiguió atravesar su coraza protectora de reserva, ninguna la hizo perder el control. Pero allí estaba Chelsea una vez más, amenazando con hacer justo eso.

No, se prometió Cole batiéndose en una estratégica retirada emocional. Nunca más. De repente, la necesidad de poner distancia entre ellos fue tan vital como respirar.

—La pequeña Chelsea, siempre tan fogosa —dijo Cole retirándose con una risita—. Apuesto que ahora mismo podría hacerte decir cualquier cosa. Ya has admitido que no hubo nada físico entre Strickland y tú, que nunca conociste más hombre que yo, que me has echado de menos. Me pregunto qué más estarías dispuesta a decir y hacer.

Su tono ligero y mordaz atravesó la nube de sensualidad que envolvía a Chelsea. Ella abrió los ojos despacio y lo miró. La expresión en el rostro de Cole era desagradable.

—Lo único que tengo que hacer es pulsar los botones adecuados. ¿Verdad, Chelsea? Y sé exactamente cuáles son y dónde están, ¿no, querida?

Cole se incorporó y la soltó.

Chelsea volvió a la realidad de golpe. Se sentía expuesta y vulnerable, y poco a poco el miedo volvió a invadirla.

—¿Por eso me besaste? ¿Para comprobar que podrías hacerme decir y hacer cosas? —preguntó tragando saliva—. ¿Para humillarme?

—¿Qué te parece? —replicó él con los ojos brillantes—. ¿Que lo hice porque sigo enamorado de ti?

La confusión y el dolor que se reflejaron en el rostro de Chelsea,

casi consiguieron que Cole pidiera perdón por su crueldad. Pero con idéntica rapidez superó el momento de debilidad. Con ella en sus brazos, estuvo peligrosamente cerca de olvidar su juramento de no volver a dejarse dominar. Descubrir que Chelsea seguía teniendo un poder enorme sobre él fue todo un impacto. Luchar contra esa situación era una necesitad imperiosa.

—Sé que ya no estás enamorado de mí.

Chelsea se deslizó sobre el asiento alejándose de él, tratando de recuperar el control. No era fácil; se sentía desconcertada, dolida y furiosa a la vez. Cole la excitó por diversión. Aquello era demasiado. Explotó.

—En realidad creo que nunca me amaste. ¡Amabas la idea de tener una esposa sumisa y estúpida, pero fértil! ¡Yo tenía que casarme en la fecha que tú fijaras, tener seis hijos con dos años de separación entre ellos porque te gustaba la idea de tener una familia, y por supuesto, a mí no me permitirías opinar nada al respecto!

—¡Eso no es cierto! —replicó Cole furioso.

Pero tuvo que reconocer que había algo de verdad en sus palabras. ¿Acaso no proyectó el futuro de los dos según sus propios planes, dando por sentado que ella aceptaría sin reparos? ¿Acaso no supuso que ella querría exactamente lo mismo que él, porque estaban enamorados? Que él pudiera tener parte de culpa en lo que fracasó entre ellos, era una idea revolucionaria. Y desde luego algo que no le apetecía nada considerar en ese momento, no después de todos esos años viéndose a sí mismo como la víctima inocente.

Pero mientras Cole estaba sumido en sus pensamientos, Chelsea era toda acción. Al moverse había visto la llave del coche en el suelo, y se agachó a recogerla.

—Voy a dar la vuelta e iremos a buscar mi coche —anunció tajante, mostrándole la llave—. Si quieres acompañarme, bien. Si no, bájate ahora mismo.

Cole se echó a reír. No pudo evitarlo. La idea de Chelsea conduciendo su coche era absurda. Con su mayor tamaño y fuerza, podía reducirla sin esfuerzo; si quisiera, podía recuperar la llave en unos segundos. Era una perspectiva tentadora. Primero la sujetaría por los brazos y la derribaría sobre el asiento, luego utilizaría las piernas para inmovilizarla bajo él. Chelsea lucharía, desde luego,

pero él la tendría bajo su cuerpo.

Los ojos de Cole brillaron al imaginarse la escena y su respiración se alteró ligeramente como si ya estuviera enzarzado en esa pelea erótica.

Erótica. Cole tragó saliva. Allí estaba la trampa. Mejor haría en tranquilizarse. Todavía estaba excitado de su anterior escarceo.

No podía sucumbir a sus encantos de nuevo. Y no lo haría. Había trabajado muy duro para olvidarse de ella.

—Si abres la puerta, saldré y subiré al asiento trasero —dijo Cole enderezándose en su asiento—. Puedes hacer de chofer.

Chelsea lo miró con desconfianza pero asintió. Cole le explicó cómo abrir las puertas y ella siguió sus instrucciones con cautela, preguntándose si habría algún truco.

Pero él no hizo nada raro. La dejó sola en la parte delantera y se acomodó atrás.

—No olvides que te dejo escapar porque quiero —le indicó con frialdad, sirviéndose una bebida del bien provisto bar—. Al igual que permito que conduzcas porque me conviene. Si quisiera retenerte, no podrías hacer nada para impedirlo.

Chelsea se sintió ridículamente rechazada. Furiosa consigo misma, puso el coche en marcha. No sería víctima de las manipuladoras trampas psicológicas de Cole, se dijo. Había ganado su libertad y podía estar orgullosa de su inteligencia.

—Voy a poner la radio —anunció con tono satisfecho.

Se aseguró de que se sentía lo bastante valiente hasta para oír el anuncio oficial de la cancelación de su boda.

—Como quieras. Yo tengo que hacer algunas llamadas —replicó Cole impasible, tomando el teléfono celular.

Instantes después, Chelsea oyó la voz de Cole, profunda y cálida, en la parte de atrás del coche.

—Hola, Carling…

Chelsea sintió que el corazón le daba un vuelco. Los celos, corrosivos como el ácido, la dominaron. Con los labios apretados, presionó el pequeño botón con la pictografía de una ventana y un cristal se deslizó separando las dos partes del vehículo.

Luchando contra las lágrimas, Chelsea condujo hacia la próxima salida. Estaba furiosa consigo misma por sus celos estúpidos y absurdos y con Cole por tener el poder de provocarlos.

Y tan confusa. Esa misma mañana creía que por fin lograba reconducir su vida. Entonces apareció Cole haciéndola descarrilar de nuevo.

Era descorazonador comprobar lo mucho que seguía deseándolo.

Chelsea se obligó a afrontar la desagradable verdad. Si no hubiera oído esos rumores sobre el compromiso de Cole con Carling Templeton nunca habría empezado salir con Seth Strickland. Se dejó utilizar por Seth y los Strickland en su monumental campaña de relaciones públicas, pero ella también los había utilizado, como defensa contra el dolor que le producía la idea de Cole enamorado de la bella y sofisticada Carling.

Carling y Cole. El corazón se le encogió. Cuando Cole la tomó en sus brazos, Chelsea no pensó una sola vez en la otra mujer. Aunque él no había olvidado a Seth Strickland; pronunció el nombre del otro hombre y sonrió con satisfacción cuando ella lo repudió por completo. Seguramente todo formaba parte de su venganza. Un plan para hacerla admitir que lo deseaba aunque estuviera fuera de su alcance y comprometido con otra mujer.

Un arrebato de furia volvió a dominarla. Ese hombre era una serpiente manipuladora y sin corazón.

El viaje de vuelta al lugar donde estaba su coche fue largo y complicado, pero Chelsea apenas se dio cuenta; muchas otras cosas competían por su atención. Cada vez que dirigía una mirada hacia atrás por el espejo retrovisor y veía a Cole, sonriendo mientras hablaba por teléfono con Carling, le hervía la sangre. Y después, a través de las ondas radiales vino el anuncio que Chelsea esperaba y temía. La boda de la Casa Blanca fue aplazada temporalmente debido a una repentina y grave enfermedad de la señorita Chelsea Kincaid. Al parecer el novio se encontraba al lado de la joven en algún hospital desconocido.

Chelsea se horrorizó al oírlo. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué dieron esa noticia? Las amenazas de Seth resonaron en su cabeza. «Vas a casarte conmigo te guste o no. Te obligaré si tengo que hacerlo, haré lo que sea necesario para que pases por esta maldita boda».

Cuando se detuvo tras su coche, Chelsea estaba muerta de miedo. Además el dolor de cabeza que había tratado de mantener a raya volvía con toda su fuerza. Quería suplicar a Cole que la

ayudase, pero no se atrevió.

No, tenía que afrontar la situación sola. Salió del auto con la cabeza a punto de estallarle, los ojos llorosos por la brillantez del sol, y tratando de combatir la náusea que amenazaba dominarla. Nunca se sintió tan sola y desamparada.

Cole recuperó su posición al volante. La miró duramente a través de los ojos entornados.

—No tienes muy buen aspecto —observó frunciendo el ceño.

—Estoy bien —repuso ella.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? —preguntó Cole con tono insultante.

—No, no quiero ir contigo. Soy dueña de mi propia vida, ¿recuerdas? Y eso significa que hago mis elecciones y no te cedo sumisa el mundo. Voy a cambiar la rueda y me marcharé en mi propio coche.

Cole soltó una risa despectiva.

—No podrías cambiar una rueda aunque tu vida dependiera de ello.

—Por supuesto, una víbora como tú jamás se molestaría en ayudarme.

Por desgracia, Cole no entró al juego.

—En efecto. Nosotras las serpientes nos comemos a las arpías como tú de aperitivo, no les hacemos favores.

—No dejaría que me hicieras ningún favor. ¡Aunque te pusieras de rodillas y me lo suplicaras!

—Creo recordar una vez que estaba de rodillas ante ti. Hace unos cuatro años, en el dormitorio —dijo Cole esbozando una sonrisa insolente—. Tú estabas desnuda en la cama y, curiosamente, me suplicabas algo.

Chelsea sintió que el corazón le daba un vuelco al recordar la escena.

—Te odio —escupió—. Eres un malvado.

El se limitó a arquear las cejas.

—¿Qué te enfurece más, Chelsea? ¿Que me haya atrevido a mencionar ese episodio de nuestro pasado? ¿O no estar en esa cama, suplicándome…?

—¡Vete de aquí y déjame sola! —gritó Chelsea.

Roja como la grana, se alejó hacia su propio coche, pero antes

de llegar se dio la vuelta una vez más.

—No quiero volver a verte. Con un poco de suerte, ¡jamás tendré que volver a hacerlo!

—Ten cuidado con lo que deseas, querida —se burló él a través de la ventana abierta—, porque puedes conseguirlo. Como ahora, por ejemplo. Adiós.

Con una última sonrisa feroz Cole se incorporó al tránsito de la autopista. Se permitió una última mirada a Chelsea por el espejo retrovisor. Estaba buscando la llave que abría el maletero sin mirar en su dirección.

O eso creyó él. Aunque tenía la cabeza vuelta, con el rabillo del ojo.

Chelsea observó el coche negro hasta que desapareció de su vista.

La cabeza le dolía de tal modo, que decidió tomarse dos aspirinas antes de ocuparse de la rueda. Y entonces se dio cuenta. Su maleta, con sus ropas, medicinas, cosméticos, tarjetas de crédito y la mayor parte de su dinero, seguía en el coche de Cole. Sólo le quedaba el bolso con el permiso para conducir, un peine y un lápiz de labios. También tenía una pocos dólares en la guantera. Pero el resto se encontraba en su maleta, que acababa de desaparecer con Cole.

Chelsea no sabía si llorar o maldecir. Así que hizo un poco de las dos cosas. ¿Qué iba a hacer ahora? Tomó su bolso y miró en su interior, como si esperara que por algún milagro las aspirinas o su dinero estuviesen allí. Por supuesto eso no ocurrió.

Su única esperanza era cambiar la rueda, conducir hasta la siguiente salida, encontrar un teléfono y llamar a Stefanie pidiendo ayuda. Seguramente su hermana menor podría llevarle aspirinas, ropa y otras cosas que necesitaría mientras estuviera escondida. Chelsea se mordió el labio inferior al recordar su última llamada telefónica a Stefanie esa mañana.

—La boda no se celebrará y me marcho de la ciudad —le dijo de prisa, sin dejarle tiempo para reaccionar—. Quiero que se lo digas a papá y a mamá.

Chelsea cuadró los hombros y trató de recuperar el valor perdido. Cuanto más pronto cambiara la rueda, antes pasarían esa pesadilla y su dolor de cabeza.

«No podrías cambiar una rueda aunque tu vida dependiera de ello». Las hirientes palabras de Cole resonaron en sus oídos. Pues bien, en cierto modo su vida dependía de ello.

—Puedo hacerlo —dijo Chelsea en voz alta.

Sacó el gato del maletero y lo miró triunfante. Cole Tremaine seguramente pensaba que ni siquiera sabría lo que era un gato. Pues bien, lo sabía y ahora que lo tenía, iba a cambiar esa estúpida rueda.

Capítulo 4

Estaba estudiando la forma del gato y de la rueda, preguntándose qué hacer con los dos elementos, cuando un Chevy verde se detuvo a unos metros detrás de ella. Dos hombres, un alto y apuesto aunque algo desaliñado, y el otro bajo y con gafas, salieron del coche.

Chelsea se incorporó con cierta aprensión. Siempre podía esperar que se hubieran parado a ayudar a una damisela en apuros. Si tenían otras ideas respecto a una mujer sola… Chelsea cerró los dedos sobre el gato. Era un arma formidable, se dijo valiente.

—¡Hola! —dijo más confiada de lo que se sentía en realidad.

Esbozó una sonrisa. En algún sitio había leído que si actuaba como una víctima potencial, lo más probable era acabar siéndolo realmente.

—Se me ha pinchado una rueda y voy a cambiarla —dijo cambiándose el gato de mano.

El hombre más bajo la miró de hito en hito. —¡Cielos!— exclamó exaltado. —¡Es usted de veras… Chelsea Kincaid! Chelsea reprimió un gemido. Era demasiado tarde esperar no ser reconocida.

—Sí, soy yo —admitió ya que era inútil negarlo. —¿Y ustedes, quiénes son?

—Somos periodista —dijo el más bajo sacando una tarjeta, presumiblemente sus credenciales de prensa. —Yo soy Miles Rodgers, fotógrafo del Globe Star Probe. Y él es Kieran Kaufman, reportero.

—¡Globe Star Probe! —repitió Chelsea descorazonada—. Eso no es un periódico, ¡es un panfleto inmundo! A su lado el resto de los periódicos sensacionalistas parecen el Wall Street Jorunall.

—Gracias —dijo Miles Rodgers sonriente.

—El Globe Star Probe no es más que una basura sensacionalista sin ninguna otra cualidad —insistió Chelsea—. Es lo más bajo y rastrero en prensa. No lo utilizaría ni para ponerlo en el fondo de la jaula de mi pájaro, si tuviera pájaro.

—Es cierto que el Probe no es muy respetado. De hecho no se le respeta en absoluto, y por eso mismo tenemos que intentarlo con más ahínco —dijo Kieran Kaufman—. Pero esto va a ser una bomba. Verá, señorita Kincaid, Chelsea si me lo permite, somos los primeros en encontrarla y no en el hospital precisamente como se ha dicho. Ni siquiera parece enferma.

—Pues está muy equivocado —repuso Chelsea—. Me encuentre realmente mal. Tengo un dolor de cabeza infernal, he de cambiar una rueda y para colmo, ahora aparecen ustedes dos dispuestos a urdir una de sus asquerosas tergiversaciones. Me siento morir.

—¿Dolor de cabeza? Quizá la pueda ayudar. Una vez escribí sobre la migraña en la columna de salud del Probé —dijo Kaufman sonriendo—. Según la encuesta, un cuarto de las personas que padecen jaqueca, declararon que el orgasmo los ayuda a mitigar el dolor, y cuanto más fuerte el orgasmo, mayor el alivio. Así que si quiere subir al coche conmigo, me encantará. —¡Asqueroso!— lo interrumpió Chelsea levantando el gato amenazadora. —Aléjese de mí. No quiero hablar con usted y mucho menos deseo oírlo.

Kaufman se encogió de hombros.

—Copié el artículo de una prestigiosa revista médica, cariño. Pero si prefiere seguir sufriendo, es su dolor de cabeza. Miles y yo estamos aquí para averiguar la verdadera razón de que la Boda del Año se haya convertido en la Mentira del Año.

—¿Cómo me encontraron? —preguntó Chelsea.

—Tenemos nuestras fuentes —dijo Miles. —Una de las amiguitas de Kieran trabaja en cierta… digamos clandestina, agencia privada de detectives. Casi no podía creerlo cuando una llamada confidencial les encargó ir tras Chelsea Kincaid, y en la mañana de la boda. Por supuesto, llamó a Kier en seguida.

—¿Y qué hizo la agencia? —preguntó Chelsea—. Ha enviado a

tres investigadores en busca de la novia perdida —respondió Kieran Kaufman—. Me pregunto si Strickland la quería viva o muerta —añadió riéndose de su propio chiste. Chelsea no esbozó ni una sonrisa.

—Hemos interceptado sus llamadas con nuestra emisora —continuó Kaufman—. Sabíamos que se dirigía al oeste por la autopista setenta, así que nos adelantamos. Queríamos encontrarla antes que ellos.

Los dos hombres chocaron sus palmas en un gesto de felicitación. —Kieran, amigo mío, ésta es la historia de nuestra vida — dijo Miles exultante. —Por fin volveremos a hacer periodismo de verdad. Todas las cadenas querrán contratar nuestros servicios y podremos trabajar con quien nos plazca. Bueno, excluyendo a Canal Cinco, claro está.

—¿Canal Cinco? —Preguntó Chelsea—. ¿Es usted ése Kieran Kaufman? ¿El reportero que despidieron después de la emisión de unas cintas de video porno en horas de máxima audiencia?

—Un absurdo error de colocación que me costó la carrera —admitió Kaufman—. A nadie le importó que fuera un accidente y los jefes se pusieron furiosos. Todo el mundo se puso contra mí, excepto el Globe Star Probe. Desde entonces intento volver al periodismo serio. Miles también. Igualmente tuvo problemas con Canal Cinco, él por el alcohol. —Mala suerte— dijo el más bajo.

—Pero ahora estamos preparados los dos para rehabilitarnos profesionalmente —intervino Kieran—. Esta historia será la llave que nos vuelva a abrir todas las puertas. Va a venir con nosotros, cara de ángel. Va a darnos la historia exclusiva de por qué huyó de Seth Strickland. Tenemos un equipo de video instalado en mi apartamento y Miles y yo nos turnaremos para entrevistarla. Y luego… —hizo una pausa y suspiró—, luego venderemos la cinta al mejor postor. Y no sólo exigiremos un buen precio por ella, sino también trabajo.

—No voy a ir a ningún sitio con ustedes —dijo Chelsea desafiante, dando un paso atrás y asiendo el gato con fuerza.

La sonrisa de Kieran Kaufman se desvaneció de pronto. —Oh, claro que lo hará, princesa. Y hablará. La amenaza implícita era obvia.

—Chelsea, preciosa, no lo haga más difícil —dijo Miles. —No

queremos problemas.

—Y hacerme perder la paciencia a mí, es bastante problemático —le informó Kaufman seco—. Ahora venga con nosotros, ¿de acuerdo? —añadió dando un paso hacia ella.

—Nunca. Haré una escena —avisó Chelsea.

En ese momento se encontraba más allá de todo miedo. La tasa emocional del día y el dolor de cabeza la habían lanzado a una zona de irrealidad. Chelsea se sentía como una espectadora, como si estuviera viento a otra persona representando el papel de Chelsea Kincaid.

—Gritaré y lucharé y alguien se parará a ayudarme. Luego presentaré cargos contras ustedes por amenazas, conspiraciones y…

—Sí, sí —dijo Kaufman avanzando un poco más—. Cariño, la gente se pasa la vida amenazándonos. No nos importa. Es parte del trabajo.

—No tenga miedo, Chelsea —dijo apaciguador Miles Rodgers—. No vamos a hacerle daño. Es sólo que esta historia puede ser nuestra gran oportunidad y tenemos que aprovecharla.

—¡Querrá decir aprovecharse de mí!

Chelsea se acercó a la carretera. ¡Si alguien se parara! Miró hacia los coches que pasaban a toda velocidad y a los enormes camiones que hacían retumbar el asfalto. Ningún vehículo se paró; los conductores no mostraban ningún interés en la joven desamparada al borde de la carretera.

—Trate de ver la parte positiva —dijo Miles—. Podrá contar su versión de la historia. Ahora que Strickland ha mentido sobre la razón de la cancelación de la boda, su credibilidad será nula. Puede decir lo que quiera de él y la gente lo creerá. Ahora tiene la oportunidad de hundirlo.

—¡No quiero hundirlo! —exclamó Chelsea—. Solo no quiero casarme con él, eso es todo.

—¿Nunca lo vio bebido? —intervino Rieran—. ¿No toma coca? ¿Y qué hay de sus hábitos sexuales? ¿No tiene ninguna perversión?

—Si dice una palabra más, voy a golpearlo con esto —repuso Chelsea blandiendo el gato—. Le juro que le haré daño.

—La chica es dura —dijo Kaufman riendo—. ¿No tienes miedo, Miles?

—Estoy temblando —repuso éste.

Y entonces su sonrisa se desvaneció al mirar hacia la autopista.

—Oh —oh, mira quién está aquí. ¡Maldición, creí que les llevábamos más ventaja! Son esos detectives de la agencia que contrató Strickland.

Un coche negro se detuvo tras el vehículo de los periodistas. Chelsea observó con los ojos muy abiertos cómo tres hombres se apeaban y se dirigían hacia ellos a toda prisa. Kieran Kaufman maldijo en voz alta.

—¿De veras son detectives? —preguntó Chelsea en voz baja.

—No tienen licencia, pero hacen ese trabajo —replicó Kaufman. —En realidad hacen cualquier cosa por dinero. El Globe Star Probe ha utilizado esa agencia en alguna ocasión. ¿Necesito decirle más?

—¡Usted es Chelsea Kincaid! —exclamó uno de los detectives triunfante.

—Qué habilidad la suya —dijo Kaufman desdeñoso. —Merecen todo el dinero que Strickland les paga. Me sorprende que los inquilinos de la Casa Blanca conozcan su agencia. Se supone que nuestros gobernantes son gente decente, y ustedes tienen fama de operar fuera de la ley cada vez que les conviene.

—Obviamos la ley cuando es necesario —admitió otro de los detectives encogiéndose de hombros, y luego hizo un movimiento hacia Chelsea—. Sea buena chica y venga de buen grado, señorita Kincaid. Su futuro marido está ansioso por ponerle la mano encima.

—¡No! —exclamó Chelsea, coreada por Kieran y Miles.

—Nosotros la encontramos primero —dijo Miles indignado—. Va a venir con nosotros, ¿verdad, Chelsea?

Chelsea tragó saliva. Los tres detectives eran hombres grandes, y fuertes. Tenían un aspecto amenazador, y parecían capaces de pegar a una mujer hasta mandarla al hospital, y además disfrutar con ello. Se colocó detrás de los periodistas, consciente de la ironía de aquella nueva alianza, pero sin importarle.

—De eso nada. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó el detective más grande de todos.

—Trabajan para el Globe Star Probe —dijo Chelsea, saliendo despacio de detrás de su escudo humano.

Si pudiera llegar hasta su coche, si pudiera encerrarse dentro y tocar la bocina con fuerza. No cesaría hasta que se parase alguien.

—Van a escribir una primera página exclusiva sobre mi

desaparición a bordo de un
O. V. N. I.
Dentro de un par de meses escribirán una continuación diciendo que he tenido un hijo extraterrestre, y lo publicarán con fotografías y todo.

Miles Rodgers se echó a reír. Kieran Kaufman gruñó. Los otros tres hombres sonrieron malévolos.

—Ya hemos perdido tiempo suficiente —dijo el detective más corpulento—. Tómala y vámonos.

—No pueden —soltó Kaufman. —Ella es nuestra.

—No voy a ir con ninguno de ustedes.

Con el bolso bajo un brazo Chelsea sostuvo el gato frente a ella.

—No me dan miedo —dijo deseando que fuese cierto—. No se acerquen más, se los aviso.

Los cinco hombres se echaron a reír a coro. Y mientras ellos reían y Chelsea se preguntaba qué haría cuando dejasen de hacerlo y fuesen por ella, un coche, otro enorme auto negro, apareció de la nada y se detuvo junto a ella.

La puerta del copiloto se abrió de golpe.

—¡Chelsea, sube! —ordenó Cole.

Chelsea no se lo hizo repetir dos veces. Tirando el gato, subió al coche y cerró la puerta mientras Cole se incorporaba al tránsito de la autopista a toda velocidad, dejando a los cinco hombres envueltos en una nube de polvo.

—¡Oh, Cole, estaba tan asustada! —murmuró Chelsea apoyando la cabeza sobre el respaldo.

Cerró los ojos y unas lágrimas de alivio, o de miedo, abrasaron el interior de sus párpados. El dolor de cabeza se hizo insoportable.

—¿Qué estaba pasando allí? —preguntó Cole pasando al carril de alta velocidad y pisando a fondo el acelerador—. ¿Quiénes eran esos hombres y qué hacían allí contigo?

—Dos eran reporteros del Globe Star Probe —dijo Chelsea con dificultad, debido al nudo que tenía en la garganta.

Cole gruñó disgustado.

—Y eran unos verdaderos caballeros comparados con los tres matones que los Strickland han contratado para buscarme —agregó Chelsea encogiéndose de hombros—. Si no hubieras llegado en ese momento…

Chelsea perdió la batalla contra sí misma y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Te hicieron daño, Chelsea? —preguntó Cole con voz tensa.

—No.

Chelsea sacudió la cabeza y el movimiento le causó un dolor agudo y penetrante. Con dedos temblorosos abrió su pequeño bolso, sacó un pañuelo de papel y se secó las lágrimas.

—Me asustaron, eso fue todo. Y sigo asustada. No sé qué voy a hacer o a dónde voy a ir. Nos seguirán, lo sé, y si me encuentran… Tal vez cuando esos brutos terminen conmigo tendré que ir a un hospital, y Kaufman y Rodgers tienen grandes planes para una cinta de video en la que yo acuse a Seth de depravación y, y…

—No te encontrarán. Les llevamos una ventaja sustancial, si es que intentan seguirnos. Debes calmarte, Chelsea.

—¡No puedo! —gimió ella—. Éste ha sido uno de los peores días de mi vida. Cada vez que doy un paso, aparece alguien que trata de secuestrarme. Probablemente tendré que pasar el resto de mis días huyendo y… y la cabeza me duele tanto, que parece que tengo una bomba dentro a punto de explotar.

—No me sorprende que tengas dolor de cabeza —dijo Cole seco —. Como tú dices, éste no ha sido uno de tus mejores días. ¿Tienes aquí tus píldoras para el dolor?

—En mi maleta. Que por cierto te la llevaste tú —añadió Chelsea con un toque de aspereza.

Cole esbozó una sonrisa sardónica.

—Tú me ordenaste que me fuera, ¿recuerdas? Dijiste que no querías volver a verme jamás —explicó, y entonces se rió—. Desde luego, has cambiado de opinión muy de prisa. No tardaste un segundo en subir al coche.

—Decidí que era mejor el diablo conocido que la banda de los cinco —repuso Chelsea algo más recobrada—. Cole, antes dijiste que me secuestrabas por venganza.

—Creo que dije algo parecido, sí —convino Cole con tranquilidad.

—Cole, si estás coludido en secreto con los Strickland, por favor dímelo ahora.

—¿Por qué? ¿Para qué vuelvas a lanzarte por el volante?

Chelsea no le devolvió la sonrisa, sino que continuó mirándolo

ansiosa.

Cole suspiró.

—Ni ahora ni nunca me «asociaré» con los Strickland, Chelsea. Ahora ve atrás y busca tus pastillas para el dolor.

Ella lo obedeció y buscó en su maleta hasta que dio con el frasco de píldoras para la jaqueca.

—Necesitarás líquido para tragar las píldoras —dijo Cole, espiándola por el espejo retrovisor. —Saca algo del mueble bar. Alcohol no, mejor una bebida suave sin cafeína, o un zumo de frutas. Y luego recuéstate en el asiento y cierra los ojos.

Había veces que su tono seguro y autoritario sacaba de quicio a Chelsea. Pero esa vez no. Estaba demasiado agradecida por su presencia, por su ayuda y preocupación. Se tragó dos píldoras con un sorbo de zumo… Luego, como la cabeza la estaba matando, tragó otras dos más, con la esperanza de que una dosis doble hiciera efecto más de prisa.

El tapizado era suave y mullido, pero Chelsea no pudo relajarse y apreciar la comodidad. Tenía los músculos tensos y los nervios de punta. Y lo peor de todo era que el dolor de cabeza no disminuía ni un ápice.

Chelsea volvió a sentarse.

—Cole, ¿y si…?

—Recuéstate y relájate —le ordenó Cole.

—No puedo, las píldoras no hacen nada. Yo…

—Dales tiempo. Acabas de tomarlas. Ahora cierra los ojos y duérmete. Es lo único que puede curarte el dolor de cabeza.

—No puedo, es como si tuviera un volcán en erupción dentro de la cabeza. De cualquier forma, estoy demasiado tensa para dormir. Mi coche está abandonado en la carretera y tú todavía no me has dicho a dónde me llevas y por qué.

—Me ocuparé de que te dejen el coche en el estacionamiento de tu edificio de apartamentos. En cuanto a lo otro… digamos que tengo mis propios planes.

Cole soltó una risita burlona. Si él mismo pudiera descubrir cuáles eran esos planes, quizá también sabría porqué iba zumbando de acá para allá por la autopista como un chiflado.

En cuanto se marcho se arrepintió de su acción irreflexiva y poco caballerosa. Siempre fue un buen ciudadano, correcto y

servicial, en especial con las mujeres. Pero dejó a Chelsea sola y sin protección en un arrebato de ira.

Dado que conducir marcha atrás era ilegal e imposible en una autopista, no le quedó más remedio que conducir hasta la próxima salida y desandar el camino. Y mientras recorría esa aburrida ruta, se iba reprochando su comportamiento impropio de un Tremaine y atormentándose con imágenes de Chelsea sufriendo algún daño inexpresable por su culpa.

El corazón le dio un vuelco cuando la vio de pie peligrosamente cerca de la carretera; luego reparó en los cinco hombres. Por supuesto era posible que todos se hubieran parado a ayudar a una joven en apuros.

Pero su instinto le decía una cosa muy distinta. Si todo iba bien, Chelsea podría decírselo, así que detuvo el coche a un lado. Pero entonces ella saltó dentro como una exhalación, y su expresión le avisó que cuanto antes se marcharan, mucho mejor.

Estaba en un buen lío. Seth Strickland, sus pistoleros y los dos periodistas andaban tras su pista. Y él, Cole Tremaine, la tenía.

Se permitió una rápida mirada por el espejo retrovisor. Y al verla, casi gimió de desesperación. Se preguntó si llegaría el día en que pudiera mirarla sin estremecerse. Todo en ella lo cautivaba. Su piel blanca y suave, salvo algunas pecas sobre la nariz. Sus grandes y expresivos ojos castaños que parecían cambiar con sus emociones.

Cole vio cómo se mordía el labio inferior. La boca de Chelsea era indescriptiblemente sensual, los labios llenos y bien delineados, los dientes pequeños y blancos.

Y si quería seguir torturándose, podía concentrarse en la elegante curva de su cuello, o en los redondeados senos que subían y bajaban bajo la camiseta de algodón, o en sus largas y bien torneadas piernas.

Cole respiró hondo. Estaba sucumbiendo a su hechizo de nuevo y aunque en parte deseaba dejar de luchar contra sus sentimientos, el competidor que había en él y que no abandonaba hasta conseguir la victoria, se rebelaba ante la perspectiva. Una vez le dio su corazón y su amor a esa mujer, y no podía olvidar cómo terminó.

Lo único que sentía por ella ahora era deseo. De repente una sonrisa cruzó su rostro. Ella también lo deseaba; lo detectó al besarla, en su respuesta apasionada. Una idea falta de escrúpulos

cruzó por su mente. ¿Por qué no podía tenerla sin los lazos sentimentales y emocionales que fueron su ruina la última vez?

¿Por qué no podía tener una aventura basada sólo en la pasión física? Cole miró a Chelsea de nuevo. ¿Por qué no?

Podía saciarse sin la responsabilidad de cuidar de ella y de quererla. Esta vez, sería sólo sexo.

Y esta vez no saldría herido. Sabría desde el principio que era algo temporal y basado únicamente en la atracción física. No cometería el error de contraer un compromiso o esperarlo de ella.

Su plan sólo tenía un defecto. Sabía muy bien que Chelsea nunca consentiría en tener relaciones sexuales sin trascendencia; ella tenía que creer que estaba enamorada… y que su amor era correspondido. Cole sonrió cínico. Seguro que el nuevo Cole Tremaine podía conseguir eso. Su conciencia protestó en el acto. Siempre fue honesto en sus tratos con mujeres, sin hacer nunca falsas promesas, o permitir ninguna ilusión respecto a sus intenciones. Aunque se había ganado una reputación de rompecorazones, por lo menos no se ponía en duda su sinceridad; él sólo prometía un buen rato, nunca un compromiso.

Sólo engañaría a Chelsea tanto como ella quisiera engañarse a sí misma, reflexionó. Tendría que tender su trampa con cuidado. —No me has dicho cuáles son tus planes. La voz de Chelsea lo despertó del ensueño. La joven se había sentado y lo observaba. Cole le recordaba a un tiburón que acabara de avistar a un grupo de bañistas y estuviera pensando en la comida—. ¿Por qué volviste a mí. Cole? ¿Y a dónde me llevas?

El sonrió. —Volví por mi porque mi conciencia no me permite abandonar a una mujer en apuros— repuso Cole, pensando que en parte era cierto. —Y tú necesitas un sitio donde esconderte hasta que pase la tormenta.

—Sé que tengo problemas, pero puede que tú también, Cole. Supón que uno de esos intrépidos detectives ha tomado el número de tu matrícula. Podrían seguir la pista del coche hasta llegar a Tremaine Inc. Y no es un secreto que un tiempo estuvimos comprometidos. Si sospechan que me estás ayudando, ¡tú también estarás en peligro!

—No me da miedo los Strickland. Cariño, tengo tanto dinero como ellos.

—¡Pero el dinero no podrá protegerte si quieren vengarse!

—Claro que sí, Chelsea. Para empezar, puedo proporcionarte un lugar donde estarás fuera del alcance de los Strickland, sus hombres y también de los periodistas. Y un par de llamadas telefónicas bien escogidas acabarán con cualquier amenaza de su parte.

El cebo estaba en la trampa.

Chelsea contuvo el aliento. ¿Podría atreverse a tener esperanzas?

—¿A ti… a ti no te importaría ayudarme?

—Mi familia tiene una casita en las Montañas Catoctin, al noroeste de Maryland. El lugar está tan apartado, que es imposible encontrarlo si no se conoce. Pero es muy cómodo, una verdadera casa de descanso. Y, por supuesto, la seguridad es de primera.

Ella sabía que un Tremaine no se conformaría con menos. Abrió mucho los ojos.

—¿Me dejarías estar allí?

—Sí —respondió Cole encantado.

Chelsea estaba entrando en la trampa.

—Sólo por curiosidad, ¿a dónde habías pensado ir cuando dejaste Washington? —preguntó Cole despreocupado.

—No tenía un destino fijo. Pensaba conducir hacia el oeste hasta alejarme lo suficiente de la ciudad o hasta que estuviera demasiado cansada para seguir conduciendo. Supongo que pensé en salir de la autopista y esconderme en algún pequeño hotel remoto en medio del campo.

—¿Crees que la gente de las zonas rurales no está informada? Siento defraudar tus ilusiones, cariño, pero ¿quién crees que compra esas gigantescas antenas parabólicas que les permiten sintonizar seiscientas emisoras de televisión de todo el mundo? Te habrían reconocido el primer día.

—Después de hablar con Seth, no podía pensar con demasiada claridad. Sólo sabía que tenía que marcharme. Cole, ¿oíste el anuncio oficial? Dijeron que la boda se aplazaba porque yo estaba enferma en el hospital.

—Y enviaron a la patrulla de matones detrás de ti, así que es obvio que no han renunciado a la idea de la boda. Strickland debe estar muy encaprichado contigo.

—¡Claro que no! Seth no me ama. Está profundamente enamorado de sí mismo. La única razón por la que quiere casarse,

es porque le molestó un artículo que un columnista conservador escribió sobre él, insinuando que quizá había algo raro en el hijo del presidente porque tenía treinta y dos años y todavía no se casaba.

—Yo tengo casi treinta y cinco y no me he casado nunca —protestó Cole—, ¡y no hay nada raro en mí!

Si todo hubiera ocurrido según sus planes, se habría casado cuatro años atrás y ya tendría un par de niños. Frunció el ceño y miró a Chelsea con desaprobación.

—Pero tú no eres el hijo del presidente —repuso Chelsea. —Así qué los columnistas políticos maliciosos no insinúan nada sobre ti. Cuando conocí a Seth esa noche en la fiesta de la embajada búlgara…

—¿Embajada búlgara? ¡Qué apropiado para un romance! —La interrumpió Cole burlón.

—De lo único que Seth sabía hablar era de esa columna —continúo Chelsea, ignorando su comentario—. Estaba obsesionado con ella, y decidido a encontrar una esposa. Tan pronto como empecé a salir con él, la máquina publicitaria de los Strickland empezó a funcionar.

—Tu explicación es un poco interesada para mi gusto, querida. No eres la primera mujer que sale con Seth. El es apuesto, rico, tiene buenos contactos. También tiene fama de mujeriego, de hecho va de mujer en mujer como una abeja de flor en flor. Así que, ¿por qué fuiste tú quién terminó comprometida con él?

Chelsea suspiró.

—Seth es tan narcisista, que las mujeres tienden a evitarlo después de una breve relación. Normalmente bastan una o dos citas, y las más duras llegan a tres. O sea que a pesar de su reputación, son ellas las que lo deja a él. Aunque Seth vive en otro mundo, cree todo lo que lee sobre él, que es un conquistador nato y el soltero más buscado del país.

—Por eso se indignó tanto con aquella columna y sus insinuaciones —concluyó Cole—. De acuerdo, puedo creer que las mujeres encuentren su egocentrismo intolerable. Entonces, ¿por qué duraste más de tres citas? ¿Por qué Seth supuso que te casarías con él?

¿Cómo podía explicarle Chelsea que la razón por la que pudo

seguir viendo a Seth era porque no le importaba que él sólo se preocupara de sí mismo? Ella estaba demasiado ocupada tratando de asimilar la idea de Cole Tremaine enamorado de Carling Templeton.

En vez de responder, cambió de tema.

—Cole, ¿vas a quedarte conmigo en la casa de tu familia en las montañas? —le preguntó con fingida inocencia.

El sonrió. La trampa se había cerrado. Chelsea estaba atrapada y ni siquiera lo sabía. Pero él sí. Cole saboreó su victoria.

—Sí. Necesito unas vacaciones y las Montañas Catoctin siempre han sido uno de mis lugares preferidos.

Chelsea trató de parecer agradecida en lugar de exultante. ¡Estaría sola con Cole, y la hija del Senador Templeton a cientos de kilómetros de distancia!

En las montañas, ella y Cole tendrían tiempo de conocerse sin interferencias o distracciones del exterior. Podrían renovar los lazos que una vez los unieron y reavivar la pasión cuyas cenizas aún ardían dentro de ellos.

¿Sería posible la reconciliación? Su corazón se llenó de esperanza. Ella era cuatro años mayor, y cuatro años más sensata, desde la última pelea con Cole. Había conseguido sus objetivos profesionales y adquirido confianza en sí misma, en su fuerza y su capacidad. No se sentía tan amenazada por el carácter dominante de Cole; estaba segura de que podría mantener sus posturas frente a él si era necesario y comprometerse sin sentirse manipulada.

Y seguía enamorada de él, admitió para sí. La pasión se encendió en sus venas.

—Cole, gracias por ayudarme —dijo esbozando una dulce sonrisa.

La sonrisa de Cole fue maligna.

—Querida, el gusto es mío. Ahora acuéstate y descansa.

Capítulo 5

Chelsea, ya hemos llegado. La voz profunda y masculina atravesó la espesa niebla que la rodeaba, y Chelsea trató de volver a la bendita inconsciencia del sueño. Por un segundo o dos no supo dónde se encontraba; sólo sabía que estaba demasiado cómoda para moverse, hablar o incluso abrir los ojos.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza? —insistió la voz.

Chelsea parpadeó. Su último recuerdo era un agudo dolor en el cráneo antes de caer en un sueño profundo. Sintió una mano acariciándole el pelo y abrió los ojos. Estaba en el asiento trasero del coche con la chaqueta de Cole alrededor de su cuerpo. El estaba junto a ella masajeándole la nuca.

—Esas píldoras te dejaron atontada —sonó la voz de Cole sobre ella—. No te has movido en las últimas tres horas y media.

—Me tomé cuatro píldoras —confesó Chelsea con voz somnolienta—. Quería que actuaran de prisa.

Cole frunció el ceño.

—No debes jugar con los medicamentos, Chelsea. Sigue las instrucciones del médico, para eso están.

—Pareces un farmacéutico de la cadena de farmacias Tremaine murmuro Chelsea Y luego volvió a cerrar los ojos.

No podía mantenerlos abiertos, no quería.

—Nuestros farmacéuticos son la clave del éxito de…

Cole empezó con la familiar perorata, pero Chelsea lo interrumpió.

—No, la clave del éxito es el sentido de los negocios y los

conocimientos de mercadotecnia de los Tremaine, padre e hijos —murmuró con los ojos entornados.

Cole la miró. Necesitaba algo que lo distrajera para poner freno a esa extraña oleada de ternura que lo invadía cada vez que miraba a Chelsea, ahora acurrucada junto a él.

A regañadientes, Cole abrió la puerta del coche y salió. Chelsea protestó; quería que se quedara con ella. El murmuró una protesta y trató de liberarse del deseo que lo dominaba de nuevo. Chelsea estaba semidrogada; no sabía lo que hacía. Y no podían quedarse en el coche el resto del día. Bueno, quizá ella sí podía, pero él no. El necesitaba una ducha fría, y un poco de ejercicio físico si quería dormir algo esa noche.

Cole abrió la puerta de la casa y metió el equipaje de Chelsea antes de volver al coche por ella.

Apenas despierta, Chelsea apoyó la cabeza en la curva de su hombro y se apretó contra él. El seductor aroma masculino de Cole llenó sus fosas nasales y Chelsea suspiró satisfecha. El la llevó dentro, atravesando la habitación principal decorada en un estilo rústico, hasta llegar a un pequeño dormitorio donde predominaba el rosa en diversas tonalidades.

Cuando la dejó sobre la cama, Chelsea abrió los ojos y miró a su alrededor. Rosa, rosa y más rosa, todo de encaje y puntillas. Obviamente aquello era la idea que tenía alguien de una habitación femenina.

—Me siento como en la habitación de la muñeca Barbie —murmuró Chelsea—. En mi vida había visto tentó volante rosa.

Cole sonrió un poco.

—Mi padre la decoró hace años para las visitas de mi prima Karen. Es su única sobrina y la adora. Sin hijas, tiene una idea un tanto peculiar de la habitación de una chica.

—Recuerdo a tu prima Karen —dijo Chelsea sonriéndole—. Me gustaba mucho.

Casi añadió que pensaba pedir a Keren que fuera una de las damas de honor en su boda.

—Karen se ha casado —comentó Cote—. Tiene la misma edad que tú y ya tiene dos niños preciosos, un niño y una niña.

* * *

Chelsea tendría que haber estado completamente inconsciente para no sentir la súbita tensión que emanaba de él. Pero debido a las pastillas, no le dio demasiada importancia.

—¿Sigue yendo Karen a visitarlos? —preguntó.

—Ya no. Ahora vive en California y rara vez va a Washington. Cuando lo hace, nunca tiene tiempo suficiente para acercarse hasta aquí. Hace mucho tiempo que no usa esta habitación. Cuando mis hermanos o yo traemos a alguna mujer, suele quedarse en el dormitorio principal —añadió con frialdad.

—Con alguno de ustedes, por supuesto —dijo Chelsea con una risita.

Algún rincón sensato de su mente le recordó que la idea de Cole compartiendo el dormitorio principal con otra mujer debería entristecerla. Pero la medicación la había liberado de ansiedades; estaba demasiado aletargada para sentir celos. Despacio se colocó de lado y miró a Cole a través de sus largas y oscuras pestañas. Se sentía maravillosamente sensual, libre de toda inhibición.

—¿Vas a compartir el dormitorio principal conmigo, Cole? —se oyó preguntar a sí misma.

Se sentía muy extraña, como disociada de lo que decía o hacía. Su mente flotaba en una bruma agradable.

—Desde luego —replicó Cole esbozando una malvada sonrisa—. Pero no mientras estés bajo los efectos de esas pastillas. Te quiero consciente cuando te rindas ante mí. Y te rendirás, Chelsea. Por completo pretendo hacerte mía, hasta el punto de que desees aceptar los términos que yo quiera ofrecerte.

La confusión nubló los ojos de Chelsea. Era difícil concentrarse con el cerebro tan embotado.

—¿Es eso una proposición o una amenaza? —preguntó despacio.

Por primera vez desde que se despertó, deseó estar plena de facultades, aguda y despierta.

—Desde luego no es una proposición, querida. Nunca volveré a hacerte una proposición del tipo que sea. Quizá sea una amenaza —continuó, como si saboreara las palabras con placer.

Las piezas se colocaron en su sitio con sorprendente perfección. Cole pensó que era como si lo hubiera planeado con todo cuidado. Quizá inconscientemente lo hizo. Fuera como fuese, Chelsea Kincaid

estaba a punto de aprender cómo era querer pertenecer a alguien y ser rechazado. Pedir compartir la cama de esa persona, su vida y su casa, y ser despreciado.

—Cuando me niegues que te deje vivir conmigo, sabiendo que el matrimonio está fuera de tu alcance, será un placer para mí recordarte que desaprovechaste la oportunidad de casarte conmigo hace cuatro años. Que tuviste tu oportunidad y la despreciaste.

Cole parecía feliz ante la perspectiva.

Chelsea frunció el ceño. Algo andaba muy mal allí. Si pudiera reunir la energía suficiente para enfadarse, porque lo que pudo deducir en su confusa mente, parecía indignante en extremo. Por desgracia, el sopor le impedía enfadarse. Sin embargo, su orgullo femenino, aunque anestesiado, la empujó a responder.

—¿Quién dice que voy a rogarte que me dejes vivir contigo?

Su tono fue somnoliento, carente del brío y el poder que exigía la pregunta.

—Lo harás —le aseguró Cole.

—No —repuso ella.

Cole permaneció de pie junto a la cama, y Chelsea podía sentir su tensión. Quería pelea y ella no demostraba ser un contrincante digno.

Chelsea reunió toda su fuerza de voluntad para intentarlo de nuevo.

—¿Y Carling? ¿Qué pensará de todo esto?

—Digamos que Carling y yo hemos llegado a un acuerdo —replicó Cole con suficiencia.

—¿A un acuerdo sobre qué? ¿Castigar a tu ex novia? ¿Qué mujer en su sano juicio toleraría eso?

Aquello era demasiado estrafalario y agotador para comprender. Y Chelsea cerró los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos un momento más.

Cuando Cole se sentó en la cama para quitarle los zapatos, Chelsea se movió ligeramente. Después suspiró y se volvió boca abajo, enterrando el rostro en la almohada. En seguida volvió a quedarse dormida.

—Chelsea.

Cole la llamó pero ella no se movió. Su respiración era profunda y regular.

Una sensación de frustración se apoderó de él. Por fin la tenía toda para sí, en un dormitorio, pero completamente inaccesible. Irritado, tuvo que reconocer que Chelsea había ganado esa batalla. Y la ganó con facilidad. AI enterarse de la venganza que tenía preparada para ella, ¡se dio la vuelta con calma y se puso a dormir!

Cuando Chelsea se despertó, estaba oscuro, y durante unos momentos permaneció sin moverse observando las suaves cortinas de encaje ondular en la fría brisa nocturna que entraba por la ventana abierta. La luna llena iluminaba la habitación como una farola, proyectando sombras sobre el papel floreado de la pared.

Su estómago protestó con fuerza. Chelsea se volvió a mirar el reloj electrónico sobre la mesilla de noche. Eran las diez, y eso le recordó que no había comido nada desde la noche anterior, hacía más de veinticuatro horas.

Las brumas del sueño se levantaron. Aquella momentánea paz se disipó cuando la realidad descendió sobre ella con la fuerza de un martillo. Estaba huyendo de los Strickland, de sus matones a sueldo, del Globe Star Probe y de toda la prensa mundial.

Pero eso no era la peor. Chelsea se cubrió la cara con las manos y contuvo un gemido. Había acudido a Cole Tremaine en busca de ayuda, ¡y qué error cometió!

Ahora estaba atrapada en alguna montaña dejada de la mano de Dios; no tenía ni idea de dónde se encontraba, porque había dormido durante todo el viaje. Voluntariamente dejó que Cole la hiciera desaparecer. Al recordar sus ilusiones de reavivar el romance entre ellos, creyó morir de vergüenza; el único propósito de Cole al llevarla allí era para castigarla, humillarla en venganza por la ruptura de su compromiso.

«Pretendo hacer que te rindas ante mí hasta el punto de que desees aceptar los términos que yo quiera ofrecerte. Nunca volveré a hacerte una proposición. Tuviste tu oportunidad conmigo y la desaprovechaste». Sus palabras resonaron en los oídos de Chelsea. Estaba drogada cuando Cole las pronunció, pero de todas maneras causaron una impresión indeleble en su mente.

Chelsea se sentó de golpe, y la ira que horas antes no fue capaz de sentir, emergió con violencia vertiginosa. Tuvo que colocar la cabeza entre las rodillas y cerrar los ojos para combatir el vértigo que de repente se apoderó de ella.

Minutos más tarde Cole la encontró sentada en la cama en esa postura.

—¿Estás bien, Chelsea?

Cole tenía la desfachatez de aparentar preocupación.

—¿Tengo aspecto de estar bien? Y de todas formas, ¿a ti qué te importa? Después de todo, ¿tú eres el desgraciado que ha estado planeando y saboreando mi humillación?

Chelsea levantó la cabeza para mirarlo.

Había cambiado su traje de ejecutivo por un par de vaqueros desteñidos por el uso y llevaba las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos. Chelsea no pudo dejar de advertir sus anchos hombros, su delgada cintura y su vientre plano. En un gesto involuntario, su mirada recayó sobre sus fuertes muslos y su pelvis.

Chelsea se quedó sin aliento y apartó la mirada de prisa.

—¡Sal de mi habitación, Cole Garrett Tremaine!

Cole se rió.

—Bueno, aunque sigues pálida como la cera, vuelves a la normalidad. Me refiero a los malos modos, la rebeldía y todo eso.

—Y no me arrepiento en absoluto. ¡Es una necesidad cuando hay que tratar con tipos como tú!

—No, Chelsea —repuso él, suave como la seda—. Prefiero que mis mujeres sean dóciles, sumisas y complacientes. Y tú serás todas esas cosas después de nuestra breve estancia en las montañas.

—Nunca, ni aunque me internaras en uno de esos campos de concentración especializados en lavados de cerebro. Así que si estás esperando un… un idilio apasionado con una esclava del amor que te adore, me temo que tendrás que buscar en otra parte. Si insistes en retenerme contra mi voluntad, te encontrarás empantanado con una bruja de mal humor y peor lengua.

Chelsea creyó morir al recordar cuánto había deseado pasar una temporada en su compañía, cuando lo único que Cole pretendía era vengarse de ella.

«¿Vas a compartir el dormitorio principal conmigo, Cole?». Las palabras resonaron en su cabeza. ¡Fue capaz de decirle eso! Chelsea reprimió la urgencia de gritar. Perder los nervios sólo podría beneficiar a Cole.

—Tengo curiosidad sobre una cosa, Cole —dijo Chelsea con un tono frío que jamás alguien sabría cuánto esfuerzo le costó—. ¿Por

qué me has dicho la verdad sobre la razón por la que me trajiste aquí? ¿No habría sido más fácil, y más efectivo, fingir que deseabas que volviese a ti? ¿Engañarme y hacer que volviera a enamorarme de ti… y luego reírte en mi cara y recordarme que perdí mi oportunidad de casarme contigo y nunca tendría otra?

Sí, ¿por qué no hizo eso?, se preguntó Cole. Ése era su plan inicial, pero en su lugar le avisó honestamente sobre sus intenciones. El honor del caballero otra vez. Pero, por supuesto, no iba a decirle eso a Chelsea.

—Engañarte habría sido demasiado fácil —dijo con una arrogancia que colocó a Chelsea en el disparadero—. Ahora que te he avisado de mis propósitos, tu rendición incondicional será mucho más gratificante.

—Y mucho más humillante para mí.

Chelsea se estremeció. Ya conocía los riesgos de enamorarse de un hombre tan autoritario y posesivo como Cole Tremaine. Pero dejar que ocurriera, sabiendo de antemano que su propósito era castigarla, sería devastador.

Pero la ira acudió en su ayuda y la sacó del negro pozo de desesperación donde había caído. Tenía muchos defectos, demasiados, pero la estupidez no era uno de ellos.

—Ya sabes que al prevenirme, me has dado la posibilidad de defenderme —le indicó—. Ahora que sé lo que pretendes, jamás me rendiré ante ti.

—Lo harás —le aseguró Cole—. Y cuando lo hagas, te recordaré tus palabras.

Chelsea hirvió de ira.

—Me niego a continuar esta estúpida conversación.

Se levantó de golpe, y se tambaleó cuando la habitación comenzó a girar a su alrededor. De inmediato volvió a sentarse en el borde de la cama.

—Chelsea… —empezó Cole, pero ella le cortó.

—Estoy bien, sólo un poco mareada. Así que por favor ahórrame la demostración de falsa preocupación. Lo que necesito es comer algo. No he probado bocado desde la cena de ayer.

—Y después de todas esas píldoras… —Cole frunció el ceño—. ¿Puedes caminar hasta la cocina, o quieres que te traiga una bandeja a tu habitación?

Chelsea lo miró. Cole estaba serio. ¿Era el mismo hombre que acababa de revelarle sus planes de aniquilarla, quien ahora le ofrecía sus servicios?

—Iré a la cocina.

Chelsea se levantó despacio y camino insegura hasta la puerta.

—Todavía no estás recuperada. Yo te llevaré —dijo Cole.

—No, gracias. Preferiría ir a cuatro patas que aceptar tu ayuda —replicó Chelsea.

—¿A cuatro patas? —repitió Cole riendo—. Me gusta esa imagen. Quizá podríamos…

—¡Quizá podrías callarte! —Soltó Chelsea—. No me gusta tu humor adolescente y lascivo. ¡Oh!

No pudo hacer nada más que soltar esa exclamación cuando Cole la tomó en brazos.

—¡Bájame! —exigió furiosa—. He dicho que no quiero…

—No me importa lo que tú quieras o dejes de querer. Yo soy quien manda aquí.

Chelsea no se sentía lo bastante bien como para poner resistencia. Cole andaba de prisa y la sensación de velocidad y altura no le gustaba. En un gesto puramente reflejo, Chelsea le echó los brazos al cuello y se apretó contra él.

Cole la llevó a la cocina y la dejó sobre uno de los bancos que rodeaban la gran mesa tallada.

Chelsea miró a su alrededor. La cocina era grande y espaciosa, decorada en tonos crema y caramelo, y contenía todos los aparatos que podían ser imaginados.

—Al menos no es rosa —murmuró.

Sus ojos encontraron los de Cole. Estuvieron a punto de sonreírse. Casi lo hicieron. Pero ambos se dominaron y volvieron a fruncir el ceño.

—Tenemos nuestro propio generador, que suministra la energía que necesitamos ya que no hay líneas eléctricas aquí arriba —dije Cole.

La perspectiva de un largo silencio no lo atraía en absoluto. Había estado solo durante horas. Ahora que Chelsea estaba despierta y despejada, quería disfrutar de su compañía.

«Disfrutar de su compañía», ése era un buen eufemismo para lo que pretendía hacer.

—¿Tienen una antena parabólica de esas que mencionaste antes? —Replicó Chelsea cortés, decidida a mantener una conversación neutral; los silencios hostiles tampoco eran su fuerte —. ¿De las que captan señales de todo el mundo?

—Hace años que la tenemos. Tendrás el placer de ver al famoso novio plantado en emisoras desde Nueva Zelanda hasta Terranova.

Chelsea hizo una mueca.

—Eso no me dará placer, Cole. Eres tú el que disfruta de la humillación premeditada, no yo.

Cole sintió que se ruborizaba. No, se juró en silencio, no dejaría que ella lo hiciera sentirse culpable.

—¿Qué te gustaría comer? —preguntó brusco—. El congelador está siempre lleno; tenemos cualquier cosa que te apetezca.

—Bien. Tomaré anguilas cocidas a fuego lento, faisán al horno y tarta de frambuesa con nata.

—Mmm. Creo que tenemos de todo menos de eso. —Cole sabía que no debía reír, pero no pudo evitarlo. Chelsea podía ser muy rápida de reflejos. Y aunque su franqueza y descaro a veces lo enfurecían, también a menudo lo divertían—. Esta noche se nos ha acabado. ¿Qué te parecen filete y huevos, o jamón y huevos, o tocino y huevos?

—Si me atreviera suponer que están sobrados de huevos, ¿andaría muy lejos de la verdad? —preguntó Chelsea.

—Hay cuatro docenas en el congelador —confesó Cole—. Joe Mason, el hombre que vive en Babcock y sube todas las semanas a echar un vistazo a casa y reponer las provisiones, siempre trata de ahorrarnos dinero y cuando encuentra alguna oferta compra al por mayor. Esta semana ha debido haber una de huevos.

—Qué pena que la Pascua aún esté lejos. Podríamos pintarlos.

—Pero tenemos que comerlos, al menos algunos. Joe se lleva a su casa lo que no utilizamos. Tiene siete u ocho niños, así que nada se pierde. Joe es un tipo muy trabajador. Cuidar esta casa para nosotros, es sólo uno de sus muchos trabajos.

—Con una familia tan grande, no es extraño —comentó Chelsea —. ¿En dónde está Babcock?

—Es la ciudad más próxima, en el valle, a unos veinte kilómetros de aquí.

Chelsea abrió mucho los ojos.

—¿La ciudad más próxima está a veinte kilómetros? ¿Debo suponer que no hay ningún transporte desde aquí a la ciudad?

—En efecto, querida. No hay nada. Estarás aquí hasta que yo quiera, Chelsea.

Ella suspiró.

—¿Podemos dejar las amenazas por un rato? Me muero de hambre. Estoy tan débil, que apenas puedo pensar. Tomaré un filete y dos huevos. Y dos tostadas con mantequilla, mermelada, y té con leche y azúcar. Oh, si tienes melocotones frescos, también tomaré un par de ellos.

Cole la miró con detenimiento.

—¿Algo más? —preguntó impasible.

Una sonrisa jugó en los ojos y en la boca de Chelsea.

—Eso es todo, gracias. Siento no poder ayudarte a preparar nada. Me mearé si me quedo de pie. Después de todo, apenas podía andar, ¿recuerdas? Tuviste que traerme en brazos.

Cole abrió el frigorífico y varios armarios y empezó a colocar las cosas sobre el largo mostrador.

—Tienes suerte de que sepa cocinar. Si no, habría cereales fríos para la pequeña Chelsea.

—Eres un buen cocinero. Siempre he admirado la educación que les dio tu padre. Tú, Tyler, y Nathaniel saben hacer cualquier cosa, desde coser un botón hasta arreglar un motor.

—Los Tremaine somos autosuficientes. Ése es uno de los dichos favoritos de mi padre. No quería que fuésemos un trío de niños ricos mimados y consentidos.

—Desde luego que no lo son —dijo Chelsea apoyando un codo sobre la mesa y la barbilla sobre su palma; luego miró a Cole pensativa—. Tu padre es un hombre muy sensato. Por desgracia, sin la presencia de tu madre para moderar, ha llevado sus teorías sobre la educación infantil a los extremos. Tú y tus hermanos han salido demasiado autosuficientes.

—No existe ese concepto de «demasiado autosuficiente» —replicó Cole metiendo el pan en el tostador.

—Bueno, quizá la palabra que estoy buscando no es autosuficiente. Creo que puede ser «rígido». Sí, eso es —continuó Chelsea. —Tú y tus hermanos tienen establecidas sus formas de pensar, actuar, y de ver las cosas, y no pueden aceptar cualquier

punto de vista discrepante. Lo que es extraño es que sólo les ocurre en sus vidas privadas. En el mundo de los negocios son increíblemente flexibles y pragmáticos.

—Agradezco tu cumplido sobre nuestro estilo en los negocios —dijo Cole, seco, cascando los huevos en el borde de la sartén con violencia reprimida—. Pero el resto del análisis es absurdo. Es obvio que no sabes de qué estás hablando.

Chelsea sonrió.

—¿Ves lo que quiero decir?

Cole echó el filete a la sartén.

—No, no lo veo. Toma —dijo colocando un vaso de zumo de naranja y un plato de tostadas delante de Chelsea—. Tú misma dijiste que estabas tan débil, que apenas podías pensar y estoy de acuerdo. Estás hablando y hablando sin sentido. Cuanto antes comas algo más pronto serás capaz de pensar con claridad.

—Y pensar con claridad, por supuesto, significa estar de acuerdo contigo en todo.

—Cierto —respondió Cole batiendo los huevos.

Chelsea rió.

—Había olvidado lo divertido que es provocarte. Eres tan exageradamente dogmático.

—El abuso de los adverbios acabados en «mente» es poco elegante —dijo Cole con sequedad—. ¿Acaso los escritores no deben evitar ese error?

—Ah, aquí viene. El ataque a mi carrera —dijo Chelsea con un suspiro resignado—. Te ahorraré el esfuerzo y lo haré yo misma. Es fácil. No sólo soy una empleada mal pagada en una revista de poca monta, sino que también escribo mal. Pero no nos detengamos en mi carrera. Sé que debes tener otra teoría sobre lo que anda mal en mi vida.

Cole colocó sobre la mesa el plato con el filete y los huevos.

—Supongo que podría mencionar que tu miserable salario te obliga a vivir en un piso de dos habitaciones en un triste complejo de apartamentos. Y debido al exceso de mujeres solteras y al déficit de hombres elegibles que caracteriza a Washington, tus citas eran escasas hasta que conseguiste la impresionante hazaña de comprometerte con Seth Strickland.

—Mientras que si me hubiera casado contigo cuando me lo

ordenaste —repuso Chelsea—, ahora estaríamos divorciados y yo sería una mujer sin experiencia con un trabajo todavía peor pagado, un trabajo que tendría que hacer a pesar de su falta de interés porque lo necesitaría con desesperación.

Hizo una pausa para comer algo.

—Esto está delicioso —comentó antes de continuar con calma—. Estaría viviendo en un complejo de apartamentos todavía peor, donde pagaría relativamente poco a cambio de sufrir el alto índice de inseguridad y de enormes cucarachas, luchando por mantenerme a mí y a nuestros niños traumatizados que se pasarían los días de mano en mano, y cuando se hicieran mayores, solos porque yo estaba trabajando. Naturalmente, no podría quedarme en casa con ellos cuando estuvieran enfermos, porque no podría permitirme perder la paga de un día.

—Sorprendido, Cole levantó la vista de los melocotones que estaba troceando.

—Yo nunca dejaría que mis hijos vivieran en una ratonera, ni que pasaran de mano en mano, y mucho menos que se quedaran solos.

—Entonces no sólo tendría un salario de miseria, una casa inferior al nivel medio y unos hijos desgraciados; también tendría que luchar por su custodia —dijo Chelsea estremeciéndose—. Ésa fue la vida de mi madre y la que yo viví de niña. Desde que hube edad suficiente para pensar, me prometí a mí misma que no se repetiría la experiencia.

Cole colocó una tetera, el azúcar y una jarrita de leche sobre la mesa, con dos tazas. Se sentó en el banco opuesto al que ocupaba Chelsea mientras ella servía el té.

—Cuando te conocí, vivías con tu madre, tu padrastro, Stefanie y tus dos hermanastros. Tu casa tenía un tamaño decente y estaba en una vecindad agradable —dijo él.

—Oh, nuestras condiciones de vida mejoraron mucho cuando yo tenía dieciséis años y mi madre se casó con Jack Emerson.

Chelsea se sirvió azúcar con generosidad y luego echó un poco de leche en su té.

—Pero después del divorcio de mis padres, cuando yo tenía cinco años y Stefanie dos, mi madre, Stefanie y yo terminamos en la clase de pocilgas que acabo de describirte. Mi madre me había

tenido a mí a los diecinueve años y fue ama de casa hasta el divorcio. No sabía hacer nada, ni siquiera escribir a máquina, así que se alegró de poder encontrar un trabajo en la cocina de un hospital. Por desgracia, le pagaban muy poco. Siempre estábamos sin dinero. Stefanie y yo solíamos temer los finales de mes, cuando empezaban a llegar las facturas.

—¿Y tu padre? —preguntó Cole—. Es ingeniero químico, y gana un buen sueldo. ¿Por qué no les pasaba una ayuda?

—Oh, pagaba la cantidad que fijaron los tribunales, lo cual no era demasiado. Desde luego no era bastante para mantenernos a todos. Su estilo de vida era muy diferente. Se compró una casa y siempre tenía coche nuevo y dinero en el bolsillo. Para Stefanie y para mí visitarlo era entrar en otro mundo. El nos compraba vestidos caros y juguetes pero insistía en que no los sacásemos de su casa. No nos dejaba llevarnos nada a la nuestra. Y siempre nos estaba recordando que podíamos dejar ese agujero e ir a vivir con él.

—¡Eso no es justo! —protestó Cole indignado—. ¡Tratar de sobornar a los niños es inmoral!

—Yo siempre lo creí así —convino Chelsea—. Y Stefanie y yo no nos dejamos comprar. Pero mi padre tampoco es el malo de la película. Mi madre era demasiado rencorosa y vengativa. Mostraba mucha inteligencia para sabotear las visitas de mi padre y para culparlo de todos nuestros problemas. Los dos eran capaces de llegar a cualquier extremo para vengarse del otro, así que tuvimos que pasar por luchas en los tribunales, secuestros… —Chelsea se encogió de hombros—. Para mí era fundamental tener una educación y ser capaz de mantenerme a mí misma y a los hijos que pudieran venir, sin tener que depender de algún hombre que pudiera usar su dinero como arma contra nosotros.

—Algún hombre.

Cole tomó un sorbo de su té solo.

—Pero en un momento dado ese fui yo, ¿no? Y tú me ves con todo el dinero y el poder y tú sin nada.

—Supongo que fue algo así. En aquel entonces no tenía mucha confianza en mí misma. Necesitaba esos títulos como si fueran un talismán mágico. Tenía que saber que podía conseguir un trabajo decente.

Chelsea levantó la cabeza y una orgullosa sonrisa cruzó fugaz su rostro.

—Sé que no tienes una gran opinión de la revista y de mi puesto en ella, pero estando allí he hecho algunos contactos valiosos. Si por alguna razón necesitara más dinero, podría encontrar otro trabajo donde me pagarían más sin problemas. Pero por ahora, estoy satisfecha donde estoy.

Durante los minutos siguientes permanecieron sentados en silencio, Chelsea comiendo con verdaderas ganas y Cole observándola con los ojos entornados.

—No eres una mala escritora —dijo por fin, tan bajo que ella casi no lo oyó.

Capítulo 6

Chelsea dejó el tenedor sobre el plato y miró a Cole, preparándose para el sarcasmo que estaba segura vendría después. Pero Cole se limitaba a mirar serio su taza de té.

—Y la revista tampoco es tan mala —dijo por fin—. La tirada podría aumentar si mejora la distribución.

El asombro de Chelsea creció.

—Eso es cierto. Pero la cadena de Farmacias Tremaine, la más fuerte del estado, no vende la revista Capítol Scene, y tampoco las librerías Tremaine —le recordó.

—Eso fue decisión mía —dijo Cole, sosteniendo su mirada—. El día que me enteré de que firmaste con Capítol Scene di la orden de que se dejara de distribuir la revista en mis tiendas.

Cole esperó a que Chelsea explotara. Cierto que había terminado la comida, pero podía tirarle los platos de porcelana o escaldarlo con el té que todavía quedaba en la tetera. Una parte de él admitía que se lo merecía. Acababa de confesar que vetó la revista en la que ella trabajaba en sus tiendas como venganza personal. Chelsea tenía derecho a enfurecerse y responder.

Naturalmente, él se defendería atacando.

Chelsea no se movió, clavando la mirada en el plato. Cuando levantó la cabeza, Cole se sorprendió al ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Debes odiarme mucho —dijo ella con suavidad—. Pero no te culpo —añadió tragando saliva—. Después de lo que te hice hace cuatro años y a Seth hoy…

Su voz se quebró, pero Chelsea continuó.

—Te aseguro que no quiero herir ni humillar a los demás, pero a pesar de todo lo hago. ¿En qué clase de persona me convierte eso? En una mujer falsa, cruel e indigna de confianza, que utiliza a los demás, una odiosa.

Chelsea se levantó y se pasó la mano nerviosa por su espesa melena cobriza. Las manos le temblaban.

—Si… si me excusas. Creo… creo que volveré a mi habitación.

Cole también se levantó.

—No te excuso.

—¡Necesito estar sola!

Chelsea se dio la vuelta y salió de la cocina.

Cole la alcanzó fácilmente.

—¿Qué demonios te pasa? —Exclamó sujetándola por los antebrazos—. ¡Pensé que te enfurecerías y en vez de eso te pones a llorar!

—Cole, por favor, déjame —suplicó Chelsea, con voz débil.

Los labios le temblaban. Luchaba para no llorar, pero perdía la batalla.

—Y no estás enfadada porque en mis tiendas no se venda tu revista. Eso merecería unas pocas lágrimas, ya que significa una diferencia apreciable en el número de ventas —dijo Cole fuera de sí. —En vez de eso, estás llorando porque crees que todo es culpa tuya. ¡Estás llorando porque te desprecias a ti misma!

—¡No lo entiendes! —exclamó Chelsea tratando de soltarse.

—No, eres tú la que no entiende. Necesitaste coraje para no dejarte empujar a esa boda hoy, pequeña tonta —dijo Cole sacudiéndola—. Habría sido cruel y falso haber seguido adelante sabiendo el error que cometían ambos. Lo mismo vale para nuestro compromiso. Yo no soy un hombre al que se le dice «no» con facilidad, Chelsea, pero tú lo hiciste porque creías que era lo correcto. Eso no te convierte en alguien odioso que utiliza a los demás.

Chelsea abrió la boca. Las lágrimas se secaron de repente; estaba demasiado desconcertada para llorar o decir una sola palabra.

Cole la soltó y dio un paso atrás, frotándose la nuca en un gesto de frustración y cansancio.

—Hiciste lo único que podías hacer. Y tenías razón al pensar que

soy de los que lucharían hasta el fin por la custodia de mis hijos en un divorcio sin acuerdo.

Cole profirió una exclamación de disgusto antes de continuar.

—Sí, puedo verme pasando por toda la gama: sobornos, negación de la pensión, secuestro, luchas en los tribunales. Supongo que debo darte las gracias por haber evitado todo eso a mis hijos.

Chelsea lo miró atónita. Desorientación era una palabra demasiado suave para describir el estado de su mente en ese momento. Se sentía obligada a decir algo, pero ¿qué?

—Ésta es la conversación más extravagante que hemos tenido nunca —dijo por fin—. Me estás defendiendo… de mí misma. ¿Por qué?

—Porque sí, ¿vale? —replicó Cole testarudo—. Y no te atrevas a lloriquear diciendo que soy demasiado bueno y que no te lo mereces. Aunque sea cierto.

—No lo haré.

Chelsea hizo una mueca. A lo mejor estaba soñando toda esa escena surrealista.

Cole estaba tan confuso como ella.

—No se necesita una explicación larga y complicada —añadió él —, porque no la hay. Cuando te dije por qué no se vende tu revista en las tiendas Tremaine, estaba preparado para capear un verdadero temporal. Estaba listo para atrapar todos los platos que me lanzaras, pero tú…

—No te di la pelea que esperabas —concluyó Chelsea empezando a comprender—. ¿O era la pelea que querías? ¡Mi espíritu de lucha desaparece y tú no puedes soportarlo! —exclamó con los ojos brillantes—. Así que me consuelo. Odias verme llena de dudas y remordimientos. Quieres que sea fuerte y te haga frente, en especial cuando sabes que estás transgrediendo las reglas de una manera escandalosa.

Aquello fue una inspiración, pero Chelsea sabía que estaba en lo cierto.

—No trates de engañarte pintándome como un héroe sensiblero y caritativo, Chelsea —dijo Cole con frialdad—. ¿Recuerdas por qué te traje aquí? Bueno, todo sigue en pie. No lograrás engatusarme y hacerme cambiar de planes.

—¿No? —Repuso Chelsea arqueando las cejas—. No estoy tan

segura.

Chelsea dio un paso hacia él, hasta que estuvo muy cerca. Colocó las manos sobre su pecho y levantó la cabeza para mirarlo. Sin pararse a pensar, le echó los brazos al cuello.

La acción los acercó un poco más, de manera que sus senos entraron en contacto con el pecho de Cole. Chelsea sintió su excitación contra su cuerpo. La cabeza empezó a darle vueltas y esta vez no era por ninguna pastilla.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo, pequeña? —preguntó Cole—. Porque si no estás preparada para terminar lo que estás empezando, será mejor que lo dejes en este instante.

—¿Qué crees que estoy empezando? —preguntó Chelsea.

—Esto.

Cole la besó en la boca con apasionamiento.

—Tú me deseas —dijo contra sus labios—. Mucho.

—Sí —admitió ella sintiendo un escalofrío recorrer su espina dorsal—. Y tú a mí también —añadió sin que sus bocas dejaran de estar en contacto.

Sintió las manos de Cole alrededor de sus glúteos y se apretó contra él. La sensación de su masculinidad y la urgencia de su excitación hicieron que Chelsea se sintiera vacía, inquieta y deseosa de ser calmada. Había pasado tanto tiempo… demasiado tiempo.

—Voy a tomarte —dijo Cole triunfante.

Era el hombre victorioso, disfrutando de su victoria.

Y si había una victoria, lógicamente tenía que haber una derrota seguida de una rendición. Chelsea no podía olvidar la venganza de Cole.

—No lo harás si todavía estás jugando a tus estúpidos juegos —murmuró Chelsea sin aliento.

«Renuncia a ello», rogó en silencio. «Dime que lo pasado, pasó y que esta noche empezaremos de nuevo. Como amantes, amigos y compañeros igualmente maduros».

—Nunca he ido de cama en cama, y no voy a meterme en la tuya por razones equivocadas.

Chelsea notó que Cole sonreía contra sus labios.

—Ésa es mi Chelsea. Directa al grano.

Chelsea le acarició la nuca.

—Te gusto así. Te alarmarías si de repente me volviera dócil y

sumisa.

—Estás tan equivocado, me encantaría —insistió él—. Y ocurrirá cariño.

Chelsea necesitó toda su fuerza de voluntad para liberarse de sus brazos, pero lo hizo.

—No —dijo quedo mientras en sus ojos oscuros se reflejaba el dolor—. Y si piensas que todo esto va por allí, entonces será mejor que lo dejemos ahora mismo.

La frustración se apoderó de Cole. No podía dejarla ahora. Estaban tan cerca, él la deseaba, la necesitaba, con tal desesperación como para llegar a un compromiso.

—Esta noche pactaremos una tregua —dijo ronco—. Sin juegos, sin «venganza, sin castigos». Esta noche sólo tú y yo, deseándonos mutuamente. Haciendo el amor sólo por placer, sin otro motivo excepto saciar nuestro deseo.

—Sin juegos, sin venganza, sin castigos ni rendición —repitió ella despacio. «Sin amor también», añadió en silencio. —Estás proponiendo que nos utilicemos el uno al otro para tener sexo.

Chelsea estaba desconcertada. Sonaba tan frío y brutal. Las emociones más elevadas y más humanas como el amor y el respeto no tenían cabida en ese trato.

—Eso es, querida —dijo Cole abrazándola de nuevo—. Esta noche, será sexo entre dos adultos de mutuo acuerdo que han compartido un pasado y quieren pasársela bien ahora, en el presente.

Su tono era suave como la seda.

Pero su efecto sobre Chelsea fue el equivalente a echar gasolina al fuego, y la pasión se transformó en ira.

—¿Así es como lo haces ahora que te has convertido en un elegante y hábil conquistador? —Chelsea cerró los dedos alrededor de sus muñecas y lo apartó brusca—. Bien, aquí va un consejo amistoso de alguien con quien has compartido un pasado pero a quien no le apetece pasarla bien contigo en el presente. A menos que tu amiga esté cerebralmente muerta, no le digas que la estás utilizando solo para tener una relación sexual temporal y sin trascendencia. No hay mejor ni más rápida manera de terminar una relación.

Cole vio cómo Chelsea se alejaba, incapaz de pronunciar

palabra. Todo sucedió tan aprisa. Hacía un instante iban a hacer el amor, y ahora…

Cuando se recuperó, Chelsea estaba casi en el dormitorio rosa.

—¡Chelsea! —gritó echando a andar hacia ella.

Chelsea empezó a correr. Se metió en la habitación, cerró la puerta y echó el pestillo.

—¡Chelsea, abre la puerta! —rugió Cole golpeándola—. No toleraré que me impidas el paso a una habitación en mi propia casa. ¡Déjame entrar!

—Tu pose de lobo feroz está un poco trasnochada, Cole —dijo Chelsea—. Ya que soy tu invitada aquí, ésta es mi habitación y tú no tienes derechos especiales sobre ella. Ahora vete y déjame sola. Me daré una ducha y me iré a dormir. Te sugiero que hagas lo mismo.

Cole esperó en silencio y la oyó abrir y cerrar con llave la puerta del baño. El «click» reverberó en su cráneo. El ruido del agua cayendo lo inflamó aún más.

Jamás nadie fue capaz de enfurecerlo como Chelsea Kincaid. Nadie lo hizo tan feliz y lo fascinó y obsesionó tanto como ella. El innegable poder que Chelsea tenía sobre sus emociones era irracional e injusto. Pensó con rabia que ella sabía lo mucho que la deseaba. Y si era consciente del poder que aún seguía teniendo sobre él, debía estar disfrutando la situación.

La idea era intolerable. Fuera de sí, Cole se dirigió a la sala. Fue directo hacia el aparador de caoba y buscó la botella de *whisky*. Se sirvió un poco en un vaso y se lo bebió de un sorbo. El oscuro líquido le abrasó la garganta dejando un rastro de fuego hasta su estómago.

El *whisky* consiguió calmarlo, permitiéndole ver el problema desde la perspectiva maquiavélica que le proporcionó tantos éxitos en el mundo de los negocios.

Cuatro años atrás, no consiguió hacer que Chelsea accediera a sus demandas sobre la boda. Pero esa noche no iba a perder. En el pasado cometió un error táctico que no pensaba repetir. Esa noche, le iba a decir justo lo que ella quería oír. Después de todo, según el texto clásico de Maquiavelo, el fin justifica los medios. Y los medios para conseguir su fin eran utilizar palabras de amor.

«Nunca he ido de cama en cama, y no voy a meterme en la tuya

por razones equivocadas». Las palabras de Chelsea resonaron en su cabeza. Él lo sabía desde el principio; su gran error consistió en ser honesto respecto a sus intenciones. Pero desde ahora jugaría a ganar. En ese caso el fin, desde luego, justificaba los medios.

Con una sonrisa en sus labios y un peligroso brillo en sus ojos azules, Cole fue a buscar un martillo y un destornillador. Eran las, herramientas ideales para sacar una puerta de su bisagras.

El dormitorio estaba a oscuras cuando Chelsea salió del cuarto de baño. Se estremeció al sentir el frío aire nocturno sobre su piel, sonrosada por la ducha caliente. Se recordó que debía cerrar la ventana antes de meterse en la cama y se ajustó la toalla rosa alrededor del cuerpo para protegerse del frío.

Cole había colocado su maleta sobre una silla junto a la pared. Chelsea la abrió y buscó su camisón.

La luz de la luna que se filtraba a través de los visillos de encaje rosa era suficiente para ver, así que no se molestó en cruzar la habitación y encender la lamparilla de noche. Sacó su camisón azul y dejó caer la toalla antes de pasárselo por encima de la cabeza. La fría seda era una caricia delicada contra su piel.

Chelsea cerró la ventana y se dirigió hacia la cama exhalando un suspiro resignado. No estaba cansada; estaba inquieta, llena de energía, y frustración. La ducha, en vez de relajarla, le dio fuerzas, y la larga siesta le había quitado el sueño… Chelsea volvió a suspirar. Iba a ser una noche muy larga.

La lamparilla de noche se iluminó de golpe. La bombilla rosa bañó la habitación con una luz ciertamente extraña.

Chelsea reprimió un grito. Cole estaba sobre la cama, encima de la colcha, observándola con unos brillantes ojos azules.

—¡Cole!

—Claro que soy yo —repuso él sonriendo perezoso—. ¿Esperabas a Seth Strickland? ¿O al equipo del Globe Star Probe?

—¡No esperaba a nadie! ¿Cómo has entrado aquí?

Un vistazo el hueco de la puerta le dio la respuesta. ¡La había quitado! Chelsea podía verla apoyada contra la pared del pasillo.

—Cole, tienes que marcharte.

Su voz sonó nerviosa e insegura. Cole se había desabrochado la camisa y cuando se sentó en la cama, los músculos de su pecho, sus brazos y hombros se tensaron y flexionaron. Era grande, fuerte y

poderoso. Chelsea tragó saliva. Sabía que si él no quería irse, ella no tendría forma de echarlo.

—Chelsea.

Cole alargó una mano y asiéndola de la muñeca la atrajo con autoridad.

—No me eches, querida.

La coloco sobre su regazo y sus brazos la rodearon como bandas de acero. Chelsea trató de levantarse y descubrió que no podía moverse.

—¡Cole, no! —exclamó con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Los labios de Cole rozaron su mejilla, su frente y su pelo.

—Sí, querida.

Colocó una mano posesiva sobre la suave curva de su vientre y el calor de su palma reavivó un fuego en su interior.

—No podía soportar estar lejos de ti más tiempo, Chelsea. Decidí dejar de luchar contra mí mismo y admitir que… —hizo una pausa y tomó aliento—. Admitir que nunca has dejado de importarme. Que no he dejado de desearte, y que permitir que te marcharas hace cuatro años fue el peor error de mi vida.

—¡Cole! —Gimió Chelsea con los ojos llenos de asombro y cierta esperanza—. Cole, ¿lo dices en serio? —se oyó preguntar con voz entrecortada.

—No podía seguir con la farsa por más tiempo —dijo Cole dejando un rastro de besos sobre la curva de la garganta de Chelsea —. Nunca podría haber sólo sexo entre nosotros, Chelsea.

Con suavidad, colocó las manos sobre sus senos moldeando las suaves curvas cubiertas de seda, Sus pezones estaban erectos y Cole capturó uno con la boca trazando pequeños círculos con la lengua. Luego repitió el mensaje con el otro.

Un fuego líquido corrió por las venas de Chelsea.

—Quiero hacerte el amor, Chelsea —murmuró Cole—. En todo el sentido de la palabra.

La besó apasionado introduciendo la lengua en su boca en una insoportable simulación del acto sexual. Ella respondió con toda la pasión, la ternura y el amor que había estado reservando para él, desde aquel triste día de su separación cuatro años atrás.

—Estoy tan contenta de que hayas vuelto, Cole —murmuró con

suavidad—. Antes estuviste tan frío e insensible. Por mucho que te deseara, no podía acostarme contigo, pensando que sólo estarías utilizándome.

—Lo sé, cariño —dijo Cole mordisqueando el lóbulo de su oreja —. Dije todas aquellas barbaridades por despecho. Ahora es distinto y después de todo dormiremos juntos esta noche.

Cole se levantó con ella en sus brazos y salió del pequeño dormitorio rosa. Su cuerpo vibraba con una necesidad que iba más allá del deseo. La quería con todas las fibras de su ser.

—¿Vamos al dormitorio principal? —preguntó Chelsea.

Lo miró a través de sus largas pestañas sintiendo una deliciosa languidez.

—Sí —dijo Cole sonriéndole—. Esa habitación infantil no es apropiada para el sexo, quiero decir, para el amor.

Cole se aclaró la garganta y tragó saliva, molesto por su lapsus. Si ella empezaba a desconfiar-Pero Chelsea no reparó en nada.

—Oh, no lo sé —dijo con los ojos brillantes—. Estabas maravilloso sobre la colcha rosa. Nunca te había visto con ese color y creo que te sienta muy bien. Puede que sea tu color. Los dos rieron.

Cole la llevó a un dormitorio de aire masculino, todo color beige y caoba oscura, y la dejó sobre la enorme cama doble. Chelsea le sonrió. —Te has pasado todo el día llevándome en brazos de un sitio para otro. Dentro y fuera del coche. A la casa, a la cocina, al dormitorio. Cole se deshizo de su camisa y empezó a desabrocharse los botones del pantalón, uno a uno. Mientras lo hacía, sus ojos no se apartaban de los de Chelsea.

—El sitio que más me gusta es éste. —A mí también, Cole— dijo ella muy quedo. Lo observó experimentando una sensación voluptuosa. —Cole, para mí esto es un sueño convertido en realidad. Estar aquí contigo, sabiendo que sientes lo mismo que yo.

Estaba tan enamorada de él; era difícil recordar un momento en que no lo hubiera amado y deseado. Durante cuatro largos y solitarios años, ningún otro hombre conquistó su corazón ni encendió su pasión. No se conformaría con nada distinto ni con otro. Sólo Cole. Primero cayeron al suelo los pantalones y luego el resto. Cuando se acercó a la cama, Chelsea lo recibió con los brazos abiertos. Desnudo y viril, se colocó sobre ella y Chelsea suspiró y se

acomodó bajo el peso de su cuerpo. No pudo reprimir las palabras por más tiempo.

—Te amo, Cole.

Sus bocas se unieron y se besaron profundo, con besos cada vez más largos y ardientes, más íntimos, más intensos. Cole deslizó sus manos posesivas sobre el cuerpo de Chelsea, recordando todas sus esbeltas curvas.

Cuando Cole la levantó un poco para facilitarle la tarea de quitarse el camisón, Chelsea cooperó con una ansiedad que lo hizo sonreír.

—Recuerdo la primera vez que te desnudé —murmuró Cole—. Estábamos en la sala de mi apartamento…

—En aquel enorme sofá de cuero negro —lo interrumpió Chelsea con el rostro radiante.

—Estabas tan nerviosa —recordó Cole deslizando sus manos hasta su cintura—. Me dijiste que era la primera vez que alguien te veía desnuda desde que eras niña. Eras tan tímida y recatada. Y tan sensual y dulce a la vez.

—Tú me dijiste que era bonita —murmuró Chelsea recordando —. Y tu forma de mirarme, tu forma de tocarme me hizo sentir bonita.

Chelsea deslizó las manos sobe sus sólidos hombros, gozando de su fuerza.

—Fuiste tan considerado y paciente. Yo nunca sentí vergüenza, dolor o remordimiento, Cole. Fuiste muy especial conmigo. Siempre, todas la veces.

Chelsea lo besó con ternura, dejándose arrastrar por los recuerdos de la pasión que habían compartido.

Una mezcla de anticipación y desesperación inundó a Cole. Admitió que con Chelsea todo era distinto. Experimentó placer en brazos de otras mujeres, pero sólo con Chelsea sentía una sensación de que todo estaba en su lugar.

Cole levantó la cabeza y la miró.

—Te deseo demasiado —dijo ronco—. Es demasiado intenso, demasiado…

Cole tomó aliento, tratando de recuperar el control de sus sentimientos desbocados. Eso no era lo que él había planeado. No quería que su lujuria tuviera ninguna implicación emocional, pero

allí estaba, prácticamente ahogado por el sentimiento.

—Lo sé, lo sé —dijo Chelsea apaciguadora—. Yo también estoy un poco asustada, Cole. Es como si nuestro pasado se hubiera mezclado con el presente. Es abrumador.

—Sí. Todos estos sentimientos desordenándolo todo.

Cole parecía tan indignado y molesto que Chelsea se echó a reír.

—Oh, Cole, te amo —dijo abrazándolo con fuerza sin dejar de reír—. Siempre puedo contar con tu sinceridad. Eres un hombre de acción, pero todos estos sentimientos tienen que ser expresados. Y aunque hablar de sentimientos no es tu fuerte, estás mejorando.

Los dedos de Chelsea lo rodearon íntimamente y ella sintió su vibrante virilidad.

—Pero te estás impacientando, ¿no, cariño? —continuó burlona —. Y probablemente temes que me lance a uno de mis bonitos análisis de nuestra relación.

—Chelsea lo acarició. Cole emitió un sonido que era una combustión de risa y gemido y la volvió sobre la espalda sujetándola con todo el peso de su cuerpo.

—No más charla —dijo él.

—¿Y más acción? —preguntó Chelsea juguetona, arqueándose contra él, rozando sus pechos desnudos contra la sedosa mata de pelo que cubría el torso de Cole.

Era una sensación maravillosa y Chelsea cerró los ojos. El muslo de Cole estaba entre los suyos, ejerciendo una sublime presión contra su suave feminidad. Cuando él se movió, Chelsea suspiró profunda.

Cole rió con suavidad, disfrutando de sus incontenibles respuestas.

—Eres tan sensual, preciosa —dijo con voz ronca—. Tan desinhibida y sensible, y honesta. Contigo no hay engaños ni juegos…

Cole se interrumpió de pronto. Chelsea no era consciente de que él estaba jugando con ella, y eso parecía tan… injusto. Los remordimientos aparecieron. Pero las manos de Chelsea lo hicieron olvidarlo todo.

Deslizó la mano entre los muslos de Chelsea y ella gimió. Al mismo tiempo capturó uno de sus pezones con la boca y empezó a chuparlo.

Sus dedos llegaron al vello que cubría su pubis y más abajo, entreabriendo los delicados pétalos. Cole continuaba excitándola con la rítmica presión de su mano. Cuando sintió la suave contracción, cuando sintió su calor, una urgencia primitiva explotó en su interior.

—Chelsea, preciosa, no puedo esperar más —dijo con voz entrecortada.

—Sí, Cole. ¡Sí!

Chelsea oyó un gemido y apenas fue consciente de que era suyo. Cole sabía cómo tocarla, lo que ella quería, y la condujo cada vez más alto hasta que las gozosas espirales de calor se intensificaron al máximo.

—Ámame ahora, Cole.

Con un gemido ronco, Cole se hizo sitio entre sus muslos y se introdujo despacio, inexorable. Chelsea cerró los ojos y sintió cómo la llenaba. Había pasado mucho tiempo y dolía un poco, pero tomó aliento y no emitió un solo sonido.

—Cariño, ¿te estoy haciendo daño? —preguntó Cole en voz baja se quedo quieto, permitiendo que el cuerpo de Chelsea se adaptara a el.

—No es nada; cuatro años es mucho tiempo —murmuró ella—. Está bien, Cole.

Ella lo besó tierna y profundamente. Los rígidos músculos de Chelsea empezaron a relajarse y su cuerpo admitió la virilidad de Cole.

Los dos suspiraron.

—¿Mejor, preciosa? —preguntó él, acariciando su pelo.

—Oh, sí, Cole —respondió ella—, es tan bueno.

El placer la inundaba en pequeñas oleadas. Chelsea arqueó las caderas, moviéndose en contrapunto al lento ritmo de Cole, que poco a poco se hizo más fuerte, profundo y rápido.

Dentro de ella, Cole sintió que perdía el control.

Y luego ya no hubo más palabras, sólo los gemidos y suspiros de ambos mientras se movían siguiendo el ritmo más primario de la creación.

—Eres mía, Chelsea —exclamó Cole al final.

Chelsea pronunció su nombre en el mismo momento, mientras las convulsiones del éxtasis estallaban dentro de ella. Toda

sensación de tiempo y espacio se perdió en aquel momento, enlazándolos en una maravillosa unión de cuerpo y alma.

Capítulo 7

En el lánguido sopor que sigue a la plena satisfacción, Chelsea y Cole yacieron juntos durante largo tiempo en la habitación a oscuras.

—Oh, Cole, casi no puedo creer que esto esté ocurriendo.

Chelsea suspiró y le acarició la mejilla y el pelo con ternura. Se sentía muy unida a él.

—Créeme, preciosa, ha ocurrido de verdad.

El tono de Cole era profundo y tranquilo. Se sentía maravillosamente, incapaz de moverse o pensar. Y tampoco quería hacerlo.

—No te duermas todavía —dijo Chelsea sonriente, mordisqueando su hombro. —Tenemos cosas de que hablar.

Cole gimió.

—Oh, no, no soporto a las mujeres charlatanas después del sexo.

Chelsea le dio una palmada juguetona.

_Tienes suerte de que en este momento soy demasiado feliz para ofenderme por nada, ni por ese comentario machista.

_ ¿Eres feliz? —preguntó Cole levantando la cabeza para mirarla.

Tenía el aspecto de una mujer satisfecha. Y estaba tan atractiva que Cole sintió que se le aceleraba el pulso.

—¡Oh, sí, Cole! —respondió Chelsea con ganas de reír, gritar y cantar con alegría—. Éste ha sido el día más increíble de mi vida. Empecé al borde de la depresión y aquí estoy ahora, en el séptimo cielo. Metafóricamente hablando, por supuesto.

Chelsea lo besó en el cuello, saboreando el gusto salado de su piel, y suspiró contenta.

—Los escritores debemos tener cuidado con las metáforas, ya sabes. Hay que elegir la imagen acertada en el momento adecuado. Esta noche tienes ganas de hablar —observó Cole. —Me pregunto cómo podría callarte.

Chelsea fingió ofenderse y se lanzaron a una divertida discusión.

Aunque Cole se había sentido plenamente satisfecho poco antes, encontraba la idea de hacerle el amor de nuevo cada vez más atrayente.

Cole la besó despacio.

—Te amo, Cole —murmuró Chelsea contra sus labios.

Tenía la cabeza apoyada en su hombro y una de sus piernas entre las de Cole.

El sabía que Chelsea esperaba una respuesta a su declaración de amor. Y una respuesta que estableciera la reciprocidad de ese sentimiento. Cuando abrió los ojos, descubrió que ella lo miraba con los ojos brillantes.

¿Por qué no?, se dijo Cole irreflexivo. Después de todo, ¿qué eran las palabras? Podía darle eso. No había razón para poner fin de inmediato a su interludio, particularmente ahora que él se proponía prolongarlo.

—Te amo —dijo mientras en su interior se decía una cosa muy distinta: que ambos eran dos adultos maduros que se entendían muy bien en la cama y nada más que eso.

Chelsea confundía la compenetración sexual con el amor verdadero, y al final él la sacaría de su error y aclararía las cosas.

Pero ahora no. Si lo hacía, esa expresión radiante desaparecería en el acto del rostro de Chelsea. La luz de sus ojos se apagaría y en ellos aparecería el dolor. Y luego quizá lloraría.

Cole sé estremeció. No podía soportarlo. Esa noche no. No tenía la energía suficiente; fue un día largo y duro y no estaba para un drama emocional. No tenía nada que ver con que pudiera tener escrúpulos a la hora de herirla, se aseguró. Nada en absoluto.

—Entonces… ¿acaso estamos retomándolo donde lo dejamos hace cuatro años? —preguntó Chelsea dudosa.

Parte de ella tenía miedo de confiar en la embriagadora euforia del momento; necesitaba una, aclaración de sus esperanzas y una

confirmación de sus sueños.

—¿Quieres decir otro noviazgo tormentoso? —repuso Cole con un tono tan inseguro como el de Chelsea.

¿Otro noviazgo tormentoso? ¿Seguido por otro… por otro compromiso? A Cole le sorprendió que la perspectiva le resultase tan atrayente. Aquello no estaba previsto.

Chelsea interpretó su respuesta, o su no respuesta, como una afirmación.

—Cole, sólo una cosa —dijo con expresión pensativa—. O quizá no debería referirme a ella como una «cosa». Carling Templeton. ¿En dónde encaja ella? Dijiste que habían llegado a un entendimiento.

—Lo dije. Y lo mantengo —replicó Cole con tono arrogante.

En silencio deseó poder enfadarla y así evitar esa discusión.

Pero Chelsea se echó a reír.

—¿Te estás haciendo el tonto? —preguntó colocándose encima de él a horcajadas.

Su largo pelo rojo le caía sobre los hombros, hasta cubrir la parte, de sus senos dejando los rosados pezones al descubierto entre los suaves rizos.

Cole la miró mientras su respiración se hacía más pesada. Chelsea estaba maravillosa, con las piernas abiertas sobre él. Cole le acarició los muslos abiertos. La piel era suave como la seda, y los músculos firmes y fuertes.

Chelsea capturó sus manos y entrelazó los dedos con los suyos.

—Cole, te he dicho todo sobre Seth menos una cosa. Que la única razón por la que accedí a salir con él al principio, fue por los rumores sobre lo tuyo con Carling.

Chelsea se llevó su mano derecha a la boca y después de besarla la presionó contra su mejilla.

—Durante estos últimos cuatro años he procurado estar al tanto de tu vida social. Sé que salías con muchas mujeres y eso siempre me molestaba. Pero oír que tenías algo serio con Carling mató algo dentro de mí. Después de eso, dejó de importarme lo que me ocurriera a mí, o en mi entorno, hasta la pasada noche, cuando por fin fui consciente de que en efecto iba a casarme con Seth Strickland.

Cole adelantó las manos y las colocó sobre sus pechos.

—Chelsea —empezó con voz ronca.

—Tengo que saber si soy la otra mujer. Cole —dijo Chelsea echándose hacia delante voluptuosa—. O tu única mujer.

Cole soltó una risita ronca.

—Si todavía no sabes la respuesta a esa pregunta, vete de este dormitorio en seguida.

—Por favor, dímelo, Cole —insistió Chelsea con suavidad.

Su tono fue tan delicado, y sus grandes ojos oscuros lo miraban con adoración. Cole gimió.

—Le prometí a Carling que no se lo diría a nadie, pero qué más da. ¡Jamás imaginé que viviría una situación como ésta!

Cole atrajo a Chelsea sobre sí y luego le dio la vuelta para colocarse encima de ella.

—Carling y yo no tenemos un compromiso serio, y nunca lo hemos tenido. Nuestro entendimiento es fingir que lo tenemos.

Chelsea sonrió y en su rostro se reflejó auténtica felicidad.

—Pero ¿por qué, Cole? —preguntó.

—El senador Templeton es un tipo en verdad autoritario, acostumbrado a conseguir lo que quiere en el momento que lo desea. Y quiere tener nietos. El senador piensa que su hija ha dejado escapar un montón de buenas oportunidades, así que decidió encontrarle marido —explicó Cole sonriendo—. Y según Carling, el candidato a su mano es el propietario de un gran rancho perdido en el corazón de Texas. Es rico, y uno de los más leales partidarios de Templeton. Un marido perfecto en lo que respecta al senador.

—¿Y Carling te pidió que fingieran estar comprometidos para engañar a su padre? —Preguntó Chelsea frunciendo el ceño—. Eso no me huele bien, Cole. Creo que se ha inventado toda esa historia sobre su padre y el ranchero para conseguir comprometerse contigo.

—Créeme, cariño, Carling no me quiere a mí más de lo que quiere al tipo de Texas. Con nuestra asociación, los dos estamos a salvo de cualquier compromiso.

—Imposible. No me lo creo —dijo Chelsea moviendo la cabeza —. ¿Cómo podría ella no quererte? Eres brillante y generoso, razonable y apuesto y dinámico y…

—Dominante, agresivo, autoritario, testarudo y rígido —añadió Cole seco—. Ni siquiera mi dinero compensa esos rasgos de mi carácter para Carling. Es muy franca al admitir que quiere un

marido que le permita ir por su propio camino, de preferencia uno al que pueda dominar. No, Chelsea, Carling no me quiere más de lo que yo la quiero a ella. Pero se nos veía junto a menudo y las malas lenguas de la ciudad empezaron a hablar de un romance entre nosotros.

—Así que el senador Templeton dejó de pensar en el ranchero como posible marido para su hija —dijo Chelsea asintiendo—. Pero Cole, ¿en qué te beneficias tú con este arreglo?

El se encogió de hombros.

—Estaba cansado de tener citas. ¿Te das cuenta de que he tenido citas durante veinte años de mi vida? Me harté de esa historia, de la incertidumbre de los primeros encuentros y de las expectativas que se creaban si salías con alguien más de una vez. Carling es encantadora y sofisticada, pero demasiado cabezota e independiente para mí. Ella y yo sabíamos exactamente dónde nos encontrábamos cada uno, así que era una relación muy cómoda. Final de la discusión. Ya he hablado demasiado.

Cole no le dio tiempo de responder.

—Te deseo otra vez, Chelsea —dijo besándola—. Ahora.

—Oh, sí, Cole —repuso ella arqueándose contra él.

Cole la penetró haciéndola gemir de placer. Chelsea levantó las caderas en respuesta, aferrándose a él con fuerza. Cole la penetró aún más.

—Eres una pequeña bruja —murmuró—. Me haces perder la cabeza. Nunca ha habido nadie en mi vida como tú.

—Me amas —murmuró ella mientras la deliciosa tensión se intensificaba—. Me necesitas. Tanto como te amo y te necesito yo. Nos pertenecemos el uno al otro. Cole.

Chelsea lo amó sin reservas, dando y recibiendo un maravilloso placer que no conocía límites.

—Debo estar aplastándote —murmuró Cole tiempo después, haciendo un movimiento para quitarse de encima de Chelsea.

—¡No! —Exclamó Chelsea sujetándolo con brazos y piernas—. No te vayas, Cole. Hemos estado separados tanto tiempo. Es tan agradable, no quiero dejarte marchar.

Cuando Chelsea contrajo los músculos interiores para sujetarlo dentro de su cuerpo, Cole rió.

—Y yo no quiero que me dejes marchar, querida.

Una y otra vez, durante toda la noche, Chelsea y Cole cumplieron un ciclo de amor y sueños, descanso y pasión, despertándose para satisfacer la necesidad aparentemente insaciable de los dos. Después cayeron en un profundo sueño, saciados y satisfechos en los brazos del otro.

¡Desayuno! La alegre voz de Chelsea fue lo primero que oyó Cole a la mañana siguiente. —¿Qué hora es?— preguntó él, abriendo un ojo. Las gruesas cortinas marrones estaban abiertas. La luz del sol inundaba la habitación a través de los enormes ventanales que constituían una pared entera de la habitación. La vista del bosque era sobrecogedora. El cristal daba la impresión de que los árboles, las flores y los arbustos eran una extensión de la habitación.

Pero esa mañana Cole ignoró el paisaje. Se sentó en la cama y miró a Chelsea, quien le sonreía con afecto con una bandeja en las manos. —Son casi las once— dijo ella dejando la bandeja ante él sobre la cama. —Me desperté hace una hora, pero dormías tan profundo que no quise despertarte. Espero que todavía sigan gustándote las tortitas— añadió. —He puesto tres tipos de almíbar: de fresa, frambuesa y jarabe de arce.

—¡Casi las once! —exclamó Cole asombrado—. ¡Nunca me había levantado tan tarde en mi vida!

Luego reparó en las tortitas, las jarritas de almíbar y la taza de café. Todo olía delicioso y de pronto Cole sintió hambre.

—Gracias. No tenías por qué haberlo hecho —dijo tomando un sorbo de café y suspirando apreciativo—. Quería hacerlo.

Chelsea no podía dejar de sonreír. Era un día precioso y se había despertado en los brazos de Cole. La sensación crónica de soledad y pérdida que la persiguió desde la ruptura con Cole, algo que había aprendido a aceptar como una parte de su personalidad, desapareció. Por vez primera en cuatro años se despertó sintiéndose joven, feliz y libre. Cantó mientras se duchaba y vestía con un par de pantalones cortos verdes, una camisa a juego y unos cómodos zapatos para caminar. Y mientras desayunaba y preparaba el desayuno de Cole, le habían dado ganas de bailar.

—He utilizado algunos huevos para la masa de las tortitas —dijo alegre sentándose al borde de la cama—. Pero todavía nos quedan varias docenas.

Chelsea lo observó mientras comía con los ojos llenos de afecto.

Cole estaba muy atractivo sin afeitar. La sábana beige que le cubría hasta la cintura dejaba el ancho pecho expuesto a la ardiente mirada de Chelsea. Tenía el pelo alborotado y era obvio que disfrutaba con cada bocado. Chelsea sentía el corazón a punto de estallarle de amor y felicidad.

Cole estaba muy ocupado con su desayuno, pero de vez en cuando dirigía miradas furtivas a Chelsea. Tenía los ojos brillantes y un aspecto radiante, y ese tono de verde combinaba a la perfección con su tez y su pelo rojizo. Se había vuelto a recoger los rizos en una cola de caballo. Era un peinado sencillo y práctico, y estaba muy guapa, pero Cole no pudo dejar de recordar la melena rojo oscuro de la noche anterior, cayendo como una cascada sobre sus pechos desnudos. Cole tomó un largo trago de café sintiendo fuego en la piel.

Dejó el tenedor en el plato. Ya no tenía hambre de comida, pero había desarrollado otra clase de apetito que exigía satisfacción.

—Suéltate el pelo, Chelsea —ordenó en voz baja.

Chelsea lo miró a los ojos y leyó sus intenciones. Despacio alzó una mano para quitarse la cinta elástica verde. El pelo le cayó sobre los hombros.

—Ahora desabróchate la blusa y quítatela.

Chelsea arqueó las cejas.

—¿Se supone que voy a desnudarme para ti mientras te quedas allí sentado mirándome, como un sultán entretenido por una de las chicas de su harén?

—En efecto —dijo Cole sonriendo pícaro—. Me acusaste de fanfarronear sobre un idilio apasionado con una esclava del amor, ¿recuerdas?

—¿Y tú te acuerdas de que te amenacé con convertirme en una criatura de pesadilla?

Chelsea tomó la bandeja y la dejó en el suelo. Luego saltó a la cama y lo atacó con una almohada.

—Bien, ya estoy aquí. ¡Tu compañera del infierno!

—¡Hey, deja eso!

Cole intentó detener los golpes, y luego buscó otra almohada y se lanzó al contraataque.

La batalla de almohadas continuó hasta que los dos se reían demasiado para seguir. Declarando una tregua, tiraron las

almohadas al suelo y se dejaron caer sobre el colchón, sin aliento a causa del esfuerzo y la risa.

—Nos estamos portando como un par de locos escapados del manicomio —dijo Cole moviendo la cabeza—. Si el consejo directivo de Tremaine Inc. hubiera visto a su futuro director jugando con almohadas…

—No creo que nunca invitemos al consejo directivo a nuestro dormitorio —dijo Chelsea acariciándole una mejilla—. Esta parte de nuestra vida es estrictamente privada, sólo nuestra, y podemos ser tontos, tristes o sensuales. Lo que queramos.

—Hemos sido tontos, dejemos lo de tristes y vayamos a lo último —dijo Cole abrazándola—. Estabas a punto de hacer realidad mi fantasía de sultán…

—Te estás perdiendo. Cole —bromeó—. Hace cuatro años, nunca habrías pronunciado la palabra «fantasía», y mucho menos habrías sugerido una.

Chelsea se arrodilló en la cama y despacio empezó a desabrocharse la blusa.

Cole la observó ansioso.

—Soy un hombre distinto al que tú conociste y rechazaste hace cuatro años, Chelsea.

—La cuestión de quién rechazó a quién hace cuatro años, es algo muy discutible.

Chelsea se quitó la blusa y luego los pantalones.

—Y no me apetece discutirlo ahora —añadió.

Se había quedado con su sencilla ropa interior de algodón color rosa.

Cole la observó con una exagerada expresión de burla y desaprobación.

—Lo primero que vamos a hacer cuando volvamos a Washington es comprarte algo de lencería.

—Es muy cómoda —protestó Chelsea riendo—. Aunque no sea lo que llevaría una concubina. ¿Te he estropeado la fantasía?

—Tendremos que crear una nueva —dijo Cole atrayéndola y besándola, moviendo sensual la boca sobre sus labios.

Hicieron el amor muy lento, a una velocidad que desmentía su gran pasión. Esa mañana, saborearon cada caricia, charlando y jugando con la facilidad y el afecto de dos viejos amantes. Algo que

en cierto sentido eran, pensó Chelsea mientras Cole se colocaba sobre ella. Todo entre ellos era nuevo pero al tiempo conservaba una cómoda familiaridad.

Chelsea suspiró y le rodeó con brazos y piernas recibiéndolo dentro de su cuerpo, en su Corazón y su vida.

Ese ejercicio de amor mañanero los llenó de energía y de ganas de acción. Cole optó por ejercer esa acción en la cama, pero Chelsea tenía otras ideas.

—Ya estamos en las montañas, me gustaría verlas —exclamó sentándose en la cama, con los ojos brillantes de emoción.

—Míralas bien, cariño —invitó Cole señalando hacia la ventana panorámica—. Y luego vuelve aquí.

Chelsea se echó a reír de buen humor.

—Me gustaría verlas desde fuera. Experimentarlas. Vamos, Cole —añadió tirándole de una mano—. Hace un día magnífico. Vayamos a dar un paseo.

Cole se dejó convencer. Después de una ducha rápida, se puso unos vaqueros y una camisa roja, y tomando a Chelsea de la mano la condujo fuera. Charlando y riendo recorrieron un sendero que discurría entre altos árboles. Por fin llegaron hasta un arroyuelo que corría entre las rocas y se retorcía montaña abajo.

—Esto lleva a un pequeño lago —le dijo Cole—. Más bien una charca. ¿Te gustaría verla?

Chelsea asintió y siguieron el curso del arroyo durante casi un kilómetro hasta el lugar donde se transformaba en una cascada de un par de metros de altura y terminaba en un pequeño lago de montaña.

—¿Es profundo? —preguntó Chelsea.

—La parte más profunda está en medio, y habrá un par de metros de profundidad. El agua está helada. Mis hermanos y yo solíamos nadar aquí cuando éramos niños —dijo Cole sonriendo—. A los niños no les importa ponerse azules de frío. Los adultos, con la edad, acaban perdiendo esos dudosos placeres.

Chelsea se agachó y metió las manos en el agua.

—Es cierto, está muy fría —dijo estremeciéndose.

Cole asió su mano para calentársela. Chelsea miró la clara y plácida superficie del agua, y luego las flores, los árboles y las montañas que los rodeaban. En el silencio sólo se oía el rumor de

las hojas mecidas por la brisa y algún pájaro ocasional. Era tan distinto al ruido constante y el ajetreo de la ciudad.

—Se está muy bien aquí —dijo Chelsea con un suspiro—. Es como si fuéramos las únicas personas en el mundo.

—El bosque virgen. Y tú eres una pequeña ninfa de los bosques.

Cole la levantó del suelo y dio una vuelta con ella, sintiéndose desacostumbradamente alegre y juguetón. Hacía años que no se sentía tan joven.

Cuando la dejó en el suelo, Chelsea lo abrazó.

—Te amo, Cole. Por favor, nunca vuelvas a dejarme.

Era un juego sincero y apasionado que penetró en el alma de Cole. La abrazó con fuerza, estremecido por la fuerza e intensidad de sus propias emociones. Era aterrador sentir de ese modo; ninguna mujer lo había poseído de esa manera, y una parte de su personalidad lo sentía. Nunca pudo controlar las emociones que Chelsea despertaba en su interior. Asumir la realidad del poder que esa mujer ejercía sobre él, no era fácil para un hombre como Cole, acostumbrado a dominar y controlar.

Despacio, Cole la soltó. Sé agachó a tomar una pequeña piedra plana y la mandó saltando sobre el agua. Los dos observaron las ondas que quedaron sobre la superficie.

—¡Qué bonito! —Exclamó Chelsea—. Quiero probar.

Buscó una piedra grande y la tiró al lago. La piedra cayó al agua con un fuerte ruido y se hundió pesada.

Cole gritó y se retiró de un salto cuando el agua helada lo salpicó.

—¡Así no! —exclamó—. No tienes que tirarla al agua. Y no uses una piedra tan grande. Necesitas una plana y pequeña como ésta.

Cole le hizo otra demostración. Las lecciones de tirar piedras continuaron largo rato, hasta que Chelsea obtuvo un moderado éxito en sus intentos. Cuando volvieron a la casa, los dos estaban hambrientos. Cole asó unas salchichas en la parrilla del patio, mientras Chelsea investigaba una antigua bañera.

—¿Esto funciona? —preguntó quitando la tapa y mirando la gran bañera de madera llena de agua.

—Claro. Joe Masón se ocupa de limpiarla y llenarla. Enciéndela. Se calentará y podremos bañarnos después de comer.

Cole se burló de Chelsea porque insistió en ponerse un traje de

baño antes de acompañarlo en el agua caliente y borboteante. El se metió desnudo, pero Chelsea se puso un bikini azul.

Cole admiró su esbelta figura.

—¿Te acordaste de echar el bikini en tu maleta para tomar el sol en la piscina del motel mientras te escondías de los Strickland?

Chelsea se sonrojó.

—Eso suena muy calculador y premeditado. Pero no lo fue, Cole. Siempre llevo un traje de baño cuando salgo de viaje, así que lo eché a la maleta sin pensarlo.

Se calló y miró seria las aguas que borboteaban a su alrededor.

—Me avergüenza admitirlo, pero desde que estoy aquí, he apartado a Seth y la boda de mi mente. Sólo puedo pensar en ti, y en nosotros. Oh, Cole, me alegra tanto que estemos juntos de nuevo, pero me gustaría que no hubiera ocurrido de este modo. Tengo que volver y enfrentarme a mi familia y a los Strickland. No puedo seguir escondida mientras…

—Relájate, cariño, tu familia sabe dónde estás. Llamé a tus padres y a Stefanie ayer mientras dormías. También llame a los Strickland para decirles que estabas conmigo. Aconsejé a Seth que desmintiera la historia de la hospitalización e hiciera una declaración como que «la boda fue cancelada de mutuo acuerdo debido a razones personales que seguirán siendo personales». Le dije que si no lo hacía él lo haría yo en calidad de abogado.

—¿Qué respondió Seth? —preguntó Chelsea ansiosa.

—Lo que dijo es irrelevante —contestó Cole encogiéndose de hombros—. Hará lo que le dije y eso es lo único que importa. No tiene elección, especialmente después de perder el equipo de detectives que envió tras de ti.

—¿Los tipos del Lincoln negro que trataron de secuestrarme en la autopista? ¿Los ha perdido?

Cole asintió.

—Ayer llamé a mi hermano Tyler y le pedí que averiguara el nombre de la agencia a la que acudió Strickland. Después de eso, simplemente les pagamos el triple de lo que les daba Strickland y les pedimos que se ocuparan de la pareja del Globe Star Probe.

—Estuviste muy ocupado mientras yo dormía —dijo Chelsea despacio—. No sé cómo agradecértelo, Cole. Te has ocupado de todo.

—Por supuesto. Siempre lo hago.

Cole asió su muñeca y la hizo sentarse en su regazo.

—En cuanto a las gracias, creo que podemos dar con una forma adecuada para que puedas mostrarme tu agradecimiento.

Chelsea le echó los brazos al cuello mientras el agua borboteaba a su alrededor. Sus bocas se encontraron en un largo beso y la mano de Cole se deslizó hasta el cierre del sostén del bikini azul.

Y entonces un timbrazo rasgo el aire.

Capítulo 8

Sobresaltado, Cole dejó caer la mano. Chelsea se puso de pie en el acto. —¿Qué es eso?

—¡Es el maldito teléfono! —murmuró Cole maldiciendo entre dientes.

—¿Es el teléfono del coche? ¿Cómo podemos oírlo desde aquí?

—No es el del coche. No hice todas esas llamadas desde el coche, Chelsea. Tenemos un teléfono en la casa.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Aquí, en medio de las montañas? No hay cables por ningún lado.

—Las maravillas de la tecnología moderna —repuso Cole sin emoción—. Tenemos un radioteléfono unido a los satélites de comunicaciones.

Cole salió de la bañera y desnudo atravesó el patio, entró en la casa y se dirigió a una habitación que hada las veces de despacho. El teléfono sonaba insistente. —¿Sí?— respondió Cole de mal humor.

Chelsea lo había seguido. Ahora se detuvo dudosa en el umbral de la oficina y miró cómo Cole se sentaba, empapado, en el gran sillón de cuero tras el escritorio, con el teléfono en la mano. Chelsea no estaba segura si debía irse o quedarse.

—Tyler, ¿qué pasa? —inquirió Cole al teléfono—. Entonces, ¿por qué demonios me llamas aquí?

¿Por qué llamaría su hermano Tyler? Chelsea entró en el despacho. No parecía una emergencia de familia. Cole parecía más irritado que preocupado.

Y entonces sí que pareció verdaderamente irritado.

—¿Que han hecho qué? Sí, no. ¡No! ¡Oh! ¡No es asunto tuyo! Mira, si no dejas de reír voy a colgar.

Un segundo más tarde lo hizo.

—¿No… No dejó de reírse? —conjeturó Chelsea.

Cole no contestó. Se echó hacia delante y apoyó la cabeza entre las manos.

—Cole, ¿qué pasa? —preguntó Chelsea corriendo a su lado—. ¿Por qué llamó Tyler? ¿Era importante? ¿De qué se reía?

—¿Es esto un interrogatorio oficial o simplemente estás jugando al juego de las Veinte Preguntas? —repuso Cole con tono agrio.

Chelsea retrocedió.

—No tienes que pagarlo conmigo. Sólo me preocupo por ti.

—Bien, pues prepárate para preocuparte de ti misma. Chelsea. Primero, los dos reporteros del Globe Star Probé lograron escapar del intrépido trío de detectives. Dios sabe lo que harán ahora que están sueltos. Pero ésa es una preocupación menor comparada con lo que Tyler encontraba tan gracioso.

Chelsea pensó en Kaufman y Rodgers y la historia que sin duda estarían inventando para el infame Probe. ¿Y eso era una preocupación menor? Chelsea tragó saliva.

—¿Qué encontraba Tyler tan gracioso?

—La idea de tú y yo escondidos en las montanas sin un paquete de preservativos —dijo Cole con los dientes apretados—. Y me recordó que el tendero de Babcock los tiene escondidos tras el mostrador y, para agarrarlos, tienes que gritar lo que quieres al octogenario señor Gibbons, que es duro de oído.

Después de tirar la bomba, Cole se levantó y salió del despacho.

Chelsea se quedó inmóvil en su sitio, chorreando agua sobre la alfombra trenzada, demasiado impresionada para seguirlo. Cuando se recuperó y corrió tras él, Cole estaba encerrado en el cuarto de baño y el agua de la ducha caía contra los azulejos.

El corazón de Chelsea latía violento y la joven tenía la boca seca. La noche anterior… y esa mañana también. Los recuerdos se agolparon en su mente pero no recordó haber adoptado ninguna medida precautoria.

Lo cierto era que ni le pasó por la cabeza la prevención.

Y, obviamente, lo mismo le ocurrió a Cole. El salió de la ducha

envuelto en un grueso albornoz. La ignoró mientras se vestía con unos vaqueros y una camisa de rayas grises, negras y rojas. Se subió las mangas hasta los codos, miró a Chelsea, y suspiró profundo.

—No se me ocurrió… no pensé… ¡maldición! ¡No puedo hablar, ni siquiera puedo pensar con claridad! Esto no me había ocurrido nunca, Chelsea. En lo único que podía pensar era en hacerte el amor de nuevo. No me paré a pensar en las posibles consecuencias. Ni anoche ni esta mañana.

Cole se aclaró la garganta y se puso colorado.

—¿Existe la posibilidad de… de que tú… estuvieras preparada?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca he necesitado pensar en… usar nada con nadie. Nunca ha habido nadie aparte de ti, Cole.

Cole le colocó las manos sobre los hombros.

—Chelsea, lo siento. No era mi intención hacerte correr ningún riesgo. Nunca intentaría hacerte daño de ese modo.

—Lo sé. No es culpa tuya, Cole. Ninguno de los dos pensaba muy claramente anoche.

—Ni esta mañana —añadió Cole consternado, como si una noche de pasión sin precauciones pudiera ser comprensible, mientras que ampliar la inconsciencia a la mañana siguiente fuera imperdonable.

Chelsea trató de acercarse a él, pero Cole la mantuvo a distancia con los brazos. Ella lo miró ansiosa.

—¿Cómo sabía Tyler que nosotros… que hicimos el amor?

—No sabe que lo hicimos. De hecho, supone que no lo hemos hecho. Pero sabe lo que no tenemos en la casa. El año pasado el mismo Tyler tuvo que hacer un viaje a la tienda de Babcock y gritar lo que quería al señor Gibbons. Nathaniel y yo hemos estado tomándole el pelo desde entonces. Así que Ty se reía a carcajadas al pensar en su recto hermano mayor teniendo que hacer lo mismo, o si no, volviéndose loco por tener que guardar celibato contigo aquí como tentación irreversible.

—¿Tyler cree que me encuentras irresistiblemente tentadora? —murmuró Chelsea con suavidad.

Cole prefirió no responder. Seguía sin recuperarse de la impresión que le produjo la llamada de su hermano. Tyler pensaba que su perfecto hermano mayor, el que nunca cometía errores,

jamás se llevaría a la cama a una mujer sin tomar precauciones, por muy desesperado que estuviera. Y hasta esa noche y esa mañana, nunca lo había hecho. Cole Tremaine era demasiado cuidadoso, controlado y responsable para correr un riesgo así.

¡Pero lo hizo la noche anterior y esa mañana! Y si Tyler no hubiera llamado, habría vuelto a ocurrir en la bañera. Chelsea Kincaid, después de una ausencia de cuatro años, volvió a su vida y lo convirtió en un personaje alocado e impulsivo, tan irresponsable como un adolescente.

Otra vez estaba obsesionado por esa mujer, o quizá siempre lo había estado y siempre lo estaría.

Chelsea había tomado su bata y la llevaba sobre el bikini.

—Cole, me preguntaba por qué Tyler me considera una tentación irresistible para ti —dijo sonriéndole seductora.

Cole apretó los labios.

—Yo me preguntaba lo mismo —respondió, seco.

Era desconcertante pensar que su hermano hubiera podido sospechar su obsesión por Chelsea. Cole Tremaine siempre guardaba sus sentimientos para sí.

Chelsea lo observó. Comprendía su tensión. El infalible Cole Garrett Tremaine nunca cometía lapsus de ese tipo. En su opinión, ni siquiera una emocionante reconciliación pasional era razón suficiente para hacer el amor sin protección.

Chelsea tenía la sensación de que cualquier cosa que dijera en ese momento sólo haría que Cole se sintiera peor. Era el momento de dejarlo solo antes de intentar convencerlo de que no había cometido un crimen punible con la muerte.

—Cole, voy a vestirme.

Chelsea salió del dormitorio principal y recorrió el estrecho corredor hasta la pequeña habitación rosa. La puerta volvía a estar en su sitio; Cole se ocupó de ello antes de comer.

—Chelsea —dijo Cole a su espalda—, no pareces darte cuenta de la gravedad de la situación. ¡Por el amor de Dios, puedes estar embarazada!

—O puede que no —repuso ella con calma—. Es probable que no, Cole. Estoy en los días menos propicios.

—Qué bien, eso me da seguridad —soltó Cole irónico. —Me preguntó cuántas veces esas mismas palabras han ido seguidas,

nueve meses después, de un nacimiento.

Chelsea lo miró mientras entraba en la habitación.

—Me parece recordar que siempre decías que querías una familia numerosa. Seis hijos, creo. Entonces, ¿por qué te molesta tanto esta situación?

—¡Porque quería casarme antes de ser padre! Y para un hombre de treinta y cinco años, no sólo es irresponsable y absurdo dejar embarazada a una mujer fuera del matrimonio, ¡sino vulgar!

Chelsea casi sonrió.

—Bueno, hay una forma de salir del dilema.

—Creo que ya te he dicho que no volvería a hacerte una proposición de matrimonio, Chelsea —repuso él apretando los dientes; en eso no cedería—. Una vez fue más que suficiente.

—Entonces yo te lo propondré a ti y nos escaparemos —dijo Chelsea incontenible.

—¡Chelsea, pon los pies en el suelo! Mira lo que ha ocurrido desde que te traje aquí. Deberías estar acusándome furiosa de no amarte, de utilizarte sexualmente para satisfacer mi lujuria y mi necesidad de venganza. ¿No te das cuenta de lo que te he hecho? ¡Y encima, podrías estar embarazada! Deberías estar histérica.

—Tú estás histérico por los dos —dijo Chelsea tajante—. Y en cuanto a las acusaciones… bueno, tal vez estaría haciéndolas si considerara que tengo razones justas para ello.

—¿No crees posible que estuviera mintiendo cuando dije que te amaba? —preguntó Cole en voz baja—. ¿Que sólo lo dije porque quería acostarme contigo y sabía que no podría conseguirlo sin el estribillo obligatorio? ¿No se te ha ocurrido que sólo me propusiera conseguir tu rendición total? ¡Algo que conseguí con mucho éxito, debo añadir!

Los ojos azules de Cole brillaron antes de seguir:

—Admitiste que me amas y que siempre me has amado, Chelsea. Confesaste que ningún otro hombre ha significado nunca nada para ti, que te casarías conmigo hoy mismo si te lo pidiera. Hasta te arriesgaste a quedar embarazada por mí. Eso me convierte en ganador.

—¿El ganador de qué? No estamos compitiendo el uno con el otro, Cole. Tampoco estamos en guerra —dijo Chelsea mirándolo mientras una terrible intranquilidad se apoderaba de ella—. Tú no

me obligaste a rendirme. Yo lo di todo por voluntad propia; mis palabras y mi cuerpo. Y… y quiero tener un hijo tuyo. ¿Acaso eso no me convierte a mí en una ganadora?

—Quizá estés demasiado segura de ti misma. Pero recuerda que te conté los planes que tenía para ti antes que te acostaras conmigo, Chelsea.

—Y yo no te creí. Pensé que era tu orgullo masculino el que hablaba y es obvio que no te tome en serio. Si lo hubiera hecho…

De pronto Chelsea pensó que Cole podía estar diciendo la verdad y sintió un miedo cerval.

No, ella amaba a Cole. Confiaba en él. Tenía una fe absoluta en su persona. Simplemente Cole se sentía culpable y turbado porque pensaba que le había fallado al no pensar en protegerlos.

—No puedo creer que no me ames, Cole. No después de lo que me dijiste y las cosas que hicimos —dijo sonrojándose.

Sus palabras evocaron los mismos recuerdos en Cole.

—Las cosas que hicimos —repitió.

Convulsivo, intentó recuperar el control de sus sentimientos, castigándose al tiempo que castigaba a Chelsea. Porque la deseaba tanto, que hubiera querido llevarla a la cama en ese instante, sin importarle las consecuencias. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por tenerla. Era un descubrimiento alarmante, y eso fortaleció su resolución de distanciarse del poder de Chelsea.

—Lo que hicimos, lo que tuvimos, fue una extraordinaria experiencia sexual, Chelsea. —Fue mucho más que eso y tú lo sabes, Cole— dijo ella despacio.

Cole apretó los puños para no tocarla. Eso hubiera sido su perdición. Chelsea no lo hubiera detenido y él habría sido incapaz de hacerlo.

—Sé que estás intentando convertir el sexo en amor porque no puedes aceptarlo de otro modo. Pero yo hace tiempo que superé eso. No necesito estar enamorado para pasármela bien en la cama.

—¿Me estás diciendo que lo de hoy y lo de anoche fue todo una farsa?

Cada vez le resultaba más difícil convencerse de que Cole no hablaba en serio. El la miraba con frialdad.

—¿Me… me utilizaste sexualmente para satisfacer tu… tu lujuria? ¿Por venganza? ¿Mentías cuando me dijiste que me

amabas? —preguntó en un susurro aterrorizado.

Cole se pasó una mano por el pelo, obligándose a mantener su imagen controlada. ¿Había mentido? Debía haberlo hecho porque hada cuatro años se juró no volver a caer en esa trampa.

—Estabas mintiendo —dijo Chelsea tragando saliva.

Tenía un nudo en la garganta que casi le impedía respirar.

El asintió, incapaz de pronunciar las palabras en voz alta.

El dolor que sintió Chelsea no hubiera sido mayor si Cole le hubiese hablado a gritos. Apenas podía respirar. ¡No podía ser cierto! Pero aunque su corazón lo negara, Chelsea sabía que era verdad. Fue una ingenua. Y llegaba el momento de despertar de su bonito sueño y enfrentarse a los hechos. Cole no la amaba, la había utilizado. Aceptó pronunciar las palabras que ella le puso en la boca, pero para él no tenían ningún significado.

—Por favor, déjame sola —dijo con voz ronca.

Cole se marchó de la habitación porque no podía hacer otra cosa. Pero en el momento en que salió al pasillo, una terrible desolación se apoderó de él. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Y cómo ocurrió? ¿Qué había tratado de probar? ¿Y a quién? No se sintió tan confuso en toda su vida.

Chelsea cerró la puerta del dormitorio, con manos temblorosas. Ella no estaba confusa; sólo tenía el corazón roto. Y decidió que se iría de allí aunque tuviera que recorrer a pie los veinte kilómetros que la separaban de la ciudad de Babcock.

Una vez tomada la decisión, Chelsea se vistió con la ropa adecuada para el paseo, eligiendo unos vaqueros, camiseta, suéter y cazadora de verano. Se puso dos pares de calcetines de algodón y sus cómodos zapatos de paseo.

La maleta le pesaba demasiado para llevarla consigo todo el camino, así que metió lo más necesario en el bolso y se lo colgó al hombro.

La ventana ya estaba abierta, y Chelsea se asomó al exterior. La casa sólo tenía un piso de altura, así que apenas había metro y medio desde el alféizar hasta el suelo. Sigilosa, sintiéndose un poco como una ladrona, Chelsea saltó por la ventana y se dirigió hacia la parte delantera de la casa donde comenzaba el único camino montaña abajo.

Era más un camino ancho que una carretera, sin asfaltar y lleno

de piedras, baches y malas hierbas. Chelsea se preguntó cómo se las había arreglado Cole para avanzar por ese terreno tan accidentado. Por supuesto, ella no recordaba su llegada. Se vio a sí misma en aquel entonces, dormida, sin sospechar lo que la esperaba.

Chelsea parpadeó para eliminar las lágrimas que se agolpaban en sus párpados. No lloraría. Si empezaba, no terminaría nunca. Además, caminar y llorar eran actividades incompatibles; las dos necesitaban demasiada energía y concentración para hacerse a la vez. Chelsea necesitaba reunir todas sus fuerzas para el largo viaje a Babcock.

Cole dio vueltas por la casa, arriba y abajo, recorriendo todas las habitaciones sin rumbo fijo. Se sentía como una rata; no, como una serpiente se corrigió mentalmente. Así era como Chelsea lo llamó cuando no quiso cambiarle el neumático en la autopista, y en ese momento decidió que el insulto era apropiado.

Una vez más, en su mente apareció el rostro de Chelsea cuando le dijo que no la amaba, que sólo la estuvo utilizando. Lo que ella creía el triunfo del amor verdadero era una mentira, un engaño cruel y premeditado destinado a herirla. Cole lo vio todo: sus grandes ojos marrones llenos de dolor, las lágrimas que ella se esforzaba por eliminar, sus labios temblorosos. Un intenso dolor lo atravesó.

«Felicidades», dijo una voz en su interior. «Cole Tremaine, ganas de nuevo». Vuelves a tener el control, has llevado a cabo tu venganza con éxito «saldando una vieja cuenta».

No se había sentido peor en toda su vida. Se dirigió a la pequeña habitación rosa y llamó a la puerta. Estaba cerrada, por supuesto. Cole oyó a Chelsea echar la llave.

—Chelsea —llamó en voz baja.

No hubo respuesta. Cole suspiró, ¿realmente pensaba que obtendría respuesta? Volvió a llamar, esta vez un poco más fuerte.

—Chelsea, por favor, abre la puerta.

Silencio. Cole miró su reloj. Chelsea se había encerrado hacía menos de media hora; obviamente, no estaba preparada para hablar con él. Y honestamente, no podía culparla; le debía un poco de intimidad. La dejará sola un rato más y continuaría atormentándose. «Te lo mereces», le dijo la voz interior, y Cole estuvo de acuerdo. Completamente de acuerdo.

De pronto, Chelsea sintió sed y recordó con nostalgia el arroyo de montañas que se vaciaba en la fría poza. Miró su reloj y se sorprendió al comprobar que ya había pasado más de una hora desde su marcha clandestina. Se arrepintió de no haber llevado algo de comida, pero no se atrevió a pasar por la cocina antes de irse.

Caminó durante más de dos horas a buen ritmo antes de hacer la primera parada… No encontró ningún sitio para sentarse, así que Chelsea se sentó en el camino a estilo indio. No descansó mucho tiempo. Sin nada que comer o beber y nadie con quien hablar, estar allí sentada era aburrido y no especialmente descansando, ya que los pensamientos que trataba de mantener lejos volvían a su mente desocupada. Por fin Chelsea se levantó y continuó andando.

Cole trató de distraerse, primero con una llamada telefónica, luego leyendo, después con la televisión. Pero no conseguía interesarse por nada. Estaba nervioso e inquieto. Por fin, afrontó los hechos. No tendrá un momento de paz hasta que pidiera perdón a Chelsea.

Se lo debía; no tenía que haberle dicho esas cosas. Cole se encaminó al dormitorio.

—¿Chelsea?

Llamó a la puerta con los nudillos y giró el picaporte. No hubo respuesta y la puerta seguía cerrada. Cole miró su reloj. Las últimas dos horas y media pasaron muy lentas para él. ¿Cómo podía ella aguantar encerrada allí sin una sola distracción? ¿Se habrá quedado dormida?

—Chelsea, ¿estás despierta?

No hubo respuesta. Chelsea dormía con placidez mientras él era presa del más absoluto desasosiego.

Pobre pequeña Chelsea, con seguridad estará agotada. Los eróticos recuerdos de cómo pasaron la noche poblaron su mente. Y esa mañana… Cole recordó el desayuno que ella preparó con tanto amor, cómo jugaron después, el paseo hasta el estanque. Cuánto había disfrutado a su lado hablando, riendo, simplemente estando con ella.

De repente su separación le pareció absurda. En realidad, estaban muy bien haciendo cualquier cosa juntos; debían estar juntos. ¿Por qué no habría podido admitirlo antes, sin herir a Chelsea de ese modo? ¿Por qué siempre hacía las cosas así? De la

forma más dura. Con rigidez. Chelsea lo conocía bien, lo comprendía y lo quería a pesar de sus manías. Ella lo amaba. El pulso le latió en las sienes.

Por fin Cole se obligó a afrontar la realidad. Las cosas habían cambiado. Ahora era él quien estaba dispuesto a aceptar los términos que Chelsea quisiera dictar, con tal de que lo perdonara. Porque estaba irremediablemente enamorado de ella.

Necesitaba toda su fuerza de voluntad, que no era poca, para no sacar la puerta de sus bisagras y entrar en el dormitorio. Pero se contuvo. No tenía derecho a perturbar su sueño después de haberla tenido la mitad de la noche en vela. Tampoco debía tener esperanzas de que ella lo acogiera en su cama. Tendría que ganársela de nuevo y aquello no iba a ser fácil.

Lleno de remordimientos, Cole se alejó de la puerta cerrada.

Chelsea agradeció que el camino fuera cuesta abajo. Así pudo caminar de prisa sin agotarse demasiado. Se detuvo y observó la distancia que había recorrido. La casa no se veía, rodeada por el espeso bosque, y Chelsea se sentía como si fuera la última persona de la tierra.

Parpadeó para contener otra oleada de lágrimas. De nuevo la embargaba una intensa sensación de pérdida, aquella soledad con la que aprendió a vivir después de su primera ruptura con Cole. Por un tiempo demasiado breve se vio libre de ese sordo dolor, pero esa misma tregua hacía que su vuelta fuera mucho más dolorosa.

Cuatro horas. Cole miró el reloj. Con grandes esfuerzos había logrado dejarla sola durante cuatro horas. Apagó el partido de baloncesto que no consiguió suscitar su interés y volvió al dormitorio rosa.

—Chelsea, déjame entrar. Quiero hablar contigo —dijo llamando con firmeza—. Cariño, son casi las seis. Comamos algo. Yo cocinaré para ti.

Nada. Cole llamó de nuevo.

—Chelsea, sé que no estás dormida porque he hecho ruido suficiente para despertar a un muerto. Abre la puerta, cariño. Tenemos mucho de lo cual hablar.

Cuando siguió sin obtener respuesta, Cole supo lo que tenía que hacer. Necesitó sólo unos minutos para ir por sus herramientas y volver a sacar la puerta de sus bisagras.

—Chelsea, sé que estás enfadada, pero esconderte aquí no es. Cole se interrumpió de golpe. Ella no estaba en la habitación. Cole cruzó el cuarto, abrió la puerta del baño, miró a su interior y luego, al darse la vuelta, reparó en la ventana abierta.

Chelsea no estaba escondiéndose en la habitación y tampoco había dormido en ella. ¡Se marchó! Cole palideció. ¿Cuándo? ¿Hacía cuatro horas?

Tuvo que irse a pie, pero aun ritmo constante ya podía haber recorrido diez kilómetros. Estaría llegando al final de la carretera de acceso a la casa de los Tremaine y acercándose a la carretera principal de Babcock, que excepto su kilómetro final, era un viejo camino de grava con apenas espacio para dos coches.

¡Chelsea, se marchó! Cole se quedó sin aliento. El dolor que lo atravesó era tan terrible que por un instante no pudo moverse ni emitir sonido alguno. El la echó y otra vez estaba solo, libre para vivir su vida sin ella. Y ella también estaba sola, en un remoto sendero de montaña, lejos de toda ayuda que pudiera necesitar. Y en pocas horas, ¡se haría de noche!

Al salir de la habitación atisbo su imagen en el espejo de pared. Tenía el mismo aspecto que Chelsea horas antes, cuando él le dijo todas esas cosas que provocaron su huida. Desolado. Destrozado, Perdido y solo.

En el silencio roto sólo por los sonidos del bosque, el ruido procedente de la civilización destacó claro y distinto. El primer pensamiento de Chelsea fue que aquel débil ruido de motor de coche estaba fuera de lugar. Luego se quedó sin aliento.

¡Un coche! Seguramente era Cole. El ruido venía de la dirección de la casa. Chelsea miró su reloj. Llevaba más de cuatro horas caminando y no tenía idea de cuánta distancia había recorrido y cuánta le quedaba aún. Pero sí sabía una cosa. No subiría al coche con Cole Tremaine.

Chelsea se salió del camino y corrió hacia un espeso grupo de árboles a cierta distancia. También había arbustos y hierbas altas. Si se tumbaba, desde la carretera sería invisible. Cautelosa, Chelsea se tiró sobre su estómago, haciendo una mueca al sentir el suelo húmedo y frío.

No había rastro de Chelsea por ninguna parte. Cole detuvo el coche y salió para echar un vistazo. Había árboles y vegetación

hasta donde el ojo alcanzaba. Y Chelsea no aparecía.

Con el corazón angustiado, Cole se llevó las manos a la boca y gritó su nombre. Su voz resonó con fuerza en el silencio, pero no hubo respuesta. Cole volvió a llamarla. Nada.

Chelsea lo oyó débilmente. Con cuidado, levantó la cabeza. No se veía a nadie, ni el coche tampoco. Chelsea supuso que todavía estaba a buena distancia montaña arriba, pero no quiso arriesgarse y se tumbó de nuevo.

—Chelsea, si puedes oírme, por el amor de Dios, ¡respóndeme!

* * *

Cole estaba ronco de tanto gritar. El pánico empezaba a dominarlo. ¿En dónde estaría? Podía haberse hecho daño y estar inconsciente, incapaz de oírlo o demasiado débil para responder. ¡Y podía estar embarazada!

Volvió al coche y recorrió unos kilómetros más; se detuvo y empezó a llamarla de nuevo.

—¡Chelsea, por favor! ¡Dime dónde estás!

Chelsea lo oyó más cerca, pero seguía sin estar al alcance de su vista. «Ahora mismo», murmuró para sí, «para que me encuentres. Me muero por experimentar un poco más de la tortura que me reservas».

—Chelsea, si estás herida quiero ayudarte.

Así que por eso la siguió. Una sonrisa cínica curvó los labios de Chelsea. Cole tenía miedo de que se hiciera daño, y no quería esa responsabilidad. No le importaba haber destrozado su corazón, al contrario, lo disfrutó, pero un daño físico como una torcedura de tobillo, podría hacerlo parecer poco caballeroso. Quizá temía que ella lo demandara ante los tribunales. Como abogado, Cole seguramente no había pasado esas cosas por alto.

Cole caminaba por la carretera lleno de tensión. Si pudiera retroceder sólo cuatro horas en el tiempo y borrar las cosas que había dicho. Si pudiera retroceder cuatro años, al día de la fiesta de compromiso, cuando Chelsea le pidió un poco más de tiempo antes de fijar la fecha de boda.

Esta vez habría escuchado todo lo que ella tuviera que decirle,

todas sus inseguridades, dudas y miedos al matrimonio y al divorcio. Hubiera sido tan comprensivo y paciente, que Chelsea le hablaría de las peleas de sus padres, de su triste niñez y de sus sufrimientos al sentirse un instrumento en las guerras económicas y emocionales de sus padres. Y le habría dado todo el tiempo que necesitaba, que ambos necesitaban, para construir una relación fuerte y duradera.

El la amaba; nunca dejó de amarla. Pero entonces, como ahora, fue demasiado orgulloso, rígido, autoritario y testarudo para reconocer ante ella sus sentimientos.

—¡Chelsea! ¡Te amo! —Gritó con toda la fuerza de sus pulmones —. ¡Por favor, vuelve!

Desde su escondite, Chelsea escuchó su apasionada declaración con una mueca sardónica. La amaba. ¡Ja! ¿En dónde oyó eso antes? ¿Realmente Cole la creía tan estúpida como para creerle de nuevo?

—Chelsea, siento haberte hecho daño. Sé que no me lo merezco, pero por favor dame una oportunidad para recompensarte. Te amo, querida.

Chelsea permaneció rígida y tensa, sin mover un solo músculo. Tragó el nudo que de repente se le formó en la garganta. Estaba horrorizada por lo mucho que deseaba creerlo. Su credulidad y vulnerabilidad respecto a ese hombre la enfurecían. Era tan susceptible a Cole Tremaine, como una persona con insuficiencia inmunológica lo era a los gérmenes.

—Chelsea, sé que debe ser difícil para ti escuchar y creerme.

La voz de Cole, alta y clara, resonó sobre la ladera.

—Pero es cierto. Te amo. Confía en tu intuición y ven, querida.

Chelsea movió la cabeza con incredulidad. Había creído que Cole la amaba cuando él se lo dijo la noche anterior, sus cuerpos todavía unidos, húmedos y ardientes por la intimidad que compartieron. Entonces confió en su intuición, y a la mañana siguiente todo fue muy distinto. Ella lo amaba y Cole la hirió más de lo que nunca hubiera podido imaginar posible. Su intuición femenina era un chiste.

Chelsea siguió tirada, inmóvil, escuchando y esperando. Por fin, Cole dejó de llamarla. Pero aquello no había terminado; todavía no estaba a salvo. Cole había vuelto al coche y Chelsea sintió que se le helaba la sangre en las venas, al oír que se acercaba.

Capítulo 9

Chelsea contuvo el aliento cuando el coche pasó por el camino muy despacio. Cole escudriñaba la zona mientras conducía. Chelsea cerró los ojos y mantuvo la cabeza oculta entre los brazos cuando el coche se acercó. Estaba a pocos metros de la carretera; si se levantaba, se sentaba o hacía un ruido, Cole la descubriría en el acto.

Y no podía permitir que la encontrara; no podía dejar que Cole volviera a llevarla a la casa. Simplemente no habría sido capaz de soportarlo.

Chelsea soltó el aliento despacio al oír el coche alejándose, pero no se movió. Aproximadamente medio kilómetro más abajo, Cole detuvo el coche, salió y empezó a llamarla de nuevo.

—Chelsea, dentro de un par de horas habrá oscurecido. La temperatura bajará. Por favor, cariño, no lo hagas. No hay luces fuera, y oscurece tanto que apenas podrás ver tu propia mano delante de la cara. Y también hace mucho frío. ¡No querrás estar aquí fuera sola, Chelsea!

Ella se estremeció. Cole no pintaba un panorama muy apetecible de las montañas por la noche. Ella nunca fue precisamente una enamorada de la oscuridad, y ya tenía la ropa húmeda de estar tirada en el suelo. Pero aun así no salió de su escondite. Cualquier cosa era preferible a estar con un mentiroso, un desalmado de sangre fría.

Hasta pasar una noche entera a la intemperie.

Después de unos intentos más, Cole se dio por vencido, volvió al

coche, y continuó su camino montaña abajo. Chelsea se sentó frunciendo el ceño, preguntándose qué hacer. El coche ya estaba fuera de su vista, ¿debía seguir andando? ¿O sería demasiado arriesgado?

Chelsea consultó su reloj nerviosa. Ya eran las siete. Aunque los días de verano más largos eran los de junio, no podía esperar tener luz mucho más allá de las nueve, o quizá ni siquiera hasta entonces. Sintió un retortijón de hambre. Y, para colmo, una molesta punzada atravesó su cabeza.

¡Otra jaqueca no! Nunca las había tenido dos días seguidos. Normalmente, pasaban semanas, incluso meses, entre dos ataques. Pero esos últimos dos días no se parecían a nada que hubiera vivido con anterioridad. ¿Se atrevería a tomar las píldoras con el estómago vacío? ¿Y si le daba sueño?

Recordando el potente afecto que tuvieron sobre ella el día anterior, decidió no arriesgarse. Pero tenía que salir de allí cuanto antes. Se levantó y volvió al camino.

Estuvo a punto de echarlo todo a perder una hora después. Oyó el coche de nuevo, acercándose. Cole debía hacer decidido volver sobre sus pasos y subía por la ladera. Chelsea salió del camino a toda prisa y se acurrucó detrás del tronco de un enorme roble. Allí esperó y oyó a Cole llamarla, suplicarle e intentar asustarla.

Añadió algunos peligros nuevos a su lista, junto a la oscuridad y el frío.

—Chelsea, hay animales salvajes por aquí. Osos, zorros, y Dios sabe qué más. También hay serpientes. Y hiedra venenosa.

Chelsea se miró las manos como si esperara ver un horrible sarpullido cubriéndolas. Deseó ferviente no haberse arrojado a un lado de una hiedra venenosa al esconderse de él. Sin embargo, se quedó donde estaba, resistiendo cualquier tentación de salir. Ningún peligro de la naturaleza podía herirla tanto como el hombre al que había amado y en quien confió.

Cole continuó su búsqueda y Chelsea su huida. Caminaba con dificultad por la interminable pista cuando de nuevo el ruido de un coche rompió el silencio de la ladera. Esta vez Chelsea no tuvo tiempo de esconderse; el coche iba de prisa, demasiado aprisa para ese camino lleno de curvas y sin asfaltar.

Cuando el viejo Chevy verde se detuvo a unos meros delante de

ella, Chelsea sintió una mezcla de alivio, asombro y miedo.

—¡Hola, Chelsea! —gritó Miles Rodgers asomándose por la ventana del copiloto—. ¿Quieres dar una vuelta?

—Voy a Babcock —dijo ella acercándose al coche—. ¿Está lejos?

Kieran Kaufman se asomó por la ventanilla del conductor.

—No hay nada en esa ciudad, sólo una tienda y un bar. ¿Quieres que te llevemos a Washington?

—No si siguen empeñados en ese estúpido reportaje —declaró Chelsea severa—. Prefiero ir andando a Babcock y pasar la noche en la estación de autobuses que hacer eso.

—No hay estación de autobuses en Babcock —dijo Kaufman—. En cualquier caso, hemos renunciado a la idea del video. Strickland ha emitido un aburrido comunicado sobre la cancelación de la boda por motivos personales. Pero ahora se rumorea que Seth va a casarse con otra mujer cualquier día de éstos. Se comenta que al parecer se enamoró de ella después de conocerte y que ése fue el motivo por el que se canceló la boda. Si eso es cierto, Chelsea, tú ya no eres noticia.

—Nada me haría más feliz —dijo Chelsea.

Se preguntó si Seth tendría de veras una sustituta o hicieron correr el rumor para salvar la cara. En el fondo le daba igual.

—Entonces, ¿cómo es que huyes de tu novio, Chelsea? —preguntó Miles Rodgers mirándola con curiosidad—. No me refiero a Strickland, sino a Cole Tremaine. Nos lo hemos encontrado hace menos de media hora, llamándote a pleno pulmón, el pobre. Estaba muy asustado, medio loco de preocupación. Sentí lástima de él.

—¿Vieron a Cole? —Preguntó Chelsea—. ¿Hablaron con él?

—El nos paró para preguntarnos si habíamos visto a una mujer pelirroja en la carretera de Babcock —explicó Kaufman—. No nos reconoció. Pero por supuesto nosotros lo conocíamos. Anotamos la matrícula de su auto y la pista nos llevó a Tremaine Inc. Una vez con esa conexión, otras fuentes nos dijeron que tú y Cole estuvieron comprometidos en el pasado. Y que tú lo dejaste, o quizá él te dejó. A veces nuestras fuentes no tienen muy claros los hechos.

—El eufemismo del baño —murmuró Chelsea—. De todos modos, ¿qué están haciendo aquí? ¿Vinieron a buscarme?

—Claro —admitió Miles—. Cuando Kieran y yo escapamos de aquellos tipos de la agencia, decidimos encontrarlos a Cole y a ti y

escribir una historia de interés humano.

—Después de una serie de indagaciones supimos que los Tremaine tenían una casa en las montañas Catoctin —intervino Kieran. —¿Un nidito de amor donde esconderse, pequeña Chelsea?

Chelsea estaba asombrada.

—¿Dónde consiguieron toda esa información?

—Tenemos nuestros métodos y fuentes —repuso Kaufman alegre —. No voy a decirte cuáles son, porque te ofenderías y nos llamarías de todo.

—De todos modos, todavía necesitamos una exclusiva legítima y hasta que descubramos el nombre de la nueva novia de Strickland, todas nuestras esperanzas están en ti, Chelsea —añadió Miles—. Estamos planeando una historia seria, con clase, algo sobre la dureza del amor verdadero, el tuyo y el de Cole. Cómo perduró a pesar de su ruptura y el asunto de Seth Strickland, e incluso esta última pelea con la huida y tu búsqueda a través de las montañas. ¿Qué te parece?

Los ojos de Chelsea se llenaron de lágrimas.

—Tendrán que encontrar otra historia, Miles. Cole no me ama.

Para su desgracia, empezó a llorar sin poder evitarlo.

Kaufman y Rodgers se miraron.

—Claro que sí —dijo Rodgers solícito—. Nosotros lo hemos visto, ¿recuerdas? Sólo un hombre enamorado pierde la cabeza de ese modo por una mujer.

—Te llevaremos con él de buena gana —dijo Kaufman—, si nos dices cómo se llega a su casa, ese escondite remoto para personas huidas del altar. ¿Tienes cinta suficiente, Miles?

—Afirmativo —informó Miles.

—No puedo volver con Cole. Nunca. El no me ama, sólo fingía. Me lo dijo él mismo —dijo Chelsea con voz quebrada—. ¿Me llevan a casa? ¿A mi apartamento en Washington? ¡Por favor!

—Eres un verdadero problema —dijo Kaufman agrio—. Creo que prefiero escribir sobre estrellas de *rock* que aparecen muertas en callejones inmundos, a tus desastrosas aventuras.

—Claro que te llevaremos a casa, Chelsea —intervino Miles Rodgers con suavidad—. De todos modos estoy deseando volver a la ciudad. Odio este aire puro. Mis pulmones no lo soportan.

Chelsea subió al coche. Se tomó sus píldoras para la jaqueca con

un trago de agua que llevaban los reporteros. El dolor amainó, pero no su desesperación. Lloró por el camino hasta llegar a la autopista, lloro cuando se pararon a comer algo en un área de descanso, lloró entre bocados de jamón y queso y tragos de limonada. Lloró un verdadero océano de lágrimas, incapaz de detenerlas.

—Nos vas a inundar —se quejó Kieran Kaufman por fin—. Si estás así por ese tipo, ¿por qué lo dejaste? Y no me molestaré en preguntar cómo te comprometiste con Seth Strickland cuando estabas loca por otro hombre. Hay algunos misterios que desafían la comprensión y explicación humanas.

—Estoy demasiado afectada para hablar de ello —dijo Chelsea sollozando—. Y aunque tuviera ganas de charlar, ustedes son las últimas personas en quienes confiaría. No quiero ver mi vida privada expuesta en el Globe Star Probe acompañada de un titular macabro y fotos trucadas.

—No vamos a escribir tu historia —le aseguró Miles—. No es lo bastante conmovedora, trágica o excitante para nuestros lectores.

—Tendríamos que añadir algo —convino Kieran—. ¿Quizá un toque sobrenatural? Algo como «La madre muerta regresa de la tumba para reprochara su hijo descarriado el haber roto el corazón de una amante» —añadió volviéndose hacia Chelsea—. Si consiguiéramos una fotografía de Marine Tremaine y la sobrepusiéramos sobre su tumba, preferiblemente la suya, podría funcionar.

—¿Cómo sabes el nombre de la madre de Cole? —Preguntó Chelsea—. ¿Cómo sabes que está muerta?

Kaufman se encogió de hombros.

—Soy un buen reportero aunque tenga que trabajar para una basura de periódico. Ayer me dediqué a investigar la historia familiar de los Tremaine. El pequeño Cole no tenía todavía los ocho años cuando su madre murió en un accidente. Deberías haber tomado ese hecho en consideración antes de mezclarte con él, Chelsea. Tener una relación con alguien que perdió a uno de sus progenitores de niño, siempre es arriesgado. Y cuando el muerto es del sexo opuesto, doble riesgo.

—¿Te dedicas a psiquiatra cuando no estás inventando historias para el Probé? —preguntó Chelsea.

—Hablo por experiencia propia, querida. El amor de mi vida

perdió a su padre a los once años. Tenía un complejo de abandono incurable. Asociaba amar a un hombre con ser abandonada, así que cuando creció, ella esperaba que el hombre al que amaba la abandonase.

No dejaba de planearlo, y hasta me echó de su lado para ver satisfechas sus expectativas. Mi psiquiatra me lo explicó todo cuando ella y yo rompimos por última vez.

Kieran movió la cabeza y soltó una risita.

—Sí, llegué a consultar a un psiquiatra, de lo mucho que me afectó el perderla. Eso fue antes de convertirme en un tipo superficial e insensible. Créeme, es más fácil vivir tu vida sin preocupaciones de nadie, ni de nada. Te lo recomiendo.

Chelsea se quedó muy quieta. Nunca hubiera pensado que nada ni nadie remotamente relacionado con el Globe Star Probe pudiera tener alguna importancia en su vida. Pero los comentarios de Kieran Kaufman sobre abandono, sobre preparar la marcha de una persona amada, dieron en el clavo. ¿Acaso Cole no le hizo eso mismo?

Pero quizá se engañaba, decidió triste. Tal vez sólo buscaba razones para evitar asumir la verdad: que Cole no lo amaba.

—Desde luego, ustedes los hijos de divorciados tampoco son un premio —continuó Kaufman en el mismo tono frío e impasible—. Esos sentimientos de impotencia y traición que experimentan los niños cuando sus padres se separan, dejan cicatrices. Pero cuando el conflicto continúa después del divorcio, las cicatrices nunca pueden curarse. Tremaine debería haberse hecho examinar la cabeza antes de relacionarse con una mujer cuyos padres cometieron más secuestros que una banda terrorista de Beirut. No es extraño que hayan tenido una aventura tan tumultuosa. Como pareja, son una verdadera bomba.

—Kaufman, cállate —ordenó Chelsea, pero su expresión era pensativa y ya no lloraba.

Estaba pensando en Cole llamándola en las montañas, en la ansiedad y el pánico que se reflejaba en su voz. En cosas como el abandono, la impotencia y la traición, sobre recuerdos de la infancia de ambos, que pudieran tener influencia sobre el presente.

—¿Podríamos tomar la siguiente salida y buscar un teléfono? —preguntó—. Creo que debo decir a Cole que estoy bien, que no me ha comido ningún oso ni he sucumbido a causa de la hiedra

venenosa.

—Buena idea —aprobó Miles.

—Pero no esperes que te lleve de vuelta a esa montaña dejada de la mano de Dios —gruñó Kaufman—. Si quieres reconciliarte con él, hazlo en la ciudad a su debido tiempo y a tu ritmo.

—No estoy pensando en reconciliarme, sólo pienso que Cole no merece pasarse toda la noche preguntándose dónde estaré.

Chelsea ignoró el impaciente suspiro de exasperación de Kaufman.

Cerca de la siguiente salida encontraron una cabina telefónica frente a una parada de camioneros. Allí, Chelsea recordó que no tenía el número de teléfono de la casa. Su único recurso era llamar a Stefanie e informarle de sus planes. Si Cole llamaba a su hermana, ella le comunicaría las noticias.

—Chelsea, ¿en dónde estás? —exclamó Stefanie antes que Chelsea pudiera decírselo—. Cole ha llamado tres veces preguntando si tenía noticias tuyas. Está muy preocupado. Y tan ronco de gritar en esa montaña que apenas podía oírlo.

Chelsea le aseguró que estaba perfectamente y de camino a casa.

—Oh, yo sabía que estarías bien. Le dije a Cole que mi hermana mayor sabía cuidar de sí misma —dijo Stefanie alegre; luego se aclaró la garganta—. Chelsea, yo… tengo algo que decirte —añadió seriamente—. Había pensado esperar a verte, pero quizá será mejor que lo sepas ahora.

Chelsea oyó a su hermana aspirar profundo.

—¿Qué pasa, Steffie?

—Me voy a casar, Chelsea —dijo Stefanie de prisa—. Pronto, dentro de un par de días, Chelsea, me casaré con Seth Strickland.

Chelsea abrió la boca para hablar. Pero no logró emitir un solo sonido.

—Hablé con él el día que se canceló la boda y, bueno, lo consolé —dijo Stefanie para cubrir el silencio—. Es terriblemente humillante para él y su familia, Chelsea. Sentía lástima de Seth y le pregunté si había algo que pudiera hacer por él.

—¿Y te pidió que te casaras con él? —preguntó Chelsea con voz aguda—. ¡No puedes hacerlo, Stefanie! No lo amas y él no te ama. Ustedes…

—Bueno, desde luego que no —la interrumpió Stefanie fría—.

Pero al contrario que tú, yo no busco el amor en el matrimonio, Chelsea. No creo en ello. ¡En lo que yo creo es en el contrato ventajoso para ambos que Seth y yo hemos redactado y firmado! Algo tan ilusorio y subjetivo como el amor, no tiene sitio en ese documento.

—¡Stefanie, esto es una locura! Puedo entender que Seth quiera salvar su orgullo, y casarse contigo inmediatamente puede ser una buena forma de hacerlo, pero no es posible que este frío acuerdo pueda beneficiarte a ti de ninguna manera.

—¡Chelsea, va a beneficiarme de todas las maneras! En cuanto firmé el contrato, se depositó en mi cuenta un cuarto de millón de dólares. Nunca me atreví a soñar con tanto dinero. Chelsea, ¡soy rica! ¡Lo que siempre he deseado!

Chelsea pensó en la dura infancia que compartieron y en los sueños de su hermana de crecer y hacerse rica.

—¡Oh, Stefanie! —exclamó Chelsea.

—¡Chelsea, soy feliz! —Insistió Stefanie—. ¡Por primera vez en mi vida soy realmente feliz! Odiaba la clase de vida que tuvimos de pequeñas, siempre preocupadas por el dinero. Y odiaba cuando en los momentos más apurados teníamos que congraciarnos con papá porque era él quien lo tenía. Era terrible.

—Claro que lo era, Stefanie, pero eso pertenece al pasado. Hiciste una carrera para tener un buen trabajo y ser independiente. Lo conseguiste. ¡Y ahora lo eres!

—Obtuve mi título y ahora tengo un trabajo aburrido que me da para vivir, pero que nunca me hará rica. Lo que me gustaría de verdad es dedicarme a la fotografía, pero no soy lo bastante buena para vivir de ello. Mi vida era una rutina desesperante hasta que tú cancelaste la boda y Seth me propuso convertirme en una Strickland.

Stefanie tomó aliento y continuó emocionada.

—¡Yo, una Strickland! ¡Piensa en los vestidos nuevos, las fiestas y los viajes! Nunca he estado en ninguna parte, Chelsea. ¡Ahora Seth quiere que viajemos por todo el mundo! Y apuesto que alguna editorial me ofrecerá un contrato para publicar mis fotografías, algo que nunca ocurriría sin el nombre Strickland. Mi nuevo nombre… Stefanie Strickland. Suena bien, ¿verdad, Chelsea?

Mientras escuchaba el parloteo de Stefanie, Chelsea no

encontraba las sabias palabras que como hermana mayor debía emplear para disuadir a su hermana de cometer esa estupidez.

—Si te casas por dinero, al final lo pagarás —dijo por fin sin mucha brillantez.

—Casarse por dinero es más seguro que casarse por amor —replicó Stefanie—. Mira a mamá y papá. Cuando se casaron decían que estaban locamente enamorados.

Chelsea intentó disuadirla pero Stefanie la refutaba una y otra vez, hasta que Kieran Kaufman hizo sonar el claxon.

—No vamos a pasar la noche aquí —gritó—. Sube al coche.

Chelsea colgó y volvió al coche.

—Sé quién es la nueva novia de Seth Strickland —dijo consciente de que lo que se proponía era diabólico, pero sabiendo igualmente que las situaciones desesperadas exigían tácticas poco ortodoxas—. Si les digo su nombre y dirección, ¿me prometen ir directamente a su apartamento y sacarle una entrevista aunque sea a la fuerza?

—¡Preciosa, puedes estar segura! —exclamó Miles.

Chelsea les dio el nombre y dirección de Stefanie.

—Espero que después de conocerlos a ustedes, Stefanie descubra que la fama tiene una cara oscura —dijo Chelsea con tristeza—. Cuento con que le saquen algo escandaloso e indiscreto que haga que los Strickland decidan que después de todo este matrimonio tampoco es una buena idea. Si alguien puede conseguirlo, son ustedes.

—Apreciamos la fe que tienes en nosotros, pero esta entrevista se hará con gusto y clase —repuso Kieran—. Es nuestra gran oportunidad, ¿recuerdas? Nuestra oportunidad de salir del agujero. No vamos a desperdiciarla, y nos aseguraremos de que tu hermana tampoco.

Chelsea no perdió la esperanza. Gusto y clase no eran precisamente las señas distintivas del Globe Star Probe y Kaufman y Rodgers eran los mejores reporteros del periódico sensacionalista.

Dejaron a Chelsea en el estacionamiento de su edificio y desaparecieron en la noche. Tenían trabajo entre manos y ella ya no era noticia.

Mientras se dirigía a la puerta de su edificio, vio su coche en su sitio habitual con la rueda nueva. Una vez más, sintió el picor de las

lágrimas tras los párpados. Cole cumplió su promesa y devolvió su coche. Eso no la sorprendió; él era un hombre digno de confianza, un hombre de acción, un hombre de palabra.

Excepto cuando se trataba de amor. Chelsea tragó saliva y levantó la barbilla con determinación. No lloraría; tenía que controlarse.

Revolviendo su bolso, sacó las llaves y entró en el apartamento a oscuras. Mientras sus ojos se adaptaban a la nueva situación, se acercó a la lámpara más próxima, sobre una mesa junto al sofá.

Antes de alcanzarla, oyó un «click», y tuvo que parpadear cuando la habitación se iluminó. Chelsea dio un respingo y ahogó un grito. Cole estaba sentado en el sofá con aspecto cansado y desaliñado.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado? ¿Cómo has llegado antes que yo?

—En cuanto Stefanie me dijo que venías hacia acá, hice que el avión de la compañía me recogiera en el aeródromo que hay a unos kilómetros al este de Babcock —dijo Cole con voz ronca—. Es un vuelo corto —añadió encogiéndose de hombros—. Tuve tiempo de ir a casa de Stefanie por la llave que le diste y venir. Te he estado esperando. Ella me dijo que la llamaste y tenía que verte.

—¿Por qué? —preguntó con frialdad.

Aquello era demasiado, tenerlo allí delante después de haber pasado horas llorando su pérdida. Estaba cansada de la tensión emocional que soportaba desde hacía días. Las palabras de Stefanie de pronto resonaron en sus oídos. «No quiero perder la cabeza o el corazón por nadie». Quizá después de todo su hermana menor tenía razón.

—Hoy mismo, en el estanque, me dijiste que no volviera a dejarte marchar —dijo Cole despacio. Chelsea se ruborizó.

—Los dos dijimos muchas cosas que no sentíamos.

—Tú no. Tú dijiste que me amabas y es cierto. Me pediste que no volviera a dejarte marchar y no lo haré. Vamos a construir algo juntos otra vez, Chelsea. Y esta vez terminará en matrimonio.

—¿Cómo? —soltó ella—. ¿Acaso no recuerdas que no vas a proponerme matrimonio nunca más? Y desde luego no seré yo quien lo haga. Ni siquiera quiero oír la palabra «matrimonio». ¡Ha sido la culpa de todo! Tú, yo, Seth, Stefanie…

Chelsea se interrumpió. Ahora que Cole estaba allí, no podía callarse las terribles noticias.

—Stefanie va a casarse con Seth Strickland. Por su dinero y porque es el hijo del presidente. Han firmado una especie de contrato prematrimonial y estoy muy preocupada por ella.

Una sonrisa pensativa curvó los labios de Cole.

—Así que por eso Stefanie fue tan amable conmigo… quiere asegurarse de que desapareces del terreno definitivamente para poder consolidar sus posibilidades con Strickland. Parece que por fin la pequeña buscadora de oro ha encontrado una buena veta. Debe estar eufórica.

—¡Eso es intolerable! —Exclamó Chelsea—. Pensé que te gustaba Stefanie.

—Me gusta. Siempre me ha gustado. Pero eso no me impide ver lo que se propone. ¿Recuerdas como hace cuatro años me perseguía para que le organizara algo con Tyler o Nathaniel?

—Pensaba que sería divertido salir los cuatro juntos —dijo Chelsea—. Tus hermanos pensaban que era demasiado joven para ellos y no la llamaban nunca.

—Pero no porque fuera demasiado joven. Eso era una excusa cortés. Ninguno de mis dos hermanos tendría reparas en salir con una pequeña rubia tan sensual como Stefanie, entonces o ahora, pero ella es una cazafortunas y se le nota. Cuando se trata de dinero, es como un contador Geiger cerca de un depósito de uranio. Mis hermanos y yo aprendimos pronto cómo identificar a las mujeres más interesadas por nuestras cuentas bancarias que por nosotros.

—No estoy dispuesta a escuchar cómo un hipócrita de tu calaña calumnia a mi hermana menor. Quiero que te marches ahora mismo, Cole Tremaine.

Cole no se movió.

—No estaba calumniando a Stefanie. Solo no quería que te preocuparas por ella. Esa chica sabe cuidar de sí misma.

—¡Fuera! —gritó Chelsea escandalizada.

—Antes de irme, ¿me dirás quién te trajo esta noche? ¿Y… si me oíste llamarte en la ladera esta tarde?

—Te oí. Y tuve cuidado de seguir escondida. Después de las siete, Kaufman y Rodgers, del Globe Star Probe, pasaron por allí y

se ofrecieron a traerme a la ciudad. Acepté. Ahora vete.

—No antes de decirte que todo lo que dije en la montaña es cierto, Chelsea. Siento haberte herido y quiero otra oportunidad. Te amo y nunca he dejado de amarte.

Chelsea lo miró con amargura.

—Cole, hace cuatro años me dijiste que me amabas, pero cuando yo no quise casarme en la fecha que tú exigías, me dejaste. Durante cuatro años enteros no he tenido noticias tuyas, aunque tú estabas muy ocupado saboteando la revista en la que trabajo para castigarme. Cuando estuvimos en las montañas, me permití creer que realmente me amabas. Después, me miraste a los ojos y me dijiste la frase de rigor: «Te amo». Luego lo negaste. Ahora me estás diciendo otra vez que me amas.

Chelsea se dejó caer en el sillón frente al sofá y clavó los ojos en el suelo.

—No quiero oírlo, Cole. No te creo. Entre nosotros todo ha acabado y está bien, porque como pareja somos un desastre.

Chelsea esperó, tensa y expectante, su respuesta. Sabía muy bien que cuando. Cole Tremaine se proponía algo, era como un cohete dirigido, avanzando implacable hacia su objetivo. No soportaba que nada ni nadie intentase desviarlo de su camino. Chelsea vio que apretaba los dientes y temió que Cole perdiera los estribos.

—Lo nuestro no ha sido fácil —dijo con calma—. Algunas parejas se conocen, se enamoran y se casan sin problemas, crisis o conflictos. Nosotros hemos seguido un curso diferente, pero…

—La dureza del amor verdadero —le cortó Chelsea burlona—. Kaufman y Rodgers querían escribir una historia sobre nosotros, pero al final pensaron que no era adecuada para sus lectores.

—Se los agradezco —dijo Cole acercándose a Chelsea y pasándole una mano tras la nuca—. Sé que esta noche no es un buen momento para hablar de nuestro futuro, Chelsea. Estás cansada y herida. Pero quiero que sepas que siento mucho lo que ha pasado hoy. Cuando descubrí que me habías dejado, que preferías arriesgarte a pasar la noche en la montaña antes que volver a mi lado…

Cole se detuvo y tomó aliento. Chelsea lo miró con desconfianza. El rostro de él reflejaba una inmensa tristeza.

—Fue todo culpa mía y tengo que pagar el precio de mi propia

estupidez. Pero eso no significa que vaya a renunciar, Chelsea. Porque sé que tras tu furia y tu dolor, me amas. Y cuando decidas que ya he sufrido bastante, lo admitirás tú misma. Y entonces por fin podremos estar juntos.

Mientras hablaba, su mano acariciaba la nuca de Chelsea, y ésta sintió un escalofrío. En seguida se puso de pie y se apartó de él.

—No funcionará. Esta vez no vas a nublarme el juicio con el sexo.

—No trataba de hacerlo —repuso él—. Has sido tú quien ha respondido de ese modo. Así es lo que hay entre nosotros. Lo único que tengo que hacer es tocarte y tú respondes. A mí me pasa lo mismo.

—¡No voy a acostarme contigo. Cole! —Exclamó Chelsea—. El sexo es otra de las cosas a las que he decidido renunciar. Actualmente ocupa el primer puesto en la lista de cosas a evitar junto con el matrimonio.

—Podría abrazarte y en diez minutos estaríamos en la cama —dijo Cole con voz ronca.

Chelsea luchó contra sus instintos. Era fundamental que le demostrara que no estaba a sus órdenes, ni sexual ni emocionalmente ni de ninguna otra forma. Que había veces que era ella la dueña de la situación. Pero podía sentir que Cole necesitaba hacer exactamente lo mismo. Chelsea se preparó para resistir, segura de que Cole intentaría ejercer su poder para hacerla cambiar de opinión.

—Me deseas, Chelsea —dijo Cole poniéndole las manos sobre los hombros y empezando a atraerla—. No me rechaces, querida, no luches contigo misma. Nos entendemos tan bien. Nos pertenecemos el uno al otro, cariño.

Chelsea se prometió que no sucumbiría. No volvería a rendirse. ¡No podía!

—No quiero esto, Cole —dijo con voz ronca y temblorosa—. Quiero que te vayas. Necesito estar sola esta noche.

Cole retiró las manos de sus hombros. Luego suspiró.

—He hecho muchas estupideces en el pasado, pero eso no significa que sea tonto. Me ha costado tiempo, pero por fin empiezo a aprender de mis errores. Esta noche no voy a seducirte, Chelsea, por mucho que lo desee.

Se inclinó y depositó un beso en su frente.

—Sólo una cosa más, Chelsea. «Te amo». No es un estribillo manido y nunca lo ha sido. Yo he sido el estúpido, pensando en que podía separar el amor del sexo, negando mis verdaderos sentimientos hacia ti. Te amo, Chelsea, y acompañaré esas palabras con actos para demostrártelo. No volveré a perderte.

Se dio la vuelta y salió del apartamento a toda velocidad.

Durante varios segundos, Chelsea permaneció mirando con asombro la puerta cerrada. No podía comprenderlo. Le pidió que se marchara, y aunque Cole no quería, se fue. Le pidió que no le hiciera el amor, y aunque Cole la deseaba y sabía que el deseo era recíproco, accedió a sus deseos.

No encajaba con el Cole Tremaine que ella conocía, el hombre dominante, agresivo y ganador. ¿Estaría jugando a un nuevo y peligroso juego de manipulación?

Quizá, después de todo, no la deseaba tanto. Chelsea trató de ignorar el dolor que acompañó a esa idea.

Le resultaba difícil creer en la otra posibilidad: que Cole estuviera dispuesto a renunciar el control absoluto de su relación, para empezar a tener en cuenta sus necesidades y opiniones. Que él le hubiera cedido el poder aunque eso significara renunciar a la victoria que tenía segura. Que estuviera dispuesto a probar con sus actos que la amaba.

Capítulo 10

El desayuno está listo. Chelsea se despertó en el acto y sus ojos descubrieron a Cole, de pie junto a su cama. Llevaba su traje de ejecutivo gris, camisa blanca y corbata de seda. Era una imagen incongruente en su dormitorio violeta y crema.

—Recién hecho en el
MacDonald's
de la esquina —agregó Cole ofreciéndole la bandeja—. Quería devolverte el favor y servirte un delicioso desayuno casero en la cama, pero tienes la nevera prácticamente vacía y no tenía tiempo para ir de compras.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Chelsea con voz llena de sueño.

Miró el reloj de la mesilla. Eran las nueve pasadas. Entonces reparó en su desnudez y se subió la sábana hasta la barbilla. Después de la marcha de Cole, se encontraba tan cansada física y emocionalmente que, después de desnudarse y meterse en la cama, se quedó profundamente dormida. No esperaba ser despertada por Cole Tremaine en su dormitorio.

Cole colocó la bandeja sobre la mesilla.

—Me guardé la llave de Stefanie. Pareces cansada. ¿Por qué no tomas el desayuno ahora que está caliente y vuelves a dormirte?

Ella sacudió la cabeza.

—Hoy tengo que trabajar. Iré en cuanto me duche y me vista.

—Supongo que rechazarías mi ofrecimiento de ayudarte en esas tareas, ¿verdad? —dijo Cole en voz baja, con la mirada fija en la

silueta del cuerpo de Chelsea bajo la sábana.

Chelsea se puso nerviosa. ¿Sabría Cole que estaba desnuda?

—Sí, lo rechazaría —respondió inquieta.

—Si me dices dónde está tu bata, te la traeré. La necesitarás; es difícil sostener la sábana y comer al mismo tiempo.

Chelsea se sonrojó. ¡Lo sabía! Hubo otro momento tenso cuando Cole le entregó la ligera bata de verano.

—Si me permites… quiero ponérmela —le indicó Chelsea, seca.

Después de todas las intimidades que ella y Cole compartieron, su exigencia sonaba ridícula. Pero vestirse delante de él en ese momento le parecía una alternativa imposible.

Cole apretó los labios y se dio la vuelta.

—¿Tengo que prometerte que no miraré?

—¡Sí!

Chelsea se puso la bata y aún estaba anudándosela, cuando Cole se dio la vuelta con los ojos brillantes.

Su presencia la ponía nerviosa, advirtió Cole. Un buen signo, muy bueno. La noche anterior, Chelsea estaba exhausta e inalcanzable, y eso lo alarmó más que tener que soportar la hostilidad. Ahora ella era consciente de su presencia y la tensión sexual volvía a existir entre ellos, tan notoria como siempre.

Cole le acercó la bandeja con el café y los bollos. En ese momento, Chelsea recordó que no había comido desde hacía horas.

No había hecho más que empezar, cuando sonó el timbre de la puerta.

—Yo iré. Tú sigue comiendo —dijo Cole y salió de la habitación.

Minutos después estaba de vuelta con cuatro cajas blancas alargadas adornadas con vistosos lazos.

—Para ti —dijo dejándolas sobre la cama.

—Flores —dijo Chelsea mirándolo a los ojos—. Rosas. De tu parte.

Chelsea lo sabía antes de abrir la primera caja.

—¿Soy tan previsible? —se quejó Cole.

—Siempre me enviabas rosas de esta floristería.

Chelsea desató el lazo, abrió la caja y miró la docena de rosas rojas que contenía. Había un pequeño sobre y lo abrió con cierto nerviosismo. «Te amo», decía la tarjeta manuscrita.

—Ah, la fórmula mágica para una noche de pasión.

Chelsea trató de hablar con frialdad, pero al hacerlo, la voz le tembló. Incluso a sus oídos su tono sonó herido y vulnerable.

—No.

Cole le tomó una mano y se llevó la palma a los labios.

—No, cariño, no es eso.

Chelsea retiró la mano y abrió las otras cajas. Todas contenían lo mismo: las rosas y la tarjeta manuscrita.

—Cuatro. Una por cada año que hemos estado separados —murmuró Chelsea comprendiendo.

El asintió.

—Gracias, Cole. Son preciosas. Podré poner al menos una docena en el jarrón especial para rosas que me compraste hace cuatro años.

—¿Todavía lo tienes?

—Claro que lo tengo —repuso Chelsea—. Lo guardo como un tesoro.

Cole pareció complacido.

—Bien. Haré que hoy mismo te traigan otros tres.

—¡No, no! No quiero que me rodees de regalos caros, Cole. No quiero las obligaciones que conllevan.

—No hay ninguna obligación, Chelsea. Quiero regalarte cosas. No olvides que estoy tratando de conquistarte de nuevo.

—Cole, anoche yo…

—Aunque será un cortejo poco corriente —la interrumpió él—. Porque voy a darte todo el tiempo y el espacio que necesites para estar segura de mí, Chelsea. Esta vez serás tú quien dicte las normas.

—Cole, anoche dije que todo había terminado y…

—Excepto ésa —le interrumpió Cole de nuevo—. Ésa es la única norma que no te dejaré dictar, Chelsea. Entre nosotros nunca acabará nada.

—Bien, mi reinado no duró mucho —dijo Chelsea sonriendo a pesar de sí misma—. Casi cinco segundos. Parece que has vuelto a tomar el mando.

—No he olvidado cómo te abrazaste a mí y me dijiste que no volviera a dejarte marchar —dijo Cole con suavidad, y sus ojos brillaron con intensidad—. No lo haré, Chelsea. Hazte a la idea.

Chelsea apretó los dientes ante su arrogancia. Estaba a punto de

decirle lo que pensaba de él, cuando Cole la tomó en sus brazos y la besó en la boca.

Su autocontrol, nunca perfecto cuando estaba con Cole, le falló por completo. La boca de Cole movía ávida sobre la suya, profundizando el beso con desenfrenada pasión. Chelsea gimió y le pasó los brazos al cuello, adaptándose a él, temblando de deseo.

Sintió el calor de su cuerpo, odió el intoxicante aroma de la piel de Cole. Sus pezones se endurecieron anhelando el contacto de sus palmas y su boca y en su ser se encendió un fuego abrasador.

Cole habló sin separar la boca de sus labios:

—Chelsea, te prometí que no volvería a acosarte, que dejaría que tú establecieras los límites que consideres necesarios. Pero párame ahora si es que vas a hacerlo, porque si no, pasáremos el resto del día en la cama. Y por un momento Chelsea permaneció inmóvil. Se sentía débil y excitada. Nada deseaba más que hacer el amor con él. Quería dejarse llevar, no pensar, no tomar decisiones razonables, no asumir responsabilidades…

Pero Cole le había dado el poder de hacer su elección, de asumir el control de la situación. Vagamente, recordó haber anhelado ese poder. Cole seguía abrazándola, sin hacer más intentos de excitarla. Despacio la cabeza dejó de darle vueltas, pero su cuerpo seguía lleno de una pasión insatisfecha que rápido se convirtió en frustración y enojo.

¿Por qué Cole tenía que decidir portarse bien con ella precisamente en ese momento?, se preguntó irritada. De cierto modo, él seguía dictando las hormas porque sólo su autocontrol le dio la oportunidad de tomar una decisión; el suyo era inexistente y ambos lo sabían. Era una admisión humillante.

Chelsea se separó de él. El sentido común le decía que sería un error acostarse con Cole con tantas cosas pendientes entre ellos. La joven exhaló un suspiro en el que se mezclaban la resignación y el arrepentimiento.

—No vas a dejar que el sexo nuble tu juicio, ¿verdad? —preguntó Cole despacio.

—Ya sabemos que nos entendemos sexualmente, pero una relación no puede basarse sólo en el sexo. No podemos pasarnos la vida en la cama, tiene que haber algo más. Respeto mutuo y confianza y…

—Amor —concluyó él—. Eso lo tenemos, Chelsea —añadió sosteniendo su mirada—. Y el respeto también. Quizá necesitamos un poco más de empeño en cuanto a la confianza, pero también lo conseguiremos, cariño.

Cole levantó una mano y acarició su mejilla.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Chelsea.

Cole nunca tenía dudas ni inseguridades; nunca perdía el tiempo dudando. Cuando deseaba algo iba tras ello, mientras que ella…

Chelsea volvió a suspirar. No hacía más que vacilar, y se estaba volviendo loca. Quizá era debido a que creció entre dos personas que se odiaban. Ella los quería a ambos y pasó su infancia rebotando de un lado a otro.

—Creo que estamos haciendo progresos, Chelsea —dijo Cole sonriendo—. En vez de decirme lo cabezota e intratable que soy, me estás preguntando cómo puedo estar seguro. Déjame mostrarte por qué lo estoy. Cena conmigo esta noche.

Chelsea lo pensó. Cole la llevaría a algún restaurante lujoso y caro de ambiente romántico, con buen vino y magnífica comida. Estaría encantador y atento y cuando la abrazara al final de la velada, Chelsea estaría bajo su hechizo y no sería capaz de reunir la fuerza de voluntad para decirle que no, ni siquiera si él le daba la oportunidad de considerarlo. Lo amaba demasiado, lo deseaba demasiado.

Chelsea levantó la barbilla y apretó los labios. Eso nada tenía que ver con recuperar la confianza. Y… ella no había llegado a perdonarle las cosas que le dijo el día anterior. Si era honesta consigo, debía reconocer que una parte de ella todavía quería castigarlo un poco más. No quería ponerle las cosas demasiado fáciles.

Así que mejor sería decir que no mientras todavía pudiera. Cuadró los hombros y levantó la barbilla con determinación.

—No, gracias, Cole. Yo… tengo cosas que hacer esta noche.

—Mmm… Estoy seguro que tienes una agenda muy apretada. Lavarte el pelo, arreglar la ropa, preocuparte por Stefanie. Y no olvidemos tu prioridad en este momento, castigar a Cole Tremaine. Ponerlo al límite. Sin duda eso figura en el primer lugar de tu lista.

—Espera un momento a ver si lo entiendo. Vas a darme el tiempo y el espacio que necesito, vas a dejarme poner los límites,

pero cada vez que intente hacerlo, vas a hacer una rabieta.

—Yo no hago rabietas —dijo Cole altanero—. Simplemente estoy… decepcionado al saber que no te voy a ver esta noche.

Chelsea reprimió una sonrisa. Ver a Cole Tremaine intentando el arte del compromiso, era poco frecuente. Pero Chelsea tampoco quería imponer su criterio.

—A lo mejor podrías llamarme por teléfono esta tarde —sugirió dudosa.

—Lo haré —dijo Cole sonriendo breve, y luego miró su reloj—. Dentro de una hora tengo una reunión. Será mejor que vaya a la oficina, Chelsea.

Cole se inclinó, la besó con precipitación y salió del apartamento.

Una reunión. Chelsea frunció el ceño. Recordó que Cole dijo algo sobre pasar el día en la cama. Entonces no mencionó ninguna reunión. ¿La habría cancelado si ella hubiera sucumbido a sus encantos? ¿O la reunión era sólo una excusa para dejarla al ver que ella no estaba dispuesta a acostarse con él?

Chelsea pensó en lo que Cole comentó, que aún debían trabajar para conseguir confianza mutua. Desde luego, la confianza no crecería si ella seguía atribuyendo oscuras intenciones a sus actos. Debía valorar sus palabras de manera objetiva, sin presuponer que Cole trataba de manipularla. Si quería que las cosas funcionaran entre ellos…

¿A quién trataba de engañar? Claro que quería que todo funcionara. Quería un final feliz para su historia. Eso significaba que no debía dudar más de él, sino creer en lo que Cole le dijera. Desde el «Te amo», hasta «Tengo una reunión».

Seguramente no era fácil, pero como Cole señaló, esa relación suya nunca lo fue. Quizá era mejor así. Con sus pasados, los dos necesitaban aprender desde el principio que el amor con frecuencia es difícil, pero que podía sobrevivir si las dos partes se querían lo suficiente, y confiaban uno en el otro.

La reacción del personal de Capítol Scene ante la aparición de Chelsea un poco más tarde ese mismo día, fue desde el asombro a la incomodidad, con un poco de azoramiento por ambas partes. La última vez que la vieron fue en la fiesta de despedida de soltera que hicieron en la empresa.

Pero todo el mundo dominó su curiosidad y se evitó el tema. Todo el mundo, menos una persona. Al Donovan, el director de la revista y quien le preguntó directo.

—¿Qué demonios ha pasado, Chelsea?

Ella tragó saliva, se encogió de hombros y trató de parecer despreocupada.

—Simplemente no funcionó, Al. No podía ser.

—Ya. ¿Quién dejó a quién? —preguntó brusco.

Chelsea hizo una mueca.

—¿Creerías que fue… una decisión de los dos?

—No. He oído rumores de que Strickland está a punto de escaparse con otra mujer. Que está realmente enamorado de esta chica nueva y quiere casarse de inmediato, sin toda la parafernalia de la «primera boda».

«¿Parafernalia de la primera boda?». Chelsea casi se echó a reír. ¡Como si no fuera todo cosa de los Strickland! Pero saber que la «chica nueva» de Seth era su pobre hermana, fue razón más que suficiente para eliminar sus ganas de reír.

—¿Vas a escribir una historia exclusiva para nosotros, Chelsea? —preguntó Al esperanzado.

—Al, ¿sabes que tienes un hermano gemelo trabajando en el Globe Star Probe? —preguntó Chelsea—. Se llama Kaufman y tienen que conocerse pronto. Hay mucho en común entre ustedes.

Al frunció el ceño.

—Bien, como has vuelto y no estás trabajando en nada específico por el momento, puedes ayudar a Mark Masloff en las críticas cinematográficas. Con los estrenos de verano, está un poco atrasado.

Ésa era la venganza de Al por su chiste del Globe Star Probe. Masloff, el crítico de cine de la revista, guardaba celoso su terreno, y sólo dejaba las peores películas a los demás.

Chelsea habló con su compañero, que le asignó una película para la cual el calificativo de abominable se quedaba corto, y salió a ver la exhibición de la una. De vuelta a la redacción, llevaba un rato trabajando sobre Terror en el Baile, Continuación, cuando sonó el teléfono.

—¿A cuántos han descuartizado en la Continuación? —preguntó la alegre voz de Cole.

—Perdí la cuenta, pero una cosa está clara; si hay un Terror en el Baile, Tercera Parte, no seré yo quien lo comente.

—Llamé hace un rato y me dijeron que habías salido con ese encargo. Chelsea, sobre esta noche… sé que estás ocupada…

Hubo una pausa. Cole esperó a que Chelsea le dijera que había cambiado de opinión y que cenaría con él. Chelsea esperó a que él insistiera en hacerla cambiar de opinión para que cenara con él.

El silencio prevaleció a ambos lados de la línea.

Cole habló primero.

—Ya que tienes planes para esta noche, estoy seguro de que no te importaría que yo me haga los míos.

—Claro que no —dijo Chelsea animada—. Somos dos adultos independientes, Cole. No hay razón para que tengamos que contarnos lo que hacemos o pedirnos permiso.

—Yo sí quiero que me cuentes lo que haces, cariño. Quiero saber dónde estás y con quién. También me gustaría que tú tuvieras la misma información sobre mí.

Posesivo, pero razonable, decidió Chelsea. Aquello le gustaba. Especialmente porque ella sentía lo mismo.

—Voy a pasar la noche en mi apartamento, Cole. Quiero terminar con esta reseña y llamar a Stefanie, hacer unas llamadas más para explicar a algunos amigos por qué no estoy de luna de miel y luego acostarme pronto. Estoy muy cansada. Anoche dormí menos de cinco horas.

—¿Y supones que no dormirás mucho si duermes conmigo?

Chelsea se ruborizó.

—Yo…

—Reconozco que a veces soy muy obstinado. Pero tú también, cariño.

Chelsea bufó y Cole rió.

—Y no es muy correcto que me burle de ti por teléfono, ¿verdad, preciosa? Te imagino sentada a tu mesa, sonrojándote, mientras intentas fingir que esto es una llamada profesional.

—Eres malvado, Cole —dijo Chelsea en voz baja.

El volvió a reír.

—Chelsea, esta noche cenaré en Las Cuatro Estaciones, con Carling Templeton, sus padres, y unos amigos suyos de Texas.

Los dedos de Chelsea se helaron sobre el auricular.

—¿Qué?

¿Es que no se daba cuenta de que su castigo era verse privado de su compañía esa noche? Eso no incluía compañía alternativa.

—Carling me llamó esta tarde y me preguntó si podía acompañarle. Sus padres atienden a dos parejas, viejos amigos suyos, y ella necesitaba un compañero.

—¿Y le dijiste que irías?

Los actos de Cole olían a traición, y los celos la abrasaban. ¿Malvado? No exactamente. Su cita con Carling lo convertía en un auténtico villano.

—Le dije a Carling que consultaría mi agenda y luego la llamaría —continuó Cole—. Pero ya que tú y yo no vamos a hacer nada, la acompañaré. El restaurante me gusta y los Templeton también.

Desde su punto de vista, realmente no había ninguna razón para no ir, y la parte radical de Chelsea lo aceptaba. Pero la parte emocional, posesiva y apasionada, se retorcía desesperada. Cole podía pensar que su relación con Carling Templeton era meramente utilitaria, pero Chelsea no podía creer que la sofisticada hija del senador no estuviera intentando atraparlo en sus redes y esa historia de su padre intentando casarla con un ranchero le sonaba a cuento. Todo era un plan para atrapar a Cole.

«¡Cole es mío!», gritó con fuerza silenciosa. No quería que cenara con otra mujer bajo ningún concepto, y menos con una tan bonita y encantadora como Carling Templeton. Pero lo peor era que él acababa de admitir que quería ir.

—¿Qué tipo de conquista o cortejo es éste?

Horrorizada, Chelsea se oyó a sí misma haciendo la pregunta. Pero una vez lanzada, no pudo parar.

—¿Vas a salir con otra mujer mientras yo…?

—Chelsea, tú me dijiste que no querías verme esta noche —la interrumpió Cole con irritante paciencia.

—¿Así que tienes que irte de juerga con ella? ¿Es esencial para ti pasar todas las noches con una mujer, con cualquier mujer? ¿Es que no puedes quedarte en casa? ¡Solo! ¿No tienes llamadas que hacer o correspondencia que poner al día o ropa que lavar?

—No. Tengo gente que se ocupa de todo eso —dijo Cole; por su tono, sonreía ampliamente—. Chelsea, si no quieres que cene con Carling y los demás, sólo tienes que decirlo. Si te molesta, no iré.

Chelsea se preguntó si Cole no le estaba diciendo justo lo que ella deseaba oír. La respuesta fue un sonoro «no».

—¡Tú quieres ir! —lo acusó—. Te gusta Carling, los Templeton y Las Cuatro Estaciones. Lo admitiste.

—Eso era cierto. Pero si no quieres que vaya, no iré. Llamaré a Carling y le diré que no puedo.

—¡No!

Chelsea sabía que era irracional. Cole tenía la facultad de convertirla en una lunática rabiosa. Pero hizo un último esfuerzo por ocultar su irracionalidad.

—No tienes ninguna razón para no ir. Yo estoy ocupada y somos dos adultos independientes, libres de hacer lo que queramos —dijo apretando los dientes; que fuera cierto no quería decir que le gustara—. Espero que te diviertas.

—Confías en mí, ¿no, Chelsea? —preguntó Cole con un tono bajo e intenso—. Sabes que no tengo interés sexual en Carling. Tú eres la única mujer a la que quiero. Si tienes alguna duda sobre eso, si el que vaya a cenar con Carling despierta tu desconfianza, no iré.

Chelsea se sintió acorralada. Lo extraño era que estaba segura de que Cole no terminaría la velada en la cama de Carling. Pero ¿cómo podía decirle que sólo imaginarlo compartiendo mesa con aquella rubia la sacaba de quicio? Porque Cole le pertenecía, tanto como ella le pertenecía a él. A pesar de las heridas y malentendidos del pasado, estaba dispuesta a comprometerse con él de nuevo. También estaba preparada para dejar de castigarlo por lo que le hizo en las montañas. Quizá él trataba de hacerla pagar la ruptura de cuatro años atrás.

Sin embargo, todo eso había pasado. Cole admitió que al castigarla se estaba castigando él también. Si Cole la echó, igualmente volvió a buscarla, decidido a recuperarla. Era hora de olvidar el pasado y avanzar.

—Cariño, tengo una llamada por la otra línea —dijo Cole con un tono repentinamente profesional—. Te llamaré mañana.

Cole colgó y Chelsea se quedó mirando el receptor. No tuvo oportunidad de hablarle de su nuevo descubrimiento.

Chelsea tuvo la tentación de llamarlo de nuevo, para decirle que lo reclamaba para esa noche y para el resto de las noches en lo sucesivo. Pero Al llamó a una reunión a todo el personal y Chelsea

tuvo que ir.

—Antes de empezar, tenemos una buena noticia —dijo Al, al abrir la reunión—. La cadena de farmacias Tremaine ha pedido la distribución de Capitol Scene en todas sus tiendas. También quieren la revista en sus librerías. No sólo en Washington, ¡sino en todo el país!

Hubo un aplauso espontáneo de todos en la sala de conferencias.

—Nunca supe por qué nos vetaron en las tiendas de Tremaine Inc. —continuó Al, moviendo la cabeza—. Pero razones aparte, hemos vuelto a ser aceptados y no tengo que decirles lo que eso supone para nuestra revista.

Chelsea no dudó un momento que Cole era el responsable de esa decisión. Comprendió el mensaje que le enviaba: apoyaba su carrera y haría lo que estuviera de su mano para ayudarla. Capitol Scene ya no era su enemigo, ya no obstaculizaba sus planes con ella. El castigo terminaba de verdad para los dos.

Después de la euforia inicial, la reunión se alargó insoportablemente para Chelsea. Sólo podía pensar en Cole; tenía que hablar con él.

Trató de localizarlo en su oficina antes de marcharse a casa, pero Cole estaba en una reunión. Y cuando intentó llamarlo a su casa se encontró con que tenía un número atrasado. Hacía tres años que se mudó a una lujosa urbanización y tenía un teléfono distinto. No tenía forma de contactar con él esa noche, a menos que él la llamara.

Desde luego, siempre podía llamarlo al restaurante… era una idea demasiado atrayente, pero Chelsea la descartó. Pasaría la noche como pensó en un principio. Carling Templeton podía disfrutar de Cole por última vez.

Acababa de meter un pollo precocido en el microondas, cuando sonó el timbre de la puerta. Chelsea corrió a abrir pensando que Cole habría cambiado de planes. Lo imaginó abrazándola y…

Capítulo 11

Su fantasía murió al instante. En la puerta estaban Kieran Kaufman y Miles Rodgers. —Oh, son ustedes.

Kaufman se encogió de hombros.

—Bueno, normalmente las personas nos reciben bastante peor. Al menos no nos has gritado, insultado o cerrado la puerta en las narices.

—Hemos venido a darte esto —dijo Miles agitando media docena de claveles en la mano—. En agradecimiento por haber resucitado nuestras carreras.

Chelsea miró los claveles, bastante marchitos.

—Oh, gracias.

—Pensamos en traerte rosas —intervino Kaufman—. Pero conseguí estos claveles por uno cincuenta.

Entonces entró en el apartamento, vio las rosas y encogió los hombros.

—¡Menos mal que no compramos rosas! Tienes aquí suficientes para abrir tu propia tienda. ¿Hemos de suponer que tú y Tremaine se han reconciliado?

—Algo así —admitió ella.

Si hubiera podido hablar con Cole esa tarde, habría respondido afirmativamente con toda seguridad.

—¿Está él aquí? —preguntó Miles curioso.

Chelsea sacudió la cabeza.

—Está cenando con Carling Templeton.

Chelsea no sabía por qué confiaba en esa pareja, excepto por el

hecho de que estuvieron presentes en varias de las peores escenas de su vida. No tenía objeto tratar de salvar su imagen delante de ellos.

Kaufman silbó.

—¿Está con la Princesa de Hielo? Bueno, supongo que por eso no tienes que preocuparte. Ningún tipo cambiaría una chica de sangre ardiente como tú por la Mujer Glacial.

—Nunca pensé que agradecería que alguien me llamase chica de sangre ardiente, pero en este contexto te doy las gracias —dijo Chelsea.

—Sí, preciosa. Esa mujer no es de carne y hueso —dijo Kaufman acercándose a la televisión y encendiéndola—. Queremos ver esto contigo… la entrevista que nos lanzó desde el Globe Star Probe el Canal Siete de Washington.

—Todos los canales han comprado clips de nuestra entrevista con Stefanie —exclamó Rodgers excitado—. La CNN compró toda la cinta. Los de Canal Siete están tan impresionados, con nosotros y nuestras relaciones, que nos han contratado esta misma tarde.

—¿Sus relaciones? —repitió Chelsea.

Kaufman asintió.

—Los Strickland están tan satisfechos con nuestra entrevista, que se consideran en deuda con nosotros. En deuda, Chelsea. ¿Sabes lo que eso significa? Tenemos una vía de acceso abierta a la Casa Blanca.

Chelsea se dejó caer en el sofá.

—También significa que no han podido exprimir a Stefanie en esa entrevista. No contaba con un desastre así.

—Habría sido fácil —dijo Miles—. Casi no podíamos creerla forma en que se despachaba sobre…

—Lo sé, lo sé. Yo también hablé con ella, ¿recuerdas? —lo interrumpió Chelsea—. ¿Pero no lo grabaron?

—Claro que no, preciosa —dijo Kaufman—. Queríamos que los Strickland nos miraran con buenos ojos. Queríamos que se sintieran en deuda con nosotros. Así que hicimos que Stefanie dijera las cosas apropiadas. Sobre el enamoramiento instantáneo entre Seth y ella, y en cómo lucharon por matar sus sentimientos para no herir a la futura esposa. Tú.

—¡Mira, ya está! —exclamó Miles señalando la pantalla.

Vieron a Stefanie vestida con modestia con un traje blanco, su largo pelo rubio colocado sobre sus hombros, hablando sobre su pasión por Seth Strickland y sus esperanzas de que su hermana mayor pudiera perdonarlos algún día y reconstruir su vida. Sin aliento y con los ojos brillantes, confió su más preciado deseo, ser una buena esposa para Seth y tener un matrimonio feliz. —Una actuación impresiónate— murmuró Chelsea.

Kaufman y Rodgers estaban igualmente impresionantes en sus papeles de periodistas serios.

—Espero que no te importe que parezca que Seth te ha dejado por Stefanie, Chelsea —dijo Miles—. Ahora serás una persona rechazada ante los ojos de todo el mundo, pero eso era mejor que la historia de Seth pidiendo a Stefanie que se casara con él para salvar la cara y ella aceptando porque quiere fama y fortuna.

—Nadie puede resistirse a una historia de amor —añadió Kieran con su habitual sonrisa sardónica—. Todo el mundo ama a los amantes, eso dicen.

—No me importa mi imagen pública —dijo Chelsea frunciendo el ceño preocupada—. Simplemente no quiero ver cómo mi hermana hace un matrimonio desastroso.

—No te preocupes por eso, preciosa —dijo Kieran Kaufman dándole una palmadita amistosa en el hombro—. Tu hermana y Seth Strickland están hechos el uno para el otro. Y con eso, ya nos vamos. Tenemos que devolver un montón de llamadas, ¿verdad, Miles?

Miles asintió feliz.

—Todo te lo debemos a ti, Chelsea. Estaremos en contacto.

Su propio teléfono empezó a sonar pocos minutos después de la aparición de Stefanie en las noticias de la noche, con llamadas de amigos y familiares, vecinos, colegas de trabajo, conocidos, nuevos y viejos. Llamó hasta una profesora que tuvo en el instituto, para ofrecerle su apoyo y ánimos en los tiempos difíciles que le tocaba vivir. Cuando empezaron a llamar los periodistas, Chelsea descolgó el teléfono, se desnudó y se fue a la cama. ¡Qué alivio iba a ser volver al anonimato!

Cuando a las diez en punto sonó el timbre dé la puerta, Chelsea estaba segura de que sería Cole. Saltó de la cama y corrió a abrir, sin molestarse en ponerse nada sobre su provocativo camisón lila.

Se imaginó la reacción de Cole cuando la viera, y el corazón se le aceleró.

Abrió la puerta, y volvió a llevarse otra decepción.

—Hola, Stef —saludó a su hermana sin entusiasmo.

—Ya veo que estás esperando a Cole Tremaine —dijo Stefanie mirando a su hermana de arriba abajo.

Chelsea se hizo a un lado y la invitó a pasar.

—¿Cómo sabías que Cole y yo estamos…?

—¿Juntos otra vez y mejor que nunca? —concluyó Stefanie por ella—. No, no soy vidente. Todas las llamadas y la conmoción de ayer fueron una pista, pero cuando Cole me llamó esta tarde y me ofreció el doble de la cantidad que me dieron los Strickland si no continuaba con mis planes de casarme con Seth, supe que eras prácticamente la señora de Cole Tremaine. ¿Cuándo es la boda?

Chelsea la miró de hito en hito.

—¿Cole te ofreció dinero para que no te casaras con Seth?

—No estoy en venta, Chelsea —dijo Stefanie con un tono bastante disgustado—. No soy tan superficial. De veras quiero casarme con Seth. Estoy ansiosa por convertirme en Stefanie Strickland.

—Steffie, te vi en las noticias esta noche, no tienes que repetir la actuación. Si dieran un Oscar para las entrevistas, ganarías el premio a la mejor actriz, y Kaufman y Rodgers al mejor guión y dirección.

Stefanie sonrió.

—Fueron maravillosos, Chelsea. Me dijeron lo que tenía que decir y cómo. Hasta dejaron que los Strickland vieran primero el video, Gracias por enviármelos.

—Stefanie, no pretendía hacerte un favor. No quiero que te cases con Seth.

—Lo sé —dijo Stefanie con un suspiro—. Cole me dijo que estabas preocupada por mí, y por eso él trató de sobornarme para no seguir adelante. Agradezco tu preocupación y la de Cole, pero quiero ser rica y famosa. Casarme con Seth me permitirá ambas cosas.

—¿Y has venido aquí esta noche a decirme eso?

—Llevo horas intentando llamarte sin conseguirlo. Tenía que hablar contigo, Chelsea. Quería darte las gracias por haber pedido a

Cole que me ofreciera dinero. Sé que tu intención era buena, y yo… quería asegurarme de que no estabas enfadada por la entrevista y todo eso. Sé que fuiste tú quien dejó a Seth y no al revés, y odio que todo el mundo piense que fuiste tú la rechazada.

—Es muy leal de tu parte, Stefanie —dijo Chelsea rodeando los hombros de su hermana con un brazo—. No estoy enfadada contigo, pero sigo deseando que reconsideres ese matrimonio.

—Nunca —dijo Stefanie apretando la mano de Chelsea—. Pero no podría soportar que me odiaras, Chelsea. Siempre has estado allí para mí.

Creo que eres la única persona en el mundo a quien quiero de verdad.

—¡Oh, Stefanie!

Chelsea sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Los tormentos de su triste y azarosa infancia habían dejado secuelas emocionales en ambas, pero las de Stefanie eran más profundas y con consecuencias más drásticas. Chelsea se abrió al poder curativo de una íntima relación amorosa; Stefanie no quiso correr ese riesgo.

Cuanto más hablaba Stefanie de su árido futuro con Seth Strickland, más deseaba Chelsea estar con Cole. Quería agradecerle todo lo que hizo por ella ese día, desde levantar el veto sobre Capitol Scene hasta intentar comprar a Stefanie para evitarle preocupaciones a ella. Sí, definitivamente ya había tenido el tiempo y el espacio necesarios. Tuvieron el noviazgo más corto de la historia, o quizá uno muy largo, de más de cuatro años, pero en realidad eso no importaba. La idea de casarse tenía un atractivo irresistible para ella. Y quería decírselo a Cole.

Stefanie se quedó charlando hasta la medianoche, y para entonces Chelsea estaba tan agotada, que decidió no acercarse a la casa de Cole, al otro lado de la ciudad. Se levantaría temprano y le pillaría antes que se fuera a la oficina. Chelsea sonrió ante la idea de sorprenderlo. ¡A lo mejor ninguno de los dos iba ese día a trabajar!

A la mañana siguiente, llegó a casa de Cole más tarde de lo que había planeado. Primero, no oyó el despertador. Después, descubrió que no estaba embarazada. Fue una decepción. Por lo menos, ahora que deseaba tener un hijo de Cole cuanto antes.

Chelsea suspiró desanimada. Parecía que al fin ella y Cole

pasarían el día en la oficina en vez de haciendo el amor. Bueno, habría otras ocasiones.

Lo cierto era que estaba nerviosa. No podía esperar a verlo. El futuro nunca le pareció tan brillante. Juntos, Cole y ella podrían enfrentarse a cualquier cosa. Superarían todos los problemas y obstáculos y su amor saldría fortalecido de cada dificultad. Incluso tener que ser testigo del fracaso del matrimonio de Stefanie sería menos doloroso junto a Cole.

Chelsea detuvo el coche frente al chalet de Cole y caminó de prisa hacia la puerta.

Entonces vio a Cole salir por la puerta de su casa, del brazo de una joven rubia que lucía un corto y ceñido vestido de noche sin mangas. No iba maquillada ni llevaba medias.

Chelsea se detuvo en seco. Reconoció a la mujer de inmediato. Era Carling Templeton. Y tenía un aspecto demasiado sensual y provocativo, muy lejos de la imagen de la princesa de hielo.

Carling se recuperó a la primera.

—¡Oh, usted es Chelsea! —Exclamó extendiendo una mano y tocando el brazo de la chica—. ¡Por favor, tiene que creer que esto no es lo que parece en absoluto!

Chelsea apartó su brazo despacio.

—Parece que ha pasado la noche aquí —dijo Chelsea con voz alta y clara.

El atuendo de la mujer no dejaba ninguna duda al respecto. Chelsea miró a Cole, recién afeitado e impecable en su ligero traje de verano. El, al menos, no llevaba la ropa del día anterior.

—He pasado la noche aquí, pero no como usted cree —dijo Carling sonrojándose—. ¿Entiende lo que quiero decir?

—No —dijo secamente.

—Quiere decir que no dormimos juntos —intervino Cole brusco; su rostro estaba tan pálido como rojo el de Carling—. Te juro que es la verdad, Chelsea.

Chelsea se cruzó de brazos y lo miró fijamente. Cole empezaba a sudar y apretaba tanto los puños, que tenía los nudillos blancos.

—Ya —dijo.

—¡Cole es un hombre maravilloso! —Exclamó Carling—. La ama y nunca haría nada que pusiera en peligro su relación. ¡Tiene que creer eso, Chelsea!

Otra vez tocó el brazo de Chelsea. Ésta resistió la tentación de apartarlo como si fuera un mosquito. En vez de eso retrocedió unos pasos.

—¿Ha intentado usted inducirle a algo que pusiera en peligro nuestra relación, Carling? —preguntó severamente.

Carling negó vehemente con la cabeza. —Chelsea, anoche fuimos a cenar como te dije que haríamos —dijo Cole.

—Y él pidió una botella de champaña y nos anunció que iba a casarse —cortó Carling llorosa, mirando a Chelsea con unos húmedos ojos azules—. Con usted.

Chelsea miró a Cole.

—¿Es cierto? —murmuró.

—Sí. Quizá me precipité un poco porque es lo que más deseo en el mundo, Chelsea —dijo tomándole ambas manos—. ¿Te casarás conmigo, querida? ¿En la fecha que tú elijas?

Chelsea no se soltó. Aquél no parecía el momento adecuado para recordarle que le había prometido no volver a proponerle matrimonio, y que le tocaba a ella hacerlo. Pero desde luego era el momento de probarle que confiaba en él absolutamente, que al margen de cualquier inoportuna prueba circunstancial, creía en él y en su amor por ella.

Cole la amaba demasiado para arriesgarse a dañar la confianza que entre los dos estaban reconstruyendo, por una noche con Carling Templeton. Chelsea nunca estuvo más segura de algo en toda su vida.

—Sí, Cole —dijo suave, acercándose a él—. Te amo. No hay nada que desee más que ser tu mujer. Cuanto antes —añadió sonriéndole con los ojos brillantes.

Cole la rodeó con sus brazos y la abrazó tan fuerte, que Chelsea casi no pudo respirar.

—Cariño, me has hecho el hombre más feliz del mundo —dijo Cole besándola, acariciándola con sus grandes manos—. Me siento como si hubiera pasado del infierno al cielo en un par de minutos. Cuando te vi, temía que supusieras lo peor y nunca me perdonases. Chelsea, nunca he amado a nadie como te amo a ti. Eres todo para mí.

—Lo sé —dijo Chelsea simplemente—. A mí me pasa lo mismo.

Entonces se volvió hacia Carling, quien esbozó una sonrisa

nerviosa. Chelsea no se sentía lo bastante animada como para devolvérsela.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Cómo es que terminó pasando la noche aquí?

—Cuando fuimos a casa después de cenar, tuve una escena terrible con mi padre —dijo Carling despacio, sosteniendo la mirada de Chelsea—. Mi padre no recibió bien las noticias de Cole. Me acusó de «perder otra ocasión». Siempre he sido el ojo derecho de mi padre y me duele mucho verlo decepcionado conmigo. Empezó a amenazarme con ese ranchero otra vez…

—¿Existe realmente ese ranchero? —interrogó Chelsea incrédula.

Carling se estremeció.

—No me importa que mi padre me desherede. ¡No me casaré con ese hombre! —Exclamó con rabia—. Cuando mis padres se fueron a la cama, empecé a beber. Sólo quería olvidar la desagradable escena, dormir como un tronco. Pero cada vez me encontraba más nerviosa. Sin pensar mucho lo que hacía, vine aquí y Cole me acogió. Me regañó por beber y luego me acomodó en una de sus habitaciones de huéspedes. Entonces sí pude dormir. Esta mañana me desperté con una horrible resaca. Probablemente mi aspecto es desastroso.

—Bueno, no tanto —concedió Chelsea sintiéndose un poco más generosa.

—Ahora puedo volver a casa sola —dijo Carling mirando a Cole. —Sé que quieren estar solos.

—Es cierto —dijo Cole abrazando a Chelsea con fuerza.

La llevó a su casa sin volver a mirara Carling, que caminaba cabizbaja hacia su coche, un pequeño deportivo rojo. Chelsea no pudo dejar de dirigirle una última mirada.

—Creo que siento lástima por Carling —dijo mientras Cole se sentaba en un sillón de piel, con ella en sus rodillas. —Su padre debe ser un tirano.

—No, cariño, es sólo un político acostumbrado a que se haga su voluntad.

—Pobre Carling. ¿Y de veras hay un ranchero?

—Claro que sí. Por eso yo salía con ella.

—Para ser un rompecorazones, a veces me pareces muy ingenuo

—dijo Chelsea indulgente—. Me necesitas a mí cerca para que nadie se aproveche de tu caballerosidad.

—Te necesito cerca, punto.

Cole la atrajo y la besó con todo el amor y la pasión que sentía por ella. Y que siempre sentiría.

Sus dedos encontraron el corpiño de su vestido y Cole empezó a desabrochar los botones. Chelsea llevaba una camisola blanca y pudo acariciar sus erectos pezones.

—Quiero que seas la madre de mis hijos. Tendremos los que tú quieras, y cuando quieras —añadió poniendo una mano sobre la suave curva de su vientre—. Quiero ver tu cuerpo redondeado, albergando a mi hijo.

Entonces deslizó la otra mano bajo la suave seda y la colocó sobre su pecho.

—Y quiero ver cómo alimentas a nuestros bebés.

—Yo también, Cole —murmuró ella—. Y quiero un bebé ya —añadió sonrojándose un poco—. Siento no estar embarazada en este momento.

—Yo creo que me alegro, especialmente después de lo que ocurrió allá —dijo Cole—. No quiero que asocies la concepción de nuestro hijo con nada que no sea amor y placer.

—Por no decir que además de irresponsable e irracional, que un hombre de treinta y cinco años deje embarazada a una mujer fuera del matrimonio, es una auténtica vulgaridad —bromeó Chelsea besándolo en la mejilla.

—Por no mencionar eso.

Los dos rieron y se besaron, y pronto la risa desapareció y el beso sé hizo más ardiente. Cuando por fin se separaron, Chelsea lo miró emocionada.

—Cuando pienso en lo cerca que hemos estado de perdernos…

Chelsea se estremeció y se apretó contra él, acariciando su rostro, su pelo, su cuello, como para asegurarse de que realmente estaba allí con ella.

—Cole, ¿y si no hubieras pasado por delante de mi casa el día de la boda y no me hubieses seguido cuando salí de la ciudad? ¿Y si yo hubiera decidido casarme con Seth?

Cole sonrió confiado.

—Si no hubieras cancelado la boda, tal vez en este momento se

me buscaría por secuestro, porque ahora sé que no te habría dejado casarte con Strickland. Todo estaba decidido cuando me dirigí a tu apartamento aquella mañana. Desde luego, al principio te habría molestado mi interferencia en tu vida, pero… —Cole se encogió de hombros—, pero te habría tenido el tiempo necesario en las montañas hasta…

—¿Hasta que fuera lo bastante dócil y sumisa? —Lo interrumpió Chelsea traviesa—. ¿Me querrás aunque sea descarada y rebelde?

—Te querré de cualquier manera —dijo Cole con fervor, y luego sonrió—. En cualquier caso, si algún día amanecieras dócil y obediente, tendría que llevarte al médico. Te quiero como eres, Chelsea —añadió colocándole un mechón de pelo tras la oreja. —Me enamoré de ti en el momento en que te vi. Eres mi obsesión y no querría que fuese de otra manera.

—Yo siento lo mismo por ti —dijo Chelsea emocionada—. Y espero que nuestra aventura se convierta en un matrimonio para toda la vida.

—Cuanto antes mejor —convino Cole besándola de nuevo.

FIN

BARBARA
BOSWELL
siempre ha sido una fiel seguidora de las novelas de Harlequín de los años 70, pasando ratos maravillosos cuando estaba en casa en compañía de sus tres hijas. Cuando, en 1983, la menor de ellas alcanzó la edad escolar, Barbara quiso hacer algo con su tiempo libre. Pensó volver a su antiguo trabajo de cuidadora, pero no le agradaba la idea de volver a entrar en un hospital.

A menudo creaba en su cabeza historias que le gustaría leer, por lo que le pareció buena idea escribir ella su propia historia. Por supuesto, le llevó más esfuerzo y organización que cuando se las imaginaba, pero el resultado fue una obra que sabía que gustaría a la gente. Así vio publicada su primera obra, inspirada, según ella, en todo lo que leyó con anterioridad y un poco de imaginación.

Otro seudónimo que usa es Betsy Osborne.